

Nora Roberts

TENTANDO EL DESTINO

2º Los MacGregor

1

No estaba segura de por qué lo estaba haciendo. Diana estudió las formaciones de nubes que se extendían bajo ella e intentó decidir si aquel viaje era producto de un impulso o de un razonamiento calculado. Aunque solo le faltaba media hora para aterrizar, todavía no estaba segura.

Habían pasado casi veinte años desde la última vez que había visto a su hermano. Cuando pensaba en él, lo imaginaba como un adolescente distante, emocionable y un tanto afectado. Diana lo había querido con la intensidad con la que una niña de seis años podía querer a un chico de dieciséis.

La imagen de aquel joven se había quedado congelada en el pasado, se trataba de un chico alto, moreno, atractivo y de fríos ojos verdes. Recordaba su orgullo y su autosuficiencia. Y también que era un chico solitario. Con solo seis años, Diana ya había sido capaz de darse cuenta de que Justin Blade hacía las cosas a su manera.

Con una sonrisa carente de humor, se recostó en el cómodo asiento del avión. Nadie podría negar que Justin había hecho las cosas a su modo veinte atrás. Tras la muerte de sus padres, había intentado consolarla. O al menos eso suponía ella. Porque entonces era demasiado pequeña para comprender lo que ocurría. Pensaba que sus padres la habían dejado por culpa del alboroto que montaba para ir al colegio. Creía que si se portaba bien y atendía en clase, sus padres regresarían. Después había llegado su tía Adelaide y Justin se había marchado.

Durante meses, Diana había vivido convencida de que se había ido al cielo, cansado de sus lágrimas y sus preguntas. Su tía se la había llevado al este, a un mundo completamente diferente. Y ni una sola vez durante dos décadas, Justin había vuelto a ponerse en contacto con ella.

Así que estaba casado, reflexionó. Quizá porque todavía lo veía como un adolescente, le resultaba imposible imaginárselo como marido. Serena MacGregor. Diana repitió mentalmente aquel nombre. Le resultaba extraño ir al encuentro de su cuñada cuando apenas conocía a su hermano.

Oh, sabía algunas cosas sobre los MacGregor. Su tía Adelaide no habría considerado completa la educación de Diana si no la hubiera puesto al corriente del pasado de una de las principales familias del país, particularmente porque vivían suficientemente cerca de Boston como para considerarlos vecinos. Al fin y al cabo, las dinastías adineradas eran la única forma de aristocracia que América reclamaba.

Daniel MacGregor era el patriarca, un escocés de los pies a la cabeza y un mago de las finanzas. Anna MacGregor, su esposa, era una reconocida cirujana. Alan, el hijo mayor, era uno de los senadores de los Estados Unidos más señalados por su labor. Y Caine MacGregor...

Cuando llegó a aquel nombre, Diana se detuvo. Aunque Caine apenas tenía treinta años, era constantemente nombrado en la facultad de derecho de la Universidad de Harvard. Tanto ella como Caine habían elegido la misma carrera y de esa forma Diana había podido estudiar los mismos libros, aprender con los mismos profesores y recorrer los mismos pasillos que él. Incluso se había divertido en el mismo bar. Caine se había graduado un año antes de que ella ingresara en la universidad y ya había iniciado una brillante carrera.

En una ocasión, durante el primer año de universidad, Diana había oído a dos mujeres hablando sobre él. Y, recordó con una sonrisa, no era de su mente privilegiada de la que hablaban. Evidentemente, MacGregor no se había pasado todos sus años de universitario con la cabeza enterrada entre libros.

Después estaba Serena. Una mujer tan brillante como el resto de los MacGregor. Se había graduado con todos los honores y había pasado varios años más coleccionando títulos. Parecía una extraña pareja para el Justin Blade que Diana recordaba.

Por un momento, Diana se preguntó si habría ido a la boda de su hermano si no hubiera estado entonces en París. Sí, decidió. Era demasiado curiosa para no haberlo hecho. Al fin y al cabo, era principalmente la curiosidad el motor de aquel viaje a Atlantic City. Además, pensó con pesar, habría sido difícil rechazar la invitación de Serena sin parecer maleducada. Y si algo le había inculcado su tía Adelaide, era que si quería ser tratada en aquellos ambientes como una igual, era imprescindible ser educada. Diana apartó a un rincón de su mente los criterios de Adelaide, y desdobló la carta de Serena.

Querida Diana:

Fue una gran desilusión saber que no podrías asistir a la boda que celebramos en París. Durante muchos años, les pedí a mis padres que me dieran una hermana, pero nunca me hicieron caso. Y ahora que por fin tengo una, me resulta frustrante no poder disfrutar de ella. Justin habla mucho de ti, pero no es lo mismo que poder conocerte cara a cara, sobre todo porque él solo te recuerda de cuando eras una niña. Después de todos estos años creo que nada le gustaría más que conocer a la mujer en la que te has convertido.

Por favor, utiliza el billete de avión que te envío y se nuestra invitada en el Comanche durante el tiempo que gustes. Justin y tú os tenéis que poner al corriente de muchas cosas y yo tengo que conocer a mi hermana.

Rena.

Diana arqueó una ceja mientras doblaba la carta. Cariñosa, abierta y amable, pensó. No era el tipo de mujer que ella habría elegido para su hermano. Rió en silencio. En realidad, ni siquiera sabía cómo era Justin Blade.

Y si alguna parte de ella echaba de menos conocerlo, la había enterrado hacía mucho tiempo. Había tenido que hacerlo para sobrevivir en el mundo de su tía. Incluso en aquel momento, si su tía descubriera que pensaba pasar unos días con Justin en un hotel casino, se quedaría horrorizada. Y nada habría podido evitarle una regañina sobre dónde y con quién debía ser vista una dama.

Volvió a prestar atención a las nubes. En realidad no le importaba. Conocería a su hermano, a su esposa, y después se iría. La niña que había idealizado a Justin durante años ya no existía. Ella tenía su propia vida, su propia carrera. Y ambas llevaban demasiado tiempo estancadas. Comenzaba un nuevo año, se recordó Diana a sí misma. El tiempo perfecto para un nuevo principio.

Probablemente no aparecería, pensó Caine mientras se dirigía a la terminal. Diana no había contestado a la carta de Serena y no era capaz de comprender por qué su hermana estaba tan segura de que llegaría en el avión. Y todavía comprendía menos por qué había terminado él haciendo de chofer.

Rena habría ido al aeropuerto si no hubiera estado tan ocupada en el hotel, se recordó a sí mismo. Y por culpa del infierno por el que habían pasado solo unos meses antes, Caine se había descubierto a sí mismo deseando satisfacer todos los caprichos de su hermana. En caso contrario, en aquel momento estaría esquiando en Colorado en vez de paseando por la playa durante un frío enero.

Un golpe de viento se filtró por el cuello de su abrigo cuando llegaba a la entrada de la terminal. Justo en ese momento, salía una mujer rubia, con un abrigo de piel de zorro, que se detuvo para recorrer con la mirada el cuerpo y el rostro de Caine. Caine aceptó aquella rápida inspección con una media sonrisa y esperó a que la joven pasara.

Caine poseía un rostro de facciones fuertes contrarrestadas por unos cálidos ojos de color violeta. A primera vista, podía ser confundido con un estudiante, pero al observarlo atentamente, cualquiera podría adivinar que hacía ya tiempo que había abandonado la academia. Como aquel día no llevaba sombrero de ningún tipo, el viento había revuelto su rubio pelo, que caía desordenado por su frente. Su sonrisa añadía una nueva dosis de encanto a sus facciones aceradas, casi feroces. Caine era un hombre consciente y satisfecho de su aspecto.

Entró en la terminal caminando a grandes zancadas, sin mirar ni a derecha ni a izquierda. Había pasado suficiente tiempo en los aeropuertos para ignorar el bullicioso ajetreo de la multitud que los poblaba. Miró brevemente el monitor, comprobó la puerta por la que saldrían los pasajeros del vuelo de Boston y se sentó a esperar a una mujer a la que realmente no esperaba.

Cuando anunciaron la llegada del vuelo, se reclino en el asiento y encendió un cigarro. Esperaría hasta que saliera el último pasajero y después regresaría al hotel. Serena se daría por satisfecha y él se habría quedado sin ir aquella tarde al gimnasio. Desde que había montado su propio despacho, apenas había tenido tiempo para relajarse, y mucho menos para pasar toda una semana de vacaciones.

Durante los siete días siguientes, se prometió, iba a dedicarse a no hacer nada. Se olvidaría del caos del despacho, de los casos que iba a tener que rechazar por la sencilla razón de que los días no tenían suficientes horas y de todo el papeleo atrasado.

Caine supo que era ella en cuanto la vio. Aquellos pómulos altos y marcados eran demasiado parecidos a los de Justin, al igual que aquella piel casi cobriza. La herencia india que ambos compartían quizá fuera incluso más evidente en ella. Sus ojos no contaban con el inesperado iris verde de su hermano, sino que eran de un aterciopelado color castaño. Eran como los ojos de una gacela, pensó Caine mientras se levantaba. Los rodeaban unas pestañas tan largas y espesas que les daban un aspecto casi somnoliento. La nariz era recta y aristocrática y la boca apasionada. Y obstinada, reflexionó. Aquel no era un rostro que un hombre pudiera categorizar fácilmente, bello, atractivo, sensual... pero no era fácil de olvidar. El propio Caine era consciente de que había memorizado ya cada uno de sus rasgos.

Al tiempo que se colocaba una de las bolsas de viaje en el brazo, el pelo azabache de Diana, que apenas rozaba sus hombros, ocultó parte de su rostro. Lo llevaba suelto y muy liso, con las puntas ligeramente metidas hacia dentro y algunas mechas cortadas como flequillo. Era un estilo que le sentaba perfectamente, un corte de aspecto natural, pero meticulosamente pensado, al igual que aquel vestido burdeos engañosamente sencillo.

Caine deslizó la mirada por aquella figura esbelta, de caderas estrechas, cintura delgada y hombros de nadadora. Diana se movía como una bailarina, tenía un andar confiado y casi rítmico. Y en el momento en el que Caine se interpuso en su camino, se detuvo a media zancada sin mostrar ningún signo de timidez. Al contrario que la mujer del abrigo de pieles, lo miró brevemente, sin mostrar ningún interés en él.

—Perdón —dijo en un tono perfectamente educado, pero mostrando de manera inconfundible que era Caine el que se había interpuesto en su camino.

Interesante, pensó Caine y sin molestarse siquiera en sonreír, preguntó:

—¿Diana Blade?

Diana arqueó las cejas.

—¿Sí?

—Soy Caine MacGregor, el hermano de Rena —sin apartar los ojos de su rostro, le tendió la mano.

Así que aquel era el irresistible MacGregor, se dijo Diana, aceptando la mano que le ofrecía.

—Encantada —contestó.

Esperaba encontrarse con una piel suave y la sorprendió descubrir la aspereza de la palma de su mano. Un ligero cosquilleo de placer se extendió por su brazo. Diana lo reconoció al instante, interrumpió el contacto y lo olvidó.

—A Rena le habría encantado venir —continuó Caine, estudiando su rostro minuciosamente—, pero han surgido algunas emergencias en el hotel —mientras hablaba, le tomó la bolsa del hombro—. No esperaba que vinieras.

—¿No? —Diana se aferró a su bolsa, negándose a soltar su posesión—. ¿Y su hermana?

Caine consideró la posibilidad de darle un tirón a la bolsa. Había algo en aquellos ojos que le hacía desear enfadarla. Pero se encogió suavemente de hombros y dejó caer la mano.

—No, mi hermana estaba segura de que vendrías. Rena cree que todo el mundo siente los lazos familiares con tanta fuerza como ella —una sonrisa suavizó sus facciones justo antes de que la agarrara del brazo—. Vamos a buscar tu equipaje.

Diana permitió que la acompañara hasta el concurrido pasillo, pero por detrás del aspecto perezoso de su mirada, su mente estaba activa y plenamente alerta.

—No le gusto, ¿verdad, señor MacGregor?

Caine arqueó las cejas ligeramente, pero ni siquiera la miró.

—No te conozco. Pero puesto que podría decirse que somos familia, ¿por qué no prescindes de las formalidades?

Bastó aquel breve discurso para que Diana comprendiera otra de las razones por las que Caine MacGregor tenía tanto éxito en su trabajo. Su voz era rica y agradable, pero sabía imprimirle la dureza del acero.

—De acuerdo. Dime, Caine, si no me esperabas, ¿cómo has sabido quién era?

—Tu complexión y el color de tu piel son muy parecidos a los de Justin.

—¿Ah sí? —murmuró, mientras se detenían frente a la cinta transportadora.

Caine la estudió con la misma intensidad que anteriormente. Estaba intentando identificar la fragancia que desprendía Diana, era un perfume silvestre más que floral, y con un toque muy francés.

—El parecido familiar es innegable —comentó—. Pero creo que sería menos evidente si estuvierais juntos.

—Algo que, por cierto, he tenido muy pocas oportunidades de hacer —respondió Diana secamente y señaló sus maletas con un gesto.

Así que estaba acostumbrada a tener sirvientes, concluyó Caine mientras levantaba dos maletas de cuero. Pero le gustaba ser autónoma, añadió recordando su batalla silenciosa por la bolsa de mano.

—Estoy seguro de que Justin se alegrará de verte después de tantos años.

—Posiblemente. Pareces conocerlo muy bien.

—Lo conozco desde hace diez años. Era amigo mío antes de llegar a convertirse en mi cuñado.

Diana deseo entonces preguntarle cómo era su hermano, pero reprimió la pregunta. Ella ya tenía su propia opinión. Y si había habido cambios, quería adivinados sin la influencia de nadie.

—¿Tú también te alojas en el Comanche?

—Voy a pasar allí una semana.

Cuando salieron al glacial frío de enero, Diana sacó automáticamente los guantes del bolsillo. El cielo estaba intensamente azul y las calles sucias y resbaladizas por culpa de la nieve a medio derretirse.

—¿No crees que es una época un poco extraña para pasar las vacaciones en la playa?

—Quizá para algunos —el viento empujaba el flequillo hacia sus ojos, aunque no parecía notarlo—, pero hay mucha gente que viene a jugar. Y el clima no es relevante cuando se está en el interior de un casino.

Diana inclinó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿A eso has venido tú?

—No especialmente —bajó la mirada y descubrió que el sol hacía brillar algo dorado en el interior de sus ojos—. Me gusta jugar de vez en cuando, pero la jugadora de la familia es Rena.

—Entonces debe hacer una buena pareja con Justin.

Caine dejó las maletas en el sucio y se sacó una llave del bolsillo.

—Dejaré que eso lo decidas tu misma —sin decir nada más, metió las maletas en el maletero y lo cerró—. Diana... posó la mano en su brazo antes de que la joven se deslizara al interior del vehículo.

Diana no sabía que su nombre pudiera sonar así... tan suave y vagamente exótico. Cuando volvió sus asombrados ojos hacia él, Caine le apartó el flequillo de la frente con un gesto completamente natural para él. Y si aquel gesto la sorprendió o la desconcertó, Diana no dijo nada.

—Las cosas no siempre son lo que parecen —terminó Caine quedamente.

—No te comprendo.

Por un momento, permanecieron los dos frente a frente, bajo el atronador ruido de los aviones y el olor a humo del aparcamiento. Diana pensó que casi podía sentir la áspera textura de la mano de Caine a través de la tela de su abrigo. Sus ojos, se dijo, resultaban extrañamente delicados en un rostro de facciones tan duras. Por un instante, se olvidó de su reputación de demonio tanto en los tribunales..., como en los dormitorios. Y se descubrió a sí misma deseando buscar en él ayuda, consejo, consuelo..., cuando ni siquiera era consciente de que los necesitaba.

—Tienes un hermoso rostro —murmuró Caine—. ¿Eres una mujer compasiva?

Diana frunció el ceño.

—Me gusta pensar que lo soy.

—Entonces dale una oportunidad.

La mirada perpleja y vulnerable de Diana fue sustituida al instante por un gesto frío y alerta. Aunque ella no lo supiera, aquella era una expresión que su hermano adoptaba con frecuencia.

—Cualquiera podría considerar mi llegada como un signo de buena fe.

—Cualquiera, sí —se mostró de acuerdo Caine mientras rodeaba el coche para ocupar el asiento del conductor.

—Pero tú no —replicó Diana, cerrando de un portazo.

—Si tuviera que decir un motivo, yo diría que has venido principalmente por curiosidad.

—Supongo que es gratificante tener razón tan a menudo.

Caine le dirigió una sonrisa radiante, pero desapareció tan rápidamente que, por un momento, Diana se preguntó si se la habría imaginado.

—Sí —el Jaguar rugió cuando Caine giró la llave—. Por el bien de nuestros parientes, ¿por qué no intentamos ser amigos? ¿Cómo está París?

Estaba buscando un tema de conversación intrascendente, decidió Diana. Así que había llegado el momento de dejar de devanarse los sesos y recurrir a respuestas recurrentes.

—Para empezar, muy frío —comenzó a decir.

—Hay un pequeño café en un callejón de la rue du Four —recordó Caine mientras sacaba el coche del aeropuerto—. Allí venden los mejores suflés del otro lado del Atlántico.

—¿Te refieres al Henri's?

Caine la miró con curiosidad.

—Sí, ¿lo conoces?

—Sí —con una ligera sonrisa, Diana volvió la cabeza hacia la ventana.

Henri's era un establecimiento tan pequeño como bullicioso. Su tía Adelaide habría preferido morir de hambre antes de poner un pie en él, pero Diana lo adoraba y cada vez que iba a París, procuraba pasar allí al menos un par de horas para disfrutar de la comida y el ambiente. Era curioso que también fuera uno de los lugares favoritos de Caine MacGregor.

—¿Vas muy a menudo a París?

—No, no mucho.

—Mi tía se va a ir a vivir allí y yo he estado ayudándola a instalarse en su apartamento.

—Tú vives en Boston, ¿no? ¿En qué parte?

—Acabo de mudarme a Charles Street.

—Una vez más, el mundo demuestra ser un pañuelo —musitó Caine—. Al parecer somos vecinos. Y en Boston, ¿a qué te dedicas?

Tras apartarse un mechón de pelo de la mejilla, Diana se volvió y lo miró atentamente.

—A lo mismo que tú —Caine la miró con expresión interrogante—. ¿Te acuerdas del profesor White-man? El habla muy bien de ti.

Caine sonrió.

—¿Los estudiantes continúan llamándolo profesor Hueso?

—Por supuesto.

Caine soltó una carcajada y sacudió la cabeza.

—Así que has estudiado derecho en Harvard. Parece que tenemos muchas cosas en común, además de la familia, un alma mater y una carrera. ¿Estás ejerciendo?

—Trabajo con Barclay, Stevens y Fitz.

—Mmm, un despacho con mucho prestigio —la miró—. Y muy serio.

Por primera vez, las facciones de Diana se relajaron en una sonrisa.

—Estoy consiguiendo casos fascinantes. La semana pasada, por ejemplo, defendí al hijo de un concejal incapaz de respetar los límites de velocidad —ironizó.

—De aquí a unos quince años podrás mejorar tus casos.

—Tengo otros planes —musitó Diana.

Para cuando tuviera treinta años, había calculado, podría dejar aquel trabajo. Después de cuatro años trabajando con una firma tan respetada, tendría la experiencia suficiente para instalarse por sí misma. Montaría un despacho elegante, con una secretaria competente y...

Diana volvió rápidamente al presente. No era una persona a la que le gustara poner siempre todas sus cartas sobre la mesa.

—¿Que son?

—Quiero especializarme en derecho penal.

—¿Por qué?

—Por sed de justicia, derechos humanos... —soltó una carcajada—. Y porque me encantan las buenas peleas.

Caine asintió en silencio. Quizá Diana no fuera tan refinada como su traje indicaba. Debería haber prestado más atención a la elección de su perfume.

—¿Y eres buena?

—Un estudiante de segundo podría atender los casos de los que me estoy ocupando en este momento. Soy mucho mejor que eso... y pretendo llegar a ser la mejor.

—Una ambición admirable —comentó Caine mientras giraba hacia el Comanche y detenía el coche—. Yo me he propuesto la misma marca.

Diana le dirigió una larga y fría mirada.

—Ya veremos quién llega primero, ¿no?

Caine se limitó a sonreír en respuesta. Sin decir una sola palabra, Diana salió del coche. Ella no iba a dejarse intimidar por sonrisas lobunas o miradas desafiantes. Si había un terreno en el que Diana se sintiera completamente segura, era en su trabajo. Y estaba segura de que Caine MacGregor iba a oír su nombre durante años.

—Las maletas de la señorita Blade están en el maletero —le dijo Caine a uno de los botones mientras le tendía una propina y las llaves del coche—. Estoy seguro de que Rena está deseando verte cuanto antes

—continuó diciendo mientras agarraba a Diana del brazo—. A menos que prefieras pasar antes a tu habitación.

—No —Rena, no Justin, advirtió. Sintió una punzada de nerviosismo en el estómago que decidió ignorar.

—Estupendo. Entonces vamos a verla inmediatamente.

—Entonces... —Diana miró a su alrededor, reparando en la elegancia del vestíbulo—, ¿esto es de Justin?

—En realidad él solo es propietario de la mitad del hotel —la corrigió Caine mientras se dirigían al ascensor—. Rena le compró la otra mitad el verano pasado.

—Ya entiendo. ¿Y así es como se conocieron?

—No —soltó una carcajada y Diana volvió la cabeza para mirarlo con curiosidad—. Es una complicada historia familiar. Estoy seguro de que Rena te lo explicará todo... aunque quizá tendrías que conocer a mi padre para comprenderlo de verdad —le dirigió una larga mirada y tomó un mechón de su pelo entre los dedos—. Aunque, pensándolo bien, quizá sea mejor que no lo conozcas, o probablemente terminaría encontrándome yo mismo en una situación similar —mantenía los ojos clavados en los suyos, conmovido por la fragancia seductora y salvaje que envolvía a Diana—. Eres realmente hermosa, Diana —musitó.

Era su manera de decir su nombre, se dijo Diana, la que le causaba aquel extraño y casi desagradable cosquilleo en la piel. Justin era un experto en hacer que las mujeres se sintieran incómodas, se recordó. Lo miró con firmeza.

—Tienes una gran reputación en Harvard, Caine —replicó—. Y no solo en el aspecto intelectual.

—¿De verdad? —aparentemente divertido, le tiró suavemente del pelo—. Tendrás que contarme lo que dicen de mí.

—Hay cosas que es preferible no decir —cuando las puertas del ascensor se abrieron, Diana salió y miró por encima de su hombro—. Aunque a menudo me he preguntado si... la anécdota de la biblioteca está basada en hechos reales.

—Humm —Caine se pasó la mano por la barbilla y se acercó a ella—. Creo que voy a pedir inmunidad diplomática, abogada.

—Cobarde.

—Oh, sí —comenzó a meter la llave del ático en la cerradura, pero de pronto se detuvo—. ¿De verdad se continúa hablando de eso?

Diana intentó dominar una sonrisa mientras estudiaba su rostro. Caine no parecía particularmente avergonzado, pensó con curiosidad.

—La historia contaba con todos los materiales con los que se forman las leyendas —le explicó—. Champán y pasión entre un criminalista y una especialista en procedimientos de divorcio.

Caine se encogió de hombros mientras abría la puerta.

—En realidad era cerveza. Ese tipo de situaciones tienden a exagerarse con el tiempo —le dirigió la más encantadora de sus sonrisas—. Pero tú no creerás todo lo que oyes, ¿verdad?

Diana le devolvió la sonrisa.

—Sí —contestó y sin más, empujó la puerta que Caine acababa de abrir y entró en el ático.

No sabía lo que en realidad la esperaba. Pero fuera lo que fuera, tenía muy poco que ver con la cálida elegancia de aquella suite. Los tonos apagados del mobiliario contrastaban con detalles de intenso color; unos inmensos ventanales ofrecían una panorámica maravillosa del Atlántico. Había hermosas esculturas, acuarelas en las paredes y todo el mobiliario estaba colocado sobre una mullida alfombra de felpa.

Sería aquel el gusto de su hermano?, se preguntó, sintiéndose de pronto más distante de él que nunca. ¿O sería el de Serena? ¿Quién sería aquel hombre con el que había compartido unos padres? ¿Y qué hacía ella allí, abriéndose a sentimientos de los que se había refugiado durante la mayor parte de su vida? Tenía que controlarnos de nuevo, se dijo frenéticamente. Aquello era una cuestión de supervivencia. En un momento de pánico, Diana se volvió hacia la puerta, pero se encontró inmediatamente frente a Caine.

—¿De quién quieres escapar? —le pregunto este agarrándola del brazo—. ¿De Justin o de ti?

Diana se tensó.

—No creo que eso sea asunto tuyo.

—No —se mostró de acuerdo, y bajó la mirada hasta su boca.

Diana estaba rígida, con todos los músculos en tensión. Caine se descubrió preguntándose por lo que sentiría al liberarla de aquella tensión, al traspasar la barrera de control y de elegancia en la que se refugiaba.

ba. El siempre había preferido a mujeres más llamativas. Mujeres que sabían reír y amar sin recelos. Pero aquello, sería una prueba... en el imposible caso de que llegaran a tener algún tipo de relación.

Por un instante, la tentación de satisfacer su curiosidad se hizo insoportable. Quería acercarse a ella, probar su sabor. Y el hecho de que su respuesta pudiera ser desde la furia a la pasión hacía que le resultara mucho más difícil resistirse.

Diana sintió la llegada del deseo inesperadamente... De pronto, quería ser abrazada, acariciada, poseída. Y, de alguna manera, sabía que Caine podría darle todo ello. No habría preguntas sin respuesta, no habría inseguridades... solo torrentes de placer y de pasión. No habría que dar razones, ni justificaciones... Con solo quererlo, podría disfrutar de aquel mundo prohibido... Y de Caine.

Por un momento, se debatió entre la tentación y la racionalidad. Sería tan fácil...

Pero un sonido metálico la hizo volverse. Diana giró la cabeza hacia las puertas de un ascensor en el que ni siquiera había reparado. Sin decir nada, Caine posó las manos en sus hombros y le quitó el abrigo mientras las puertas se abrían.

Diana observó a la mujer que entraba en la habitación. Una mujer no demasiado alta, rubia, vestida con un sencillo traje violeta, a juego con sus ojos.

—Diana —Serena se acercó hasta ella y la envolvió en un cariñoso abrazo—. ¡Me alegro tanto de que hayas venido! le tomó las manos y la observó—. ¡Eres preciosa! —dijo con una enorme sonrisa—. Y te pareces mucho a Justin, ¿verdad Caine?

—Mmm —Caine permanecía tras ellas, observando el encuentro mientras se encendía un cigarrillo.

Un poco intimidada por aquel recibimiento, Diana retrocedió.

—Serena, quiero agradecerte la invitación.

—Será la última formalidad que recibas de mi parte —le dijo Serena—. Ahora somos familia. Caine, ¿te apetece una copa? Diana, ¿qué quieres beber?

Diana miró a su cuñada y se encogió de hombros.

—Un vermut —nerviosa e incapaz de sentarse, se acercó a la ventana—. El hotel es precioso, Serena. Caine ya me ha contado que Justin y tú sois socios.

—De este hotel y de otro que estamos construyendo en Malta —Serena aceptó la copa que Caine le tendía y se sentó en el sofá.

—He descubierto que Diana y yo somos vecinos —Caine cruzó la habitación con otro vaso que le tendió a Diana.

—¿De verdad?

Por fin había pasado aquel extraño momento, se dijo Diana. Y habían sido los nervios, no el deseo, los responsables de aquella rara sensación, pensó mientras tomaba su copa. Se miraron a los ojos y sus dedos se rozaron. Y Diana deseó sentirse más segura de lo que pensaba.

—Sí —se apartó deliberadamente de Caine para mirar a su hermana—. Ha sido toda una coincidencia.

Caine sonrió lentamente mientras deslizaba la mirada por la espalda de Diana.

—Y no ha sido la única —comentó mientras se acercaba de nuevo al mueble bar—. Tenemos la misma profesión.

—¿Eres abogada? —Serena observó a Diana siguiendo a Caine con la mirada. Al parecer, su hermano no había perdido el tiempo.

—Sí. Estudié en Harvard unos cuantos años después que él —Diana miró su bebida, deseando no haberla pedido—. Pero en la facultad todavía se deja notar su presencia.

Serena echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Oh, no lo dudo. Y estoy segura de que la mayor parte de lo que se cuenta es bastante sabroso. Caine... —se interrumpió de pronto y le dirigió a su hermano una provocativa sonrisa—. Siempre he tenido curiosidad por todas las cosas que no nos ha contado.

—Tú fe en mí es conmovedora —musitó Caine.

Tenían una relación muy estrecha, pensó Diana. Habían compartido años de convivencia y sabían cientos de cosas el uno del otro. Continuaba con la mirada clavada en su bebida, sin saber muy bien lo que estaba haciendo allí.

—Serena... —comenzó a decir—. Quiero que sepas que te agradezco mucho tu invitación. Pero me pregunto... —Diana se interrumpió un instante e intentó darse fuerzas bebiendo un sorbo de vermut—. Me pregunto si Justin se siente más cómodo que yo con toda esta situación.

—El no sabe que estás aquí —cuando Diana levantó la mirada, Serena continuó rápidamente—. No estaba segura de que vinieras, Diana, y no quería que sufriera si rechazabas su invitación.

—¿De verdad crees que sufriría? —musitó Diana, elevando su vaso otra vez.

—No lo conoces —respondió Serena—. Yo sí —la fría Y silenciosa mirada que Diana le dirigió fue tan parecida a la de Justin que a Serena se le encogió el corazón—. Diana, creo que sé cómo te sientes. Y por favor, trata de comprenderlo. El es...

Al oír el ascensor, Serena se interrumpió. Maldita fuera, ¡habría necesitado unos minutos más! Observo a Diana y vio que su cuñada permanecía en un tenso silencio. Miró impotente a Caine y este se encogió de hombros en respuesta. En ese momento se abrieron las puertas.

—Ah, estás aquí —Justin se dirigió directamente hacia su esposa—. Habías desaparecido.

—Justin... —musitó Serena contra su boca.

Era tan alto, pensó Diana entumecida. Parecía confiado, feliz..., su mente continuaba pensando mientras ella era incapaz de hacer nada que no fuera mirarlo fijamente. ¿Dónde habría quedado aquel adolescente taciturno que ella recordaba? ¿Era ese su hermano? ¿El mismo que en una ocasión la había subido a hombros para que pudiera ver entre la multitud el circo que había llegado a la ciudad? Dios Santo, ¿por qué se acordaba de eso en aquel momento?

—Justin... —comenzó a decir Serena, casi sin respiración—, tenemos compañía.

Justin le dirigió una breve mirada a Caine y volvió a mirar a su esposa.

—Ya puedes salir de aquí, Caine. Quiero hacer el amor con tu hermana.

—Justin —medio riendo, Serena posó las manos en su pecho y miró hacia la ventana. Justin siguió el curso de su mirada.

—Oh... —sonriendo, deslizó la mano por el pelo de su esposa, pero no la soltó—. No sabía que Caine había traído a una amiga.

Ni siquiera la conocía, pensó Diana agarrando con fuerza su vaso. Eran dos desconocidos. Sin saber qué hacer, lo miró, devanándose los sesos para encontrar algo que decir.

Justin entrecerró los ojos lentamente. Serena sintió que tensaba la mano sobre su pelo para ir después soltándola gradualmente.

—¿Diana? —pronunció aquel hombre con un deje de reconocimiento e incredulidad.

Diana permanecía completamente inmóvil. Tenía ya blancos los nudillos por la fuerza con la que se aferraba a su vaso.

—Justin.

Justin cruzó la habitación y miró su rostro. El tiempo parecía haber retrocedido para volver al presente tan rápidamente que estaba desorientado. Quería alzar la mano, quería tocarla, pero no sabía cómo. Diana era tan pequeña y regordeta cuando la había dejado. Y en ese momento aparecía convertida en una mujer alta y delgada, con los ojos idénticos a los de su padre. El rostro de Justin eran tan inexpresivo como el de Diana mientras se estudiaban el uno al otro.

—Te has cortado las trenzas —musitó Justin y se sintió como un tonto.

—Hace ya algunos años. Tienes muy buen aspecto, Justin... —repuso ella con una educada sonrisa.

—Y tú —contestó él con un asentimiento de cabeza—. ¿Cómo está la tía?

—La tía Adelaide está muy bien. Ahora vive en París. Tu hotel es impresionante.

—Gracias —le dirigió una sonrisa forzada mientras se metía las manos en los bolsillos—. Espero que te quedes con nosotros una buena temporada.

—Voy a quedarme una semana —el dolor de la mano le indicó que suavizara la presión que ejercía sobre el vaso. Diana se concentró en ello mientras su hermano la miraba—. Todavía no te había felicitado por tu matrimonio, Justin. Espero que seas feliz.

—Sí, lo soy.

Serena, para la que aquel tono afectado de conversación comenzaba a ser insoportable, dio un paso adelante.

—Por favor, siéntate, Diana.

—Si no os importa, me gustaría ir a deshacer el equipaje y a instalarme en mi habitación.

—Por supuesto que no —respondió Justin antes de que Serena pudiera protestar—. ¿Cenarás con nosotros?

—Me encantaría.

—Te enseñaré tu habitación —Caine terminó su copa y la dejó sobre la mesa.

—Gracias —Diana cruzó hacia la puerta y se detuvo el tiempo suficiente para dirigirle a Serena una breve sonrisa—. Os veré esta noche, entonces.

Había una débil, pero inconfundible desaprobación en los ojos violeta de Serena.

—Sí. Y por favor, si necesitas algo, no dudes en decírnoslo. ¿Te apetece cenar a las ocho?

—Sí, estaré lista para esa hora —y sin mirar atrás, cruzó la puerta que Caine ya le había abierto.

Ninguno de los dos dijo nada mientras caminaban por el pasillo. Unos minutos más, se dijo Diana frenéticamente, y podría relajar los músculos y dar rienda suelta a sus sentimientos.

En silencio, Caine sacó una llave y le abrió una puerta. Diana entró en su habitación y se volvió dispuesta a darle las gracias. Pero Caine cerró la puerta tras él.

—Siéntate.

—Si no te importa, me gustaría...

—¿Por qué no te terminas esa copa?

Diana bajó la mirada y descubrió entonces que todavía tenía el vaso en la mano. Se encogió de hombros y se volvió, como si estuviera mirando la habitación.

—Muy bonita —dijo, sin tener la más vaga idea de qué estaba mirando exactamente—. Te agradezco que me hayas acompañado a mi habitación, Caine. Y ahora tengo que empezar a deshacer mi equipaje.

—Siéntate, Diana. No voy a dejarte sola mientras estés tan nerviosa.

—¡No estoy nerviosa! —respondió con excesiva dureza—. Pero estoy cansada, así que, si no te importa...

—Te he estado observando —Caine la agarró con firmeza por los hombros y la obligó a sentarse en una silla—. Si hubieras permanecido allí otros cinco minutos, habrías terminado desmayándote.

—Eso es ridículo —Diana dejó el vaso en la mesita que tenía a su lado.

—¿De verdad? —tomó la mano de Diana entre las suyas y se la frotó suavemente mientras observaba su rostro—. Tienes la mano helada. Y las manos no mienten. ¿No podías haberle dicho algo?

—No —respondió temblorosa, y tomó aire, intentando afirmar su voz—. No tengo nada que decirle —liberó su mano y se levantó—. Por favor, déjame sola.

Estaban muy cerca. Tanto que Diana pudo distinguir que Caine alzaba de forma casi imperceptible una ceja.

—Cabezota —musitó Caine y, con aire ausente, dibujó el perfil de los labios de Diana—. Lo pensé en cuanto te vi saliendo por la puerta. Diana... —Caine suspiró y le apartó un mechón de pelo de las mejillas—, te vas a hacer daño a ti misma al negar de esa forma tus propios sentimientos.

—Tú no sabes nada de mis sentimientos —contestó ella en voz baja.

Estaba luchando para contener las lágrimas que comenzaban a nublarle la visión. No iba a llorar, ni delante de Caine ni de nadie. Y además, no había nada por lo que tuviera que llorar.

—Esto no es asunto tuyo. Mis sentimientos no tienen nada que ver contigo —reprimió un sollozo y se llevó la mano a la boca—. Déjame sola —le exigió, pero se encontró de pronto acurrucada contra su pecho.

—Cuando hayas terminado —musitó él y la abrazó. Aquel silencioso consuelo fue más de lo que Diana era capaz de resistir. Aferrándose a Caine, dio rienda suelta a sus sentimientos con un liberador estallido de lágrimas y sollozos.

2

El agua estaba gris oscuro, salpicada por las crestas blancas de las olas. Era un espectáculo violento y fascinante. Diana podía oler el mar y la promesa de la nieve. Mientras caminaba, la arena crujía bajo sus pies. Llevaba el abrigo abrochado hasta el último botón para protegerse del viento, pero levantaba el rostro, disfrutando de la sensación del frío en la cara. Y de la soledad. Estaba gozando de la soledad que ofrecía una playa en invierno poco después del amanecer.

Se había pasado la mayor parte de su vida rodeada de gente. Nunca había estado sola en casa de su tía, en Beacon Hill. Diana se echó el pelo hacia atrás y sonrió con pesar. Nunca la habían dejado sola. Tras las regañinas y las lecciones de buena conducta de su tía Adelaide, se escondía su miedo a que la sangre comanche demostrara ser demasiado salvaje para controlarla. Y Diana se había controlado porque no tenía ningún otro lugar al que ir. Al principio, hacía todo lo que le decían, había dejado que Adelaide la modelara hasta convertirla en una pequeña damisela. Todos los demás la habían abandonado y Diana vivía con el miedo perenne a que la abandonaran otra vez.

Había aprendido a controlar el miedo, pero no a aliviarlo. Y había sido su capacidad para dominar los sentimientos la mejor defensa contra las críticas de Adelaide y contra su propia inseguridad. Incluso siendo una niña, Diana había comprendido que su tía se había hecho cargo de ella por deber. No había amor entre ellas, a pesar de que a los seis años, Diana estaba desesperadamente sedienta de amor.

Diana era la hija de la hermanastra de Adelaide, una mujer de pelo oscuro y piel dorada, nacida del segundo matrimonio de su padre con una mujer con sangre comanche. Y la hermanastra que Adelaide había aceptado por obligación había rematado la falta de juicio de su padre casándose con un Blade. La sangre llamaba a la sangre, solía decir Adelaide cuando hablaba de lo que consideraba la traición de su hermana a su apellido y a su patrimonio. Y con Diana, estaba decidida a corregir los errores de la familia.

Su pasado comanche había sido ignorado o, mejor dicho, borrado. Adelaide exigía perfección y quería que Diana fuera el espejo de sus propios valores, opiniones y deseos. La niña había aprendido a ser precavida, obediente y a no formular preguntas. Una pregunta equivocada expresada en voz alta, podría recibir una contestación impaciente o, peor aún, otra regañina.

Diana había aceptado su situación. Había sido una discípula ejemplar en los estudios, en la música y en buenos modales. De hecho, las tres cosas habían sido un escape con el que satisfacer su búsqueda de aprendizaje y su necesidad de pertenencia. Su tranquila determinación se había convertido en una forma de supervivencia. Durante años, la fría y elegante conducta que había adoptado se habían convertido en su segunda naturaleza.

Si había momentos en los que había deseado algo más, algo más excitante e insondable, había reprimido ese deseo. Había llegado a creer que si seguía las normas, al final ganaría. De modo que sus rebeliones habían sido muy discretas y sus sueños meticulosamente ocultados.

Aun así, Adelaide se habría horrorizado al enterarse de que su sobrina disfrutaba yendo a restaurantes que no tenían una sola estrella o viendo películas sin ninguna pretensión cultural. Y los coches deportivos, pensó Diana riendo. Y los cangrejos humeantes y la cerveza. Se detuvo, se metió las manos en los bolsillos, miró hacia el mar y se sintió reflejada en aquellas violentas olas.

¿Sería esa la razón por la que Justin se había instalado allí?, se preguntó mientras se volvía para mirar la parte trasera del hotel. ¿Se habría sentido arrastrado por la fría atracción del mar en invierno? ¿Sería la herencia que compartían más fuerte que aquellos años de separación durante los que él había apostado y ganado y ella se había rebelado en silencio?

Sacudió la cabeza y continuó caminando. En realidad no sabía nada del hombre que había estado sentado frente a ella la noche anterior durante la cena. Era un hombre amable, sofisticado, que parecía ocultar algo tan intenso como un trueno tras su fachada. Tenían muy poco que decirse el uno al otro. Ni siquiera cuando Serena le había dirigido una mirada suplicante había sido Diana capaz de decir algo que fuera más allá de las trivialidades.

¿Pero qué podía saber una mujer como Serena MacGregor de sus sentimientos? Ella había crecido rodeada de familia, de amor. Pertenece a un linaje que no tenía por qué ignorar. Bastaba mirarla para darse cuenta de lo bien que se entendía con Caine...

Caine, pensó Diana con un suspiro. Era imposible precisar lo que pensaba de él, lo que sentía por él. No estaba preparada para la sensibilidad que había demostrado cuando ella se había derrumbado, o mejor

dicho, para adivinar que estaba a punto de derrumbarse. Pero él, al igual que Justin, tenía una pátina de sofisticación tras la que se ocultaba algo peligroso. Cuando el llanto había seguido su curso, Diana había dejado de sentirse a salvo entre sus brazos, aunque en realidad lo único que había hecho él había sido acariciarla como si fuera una niña.

Caine amenazaba con encender algo muy profundo en su interior, como la llama nacida al frotar dos palos con una paciencia firme e infinita. De una chispa podía brotar un incendio, se recordó. Y ella no quería que su vida se viera interrumpida por ningún fuego.

—Has madrugado.

Diana se volvió y descubrió a Caine tras ella. Iba vestido de manera más informal, con una cazadora y unos vaqueros. Debía estar helado, pero parecía perfectamente cómodo mientras escrutaba su rostro con la mirada.

—Quería ver salir el sol —empezó a decir y alzó la mirada hacia las nubes—. Pero no he tenido mucha suerte esta mañana.

—Vamos a dar un paseo —le estrechó la mano antes de que ella pudiera contestar—. ¿Te gusta la playa?

Diana se relajó. Al parecer no iba a importunarla hablándole de Justin ni de la tensa cena de la noche anterior.

—En realidad, en verano no me gusta mucho la playa, pero no sabía lo agradable que era en esta época del año. ¿Vienes muy a menudo?

—No, la verdad es que no. Afortunadamente Alan y yo estábamos aquí cuando secuestraron a Serena, pero...

—¿Qué? —Diana se detuvo y le estrechó la mano con fuerza.

Caine la miró con curiosidad.

—¿No te enteraste?

—No, supongo que estaba en Europa. ¿Qué ocurrió?

—Es una larga historia —Caine comenzó a caminar otra vez y permaneció en silencio durante tanto tiempo que Diana pensó que no iba a decírselo—. Hubo una amenaza de bomba en el hotel de Justin de las Vegas y después le dirigieron otra, manuscrita, directamente a él. No le gustó. Cuando regresó, intentó convencer a Serena de que se fuera, pero... —esbozó una fugaz sonrisa y miró hacia el mar—. Ella también es muy cabezota. Justin estaba en el piso de abajo, hablando con la policía sobre esa segunda amenaza cuando ese tipo la secuestró.

La sonrisa desapareció para ser reemplazada por una furia controlada.

—La retuvo durante casi veinticuatro horas, esposada a una cama. Quería que Justin pagara dos millones de dólares de rescate.

—Dios mío...

—Aquella ha sido la única vez en todos estos años que he visto a Justin cerca de perder la razón —recordó Caine. La fría furia permanecía en su mirada, pero hablaba con calma—. No comía, no dormía, lo único que hacía era estar al lado del teléfono, esperando a que llamaran. Hasta que no le dejaron hablar con Rena no tuvo una pista de quién era realmente el secuestrador, pero entonces la situación fue incluso peor.

—¿Por qué?

En aquella ocasión fue Caine el que se detuvo para mirarla. Quizá aquel fuera el momento adecuado para que Diana supiera algunas cosas de su hermano.

—Cuando Justin tenía dieciocho años, se vio envuelto en una pelea en un bar. El hombre que la inició no tenía ganas de estar en el mismo lugar que un indio.

—Ya entiendo.

—Sacó un cuchillo. Durante la pelea, Justin fue herido —Caine la vio palidecer, pero continuó en el mismo tono—. El hombre murió con su propio cuchillo y Justin fue acusado de asesinato.

Diana sintió una repentina náusea y luchó para combatirla.

—¿Justin estuvo en la cárcel?

—Fue absuelto en cuanto los testigos del bar declararon, pero pasó unos meses terribles en una celda.

—Mi tía nunca me lo dijo —Diana se volvió hacia el mar—. No me dijo una sola palabra.

—En aquella época debías de tener unos ocho años. No creo que pudieras haberle servido de ayuda.

Claro que podría haberle servido de ayuda, se dijo Diana en silencio, pensando en la cómoda situación de su tía y en sus influyentes relaciones. Apretó los ojos con fuerza, luchando para aclarar su mente.

—Continúa.

—El caso es que descubrió que el chico que había secuestrado a Rena era el hijo del hombre al que Justin había matado. Su madre le había metido en la cabeza que Justin había asesinado a su padre y que estaba en la calle porque los jueces se habían compadecido de él. No tenía intención de hacerle ningún daño a Rena, solo quería a Justin.

El mar parecía más violento en aquel instante.

—¿Y Justin pagó el rescate?

—Estaba dispuesto a hacerlo, pero no fue necesario. Rena llamó justo cuando estaba a punto de salir a entregarlo. Había pegado al muchacho con una sartén y lo había atado a la cama.

Diana se volvió, sorprendida y divertida a pesar de todo.

—¿De verdad?

Caine le devolvió la sonrisa.

—Es más fuerte de lo que parece.

Sacudiendo la cabeza, Diana comenzó a caminar otra vez.

—¿Y qué ha sido de ese chico?

—El juicio será a finales de este mes. De momento, Rena está pagando todos los costes.

Diana lo miró. En sus ojos había una mezcla de enfado y admiración.

—¿Y Justin lo sabe?

—Por supuesto.

—Creo que yo no sería capaz de perdonar hasta ese punto.

—Más que de acuerdo, Justin está resignado —comentó Caine—. Y desde que vimos a Rena a salvo, nos es casi imposible negarle nada. Pero la verdad es que mi primera reacción fue encerrar a ese chico durante los siguientes cincuenta años.

Diana inclinó la cabeza para estudiar su rostro.

—Dudo que tuviera muchas oportunidades si tú te ocuparas de él. He leído la transcripción de algunos de tus juicios. Vas directo a la yugular, abogado.

—Es lo más limpio.

—¿Por qué dejaste el puesto de abogado del estado?

—Los políticos tienen demasiados problemas —le dirigió una sonrisa—. Supongo que con Barclay, Stevens y Fits no tendrás muchos.

—Barclay es el epítome del abogado seco y adusto. Dickens lo habría adorado. «Mi querida señorita Blade —lo imitó—, intente recordar su posición. Un miembro de nuestra firma nunca levanta la voz ni desafía a los jueces en los tribunales».

Sin dejar de sonreír, Caine le pasó el brazo por los hombros.

—¿Y usted desafía a los jueces, señorita Blade?

—Con mucha frecuencia. Si mi tía Adelaide no fuera íntima amiga de la esposa de Barclay, creo que ya me habrían echado. Pero como lo es, yo me he convertido en una especie de secretaria en el despacho.

—¿Y por qué sigues trabajando allí?

—Tengo una paciencia infinita —sentía el amistoso calor de su brazo sobre sus hombros. Sin pensar lo siquiera, se acercó más a él—. En primer lugar, a mi tía no le hizo mucha ilusión que decidiera estudiar derecho, pero está jugando un papel decisivo para consolidar mi posición en Barclay —aquello la humillaba. Diana intentó reprimir su amargura. Continuó hablando en voz más baja—. Ella se alegra de que esté trabajando para un viejo amigo y una firma de prestigio. Y es posible que si me quedo allí tiempo suficiente, pueda llegar a ocuparme de algo más interesante que el tráfico.

—¿Le tienes miedo?

En vez de sentirse insultada, Diana soltó una carcajada. El miedo había desaparecido hacía años.

—¿A mi tía Adelaide? No. Simplemente, se lo debo.

—¿De verdad? —musitó Caine casi para sí—. Mi padre siempre dice que dentro de la familia nunca hay deudas.

—Eso lo dice porque no conoce a mi tía —señaló Diana secamente—. ¡Oh, mira esas gaviotas! —señaló hacia el horizonte—. Esta mañana, cuando me he levantado, había una tan cerca de mi balcón que

casi podía tocarla. Me pregunto por qué me hacen pensar en la soledad cuando parecen tan completamente satisfechas —se estremeció y Caine la estrechó contra él.

—¿Tienes frío?

—Sí, pero me gusta.

Sentía la fría respiración de Caine contra su rostro convertida en un vaho ligero que rápidamente era arrastrado por el viento. Estaba tan concentrada en sus ojos que apenas advirtió que tensaba el brazo sobre sus hombros para estrecharla contra él.

Pero de pronto estuvieron cara a cara. Diana deslizó la mano por su espalda, por el frío cuero de su cazadora. El corazón se le había convertido en un sordo latido que parecía pertenecer a otra persona. El eco del viento los rodeaba como si estuvieran en una solitaria isla norteña. Caine la tomó por la nuca y Diana sintió unas gotas húmedas y delicadas en el rostro antes de ver los copos.

—Está nevando.

—Sí.

Caine bajó sus labios hasta solo un milímetro de los suyos, y entonces vaciló. Oyó el casi imperceptible temblor de su respiración antes de que fuera la propia Diana la que acortara la diminuta distancia que los separaba.

Y entonces, lenta y suavemente, Caine acarició sus labios. Era una fría y lenta seducción, rodeada del viento y de la nieve. Caine fue acercándola gradualmente a él, hasta sentir su cuerpo contra el suyo. Diana notó sus dedos fuertes acariciando su nuca y su cuello, poblando su mente de imágenes de todo lo que podrían hacer aquellos dedos sobre su cuerpo. Y mientras pensaba en ello, el beso de Caine se iba haciendo más ávido, instándola a respuestas que Diana le daba antes de ser siquiera consciente de sus demandas.

Diana se aferraba a sus hombros con fuerza. Mientras Caine cubría su rostro de besos, la pasión parecía elevarse como el viento, pero era cálida, tórrida. Oyó las olas rompiendo contra la arena, y de pronto el susurro de su nombre lo inundo todo, al tiempo que Caine deslizaba la lengua por su oído. Diana se estrechó contra él, buscando y encontrando su boca.

En aquella ocasión, ninguno de ellos fue sutil. Todo fue como un relámpago, como un fuego. Ninguno era consciente del frío. Diana sentía hasta sus más recónditos secretos expuestos al viento y volvía a sentirse llena de deseos que eran tanto de Caine como suyos. Deseos más profundos y complejos que todo lo que hasta entonces había conocido.

No era solo el hambre de su boca, ni la necesidad de sentir los fuertes brazos de un hombre sobre ella... Era el anhelo de un alma gemela.

Se aferraba a él como si se estuviera hundiendo, pero de pronto surgió la duda de que Caine fuera un anda o un salvavidas al que agarrarse. La voluntad de sobrevivir superó al anhelo de placer y se apartó. Respirando con dificultad, lo miró fijamente mientras el viento y la nieve azotaban su rostro.

—Bien —Caine soltó una bocanada de aire—. Esto no me lo esperaba —cuando estiró la mano para acariciarle la mejilla, Diana retrocedió—. Es un poco tarde para poner barreras, Diana.

—No son barreras, Caine —repuso, ya más tranquila—. Solo es una cuestión de sentido común. Yo no quiero ser uño más de tus apasionados encuentros en la biblioteca.

Algo relampagueó en los ojos de Caine, pero Diana no habría podido decir si era enfado o diversión.

—Creo que ese delito debió prescribir hace mucho tiempo.

—Dudo que te hayas rehabilitado —replicó ella.

—Dios perdona —y antes de que Diana pudiera evitarlo, le pasó la mano por el pelo—. Diana —riendo suavemente, le apartó un copo de nieve de la mejilla—. Tú perteneces al desierto o a algún lugar con un sol ardiente y algodonosas nubes que aclaren tu rostro.

Diana permanecía muy quieta, combatiendo el deseo de volver a sentir su piel contra la suya.

—Pues me encuentro perfectamente en los tribunales de Nueva Inglaterra —replicó..

—Sí —la sonrisa permanecía en su mirada—. Supongo que sí, o al menos parte de ti. Y quizá sea esa la razón por la que estás empezando a fascinarme.

—No tengo ningún interés en fascinarte, Caine —lo miró a los ojos—. En este momento, lo único que me interesa es volver al hotel antes de congelarme.

—Yo iré detrás de ti —dijo él con tan fingida amabilidad que Diana deseó golpearlo.

—No es necesario —comenzó a decir Diana y sintió que su mano rozaba la de Caine.

—Supongo que podría caminar diez pasos detrás o diez pasos delante de ti —al oír su suspiro de frustración, Caine le dirigió una sonrisa—. No te habrás enfadado por los amistosos besos que hemos compartido, ¿verdad? Al fin y al cabo somos de la familia.

—Lo que ha pasado no ha tenido nada que ver ni con la amistad ni con la familia —musitó Diana.

—No —Caine se llevó la mano de Diana a los labios y le mordisqueó suavemente el nudillo—. Quizá deberíamos intentarlo otra vez.

—No —respondió Diana con firmeza, intentando ignorar el efecto de aquel gesto.

—De acuerdo —repuso entonces Caine con una conformidad sospechosa—, entonces vayamos a desayunar.

—No tengo hambre.

—Es una suerte que no estés bajo juramento —musitó Caine—. Ayer no comiste ni tres bocados. En cualquier caso, puedes tomarte un café mientras yo desayuno. Estoy hambriento. Y hablaremos de trabajo —alzó la mano, anticipando sus protestas—. Si esto te hace sentirte mejor, lo pondré todo a mi cuenta.

Riendo a su pesar, Diana comenzó a subir los escalones de la playa que conducían al hotel.

—Tengo la sensación de que no te apartaste a tiempo de los políticos.

—Y yo de que no tienes los ojos de una mujer cínica —comentó él.

—¿No? —Caine subía los escalones tan rápido que Diana tenía que correr para mantenerse a su lado.

—Se parecen más a los de un camello. Cuidado, el suelo resbala.

—¡Un camello! —Diana se detuvo, sin saber muy bien si mostrarse ofendida o divertida—. Qué romántico.

—De verdad quieres algo romántico? —y antes de que Diana pudiera darse cuenta de lo que estaba haciendo, la levantó en brazos y caminó con ella hacia la entrada.

Sin dejar de reír, Diana se apartó el pelo empapado por la nieve de la cara.

—Déjame en el suelo, tonto.

—A Clark Gable le funcionó. Y Vivian Leigh no lo llamó tonto.

—Entre otras cosas porque no estaban en la calle cuando la levantó en brazos —señaló Diana—. Como te resbales en la nieve y me tires, te demandaré.

—Qué poco romántica eres —se quejó Caine mientras abría la puerta del hotel—. ¿Qué ha sido de las mujeres a las que les gustaba ser llevadas en brazos?

—Me temo que todas terminaron en el suelo —contestó Diana—. Caine, ¿quieres hacer el favor de bajarme? ¡No voy a permitir que me lleves así al comedor!.

—¿Ah, no? —para Caine fue un auténtico desafío y lo aceptó con una sonrisa.

Diana era ligera como una pluma y llevaba en la piel la esencia de la nieve. Sus ojos encerraban una risa indignada que lo atraía. Se prometió intentar provocar aquella expresión más a menudo. Diana tenía una boca hecha para la sonrisa y sentía la inexplicable necesidad de demostrarle lo poco que costaba divertirse.

—Caine —Diana bajó la voz al advertir las miradas de curiosidad que despertaban—. Deja de hacer tonterías. Nos están mirando.

—No pasa nada, estoy acostumbrado —bajó la cabeza para darle un beso—. Cuando haces pucheros tu boca es mucho más tentadora —mientras Diana gemía frustrada, Caine se detuvo para dirigirle una sonrisa a la camarera—. ¿Tienes una mesa para dos?

—Por supuesto, señor MacGregor —miró un instante a Diana—. Venga por aquí.

Diana apretó los dientes mientras Caine rodeaba algunas mesas repletas de huéspedes del hotel.

—Ahora mismo vendrán a atenderlo —le dijo la camarera mientras se detenía en una mesa—. Espero que disfruten del desayuno.

—Gracias —con una gran muestra de estilo, dejó a Diana en una silla y se sentó frente a ella.

—Pagarás por esto —le advirtió Diana en voz baja.

—Ha merecido la pena.

Caine se desabrochó la cazadora y se la quitó. Había decidido ya que Diana necesitaba ser sorprendida por lo inesperado de vez en cuando. En su opinión, había recibido una educación demasiado represora y protectora. Con aire ausente, se pasó la mano por el pelo empapado por la nieve.

—¿Estás segura de que no quieres nada más que un café, cariño?

—Completamente —sin dejar de mirarlo, se desabrochó el abrigo—. ¿Siempre eres tan escandaloso?

—La mayor parte de las veces. ¿Y tú siempre estás tan guapa por las mañanas?

—No desperdicies tus encantos conmigo —se quitó el abrigo, dejando al descubierto un jersey de angora naranja.

—No te preocupes, me sobran —mientras Diana suspiraba con disgusto, Caine sonrió a la camarera que se acercaba en aquel momento con la carta—. Yo tomaré tortitas —dijo inmediatamente—, con una guarnición de bacon, patatas fritas y huevos revueltos. La señorita solo quiere un café.

—¿Siempre desayunas así? —preguntó Diana cuando la camarera desapareció.

Caine se recostó en la silla y observó que Diana parecía haber olvidado que estaba enfadada.

—Disfruto comiendo cuando tengo oportunidad de hacerlo. Hay días en los que puedo considerarme afortunado si consigo comer algo más que unos litros de café y unos cuantos sandwiches secos.

—¿Trabajas tanto por tu cuenta como cuando trabajabas para el estado?

—La verdad es que sí, y además no cuento con tantos ayudantes —la miró mientras Diana añadía una triste gota de leche a su café—. Esa es una de las cosas con las que quería romper.

—¿No tienes secretaria en el despacho?

—En este momento es como si no la tuviera. Mi secretaria es desorganizada, desordenada y aficionada a los culebrones.

Diana le dirigió una media sonrisa mientras alzaba su taza.

—Supongo que tendrá.., otras virtudes.

Caine apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia ella.

—Tiene cincuenta y siete años, es firme como una roca y un genio con la máquina de escribir.

—Aun así, creo que con tu reputación y tu pasado, debes de tener uno de los despachos con mayor prestigio de Boston.

—Eso lo dejo para Barclay, Stevens y Fitz. ¿No te gusta mancharte las manos de vez en cuando, Diana?

—Sí,—suspiró y dejó su taza en la mesa—. Sí, maldita sea. Trabajaría a cambio de nada para poder meterle el diente a algún caso que no parezca sacado de un libro de texto. Estoy harta de delitos relacionados con el tráfico —musitó—. Y no voy a conseguir nada más si continúo en este despacho. Tal como van las cosas, no creo que nadie me felicitara si mañana abriera mi propio despacho.

—¿Y eso es lo que buscas? ¿Felicitaciones, reconocimiento?

—Me gusta ganar —sus ojos cobraron una repentina intensidad—. ¿Y tú por qué te dedicas a esto?

—Tengo talento para la discusión —frunció el ceño—. El mundo de las leyes tiene muchas sombras, muchos matices. Y no todos ellos tienen que ver con la justicia. La frontera entre lo justo y lo injusto a veces es casi imperceptible y es crucial mantener el equilibrio. A mi también me gusta ganar y, cuando lo hago, me gusta saber que tengo razón.

—¿Nunca has defendido a nadie sabiendo que era culpable?

—Todo el mundo tiene derecho a una defensa legal. Eso dice la ley —Como abogado, uno está obligado a ofrecerle lo mejor a su cliente y a esperar que la justicia sea la ganadora en cada caso. El sistema no es perfecto y a veces se comenten errores. Pero es preferible que exista.

Diana lo miró con interés.

—No eres tal como imaginaba.

—¿Y cómo me imaginabas?

—Más duro, quizá como una versión más joven y fiera de Barclay. Plagando tus conversaciones de citas, metiendo algunas palabras en latín para causar efecto y clamando que la ley es firme como el granito.

—Ah, como un idiota —Diana estalló en carcajadas, que Caine encontró tan cálidas y salvajes como su fragancia—. No te ríes demasiado a menudo, Diana. Deberías intentar disfrutar sin pensar en las consecuencias.

—Es por culpa de mi educación —a ella misma la sorprendió oírsele decir. ¿Qué puertas habría abierto Caine en su corazón, pensó preocupada.

—¿Me vas a aclarar eso que acabas de decir?

—No —sacudió la cabeza rápidamente y alzó la mirada—. Mira, aquí tienes el desayuno. Estoy deseando ver si podrás comértelo todo.

Secretos, pensó Caine mientras la camarera le colocaba los platos. Diana parecía tener cientos de capas y él no podía resistir la tentación de ir desprendiéndose de ellas una a una hasta ver lo que había debajo. Estaba además su vulnerabilidad.., no se encontraba a menudo una mujer tan fuerte y al mismo tiempo tan vulnerable. Aquella combinación, unida a sus inconfundibles muestras de pasión eran... muy atractivas.

Sus modales, su forma de hablar, su estilo, eran los de una auténtica dama, pero aquellos ojos de aspecto soñador encerraban promesas de algo diferente, casi salvaje.

Recordó su boca ardiente contra la suya y se descubrió deseando besarla otra vez... y sentir la piel que escondía bajo sus sofisticadas ropas. Para Caine, las mujeres siempre habían sido como rompecabezas que tenía que componer. En aquel caso, estaba deseando aceptar el desafío, quería jugar... y hacerle a Diana el favor de demostrarle que la vida no era el conjunto de límites y reglas que ella pensaba. Sí, reflexionó. Diana Blade iba a mantenerlo entretenido durante una buena temporada.

—¿Quieres un poco? —le preguntó, tendiéndole un tenedor lleno de tortitas.

—¿Temes haber pedido demasiado? —Caine se limitó a sonreír y a acercarle el tenedor a la boca. Diana se encogió de hombros y comió—. Oh —cerró los ojos un momento—. Están riquísimas.

—¿Quieres más? —tomó un bocado y le ofreció a ella otro—. La comida, al igual que otras soluciones al hambre, pueden ser un hábito.

Sin apartar los ojos de los de Caine, Diana aceptó lo que le ofrecía y se recostó en la silla.

—En este momento, tengo que controlar mi consumo de calorías.

—Oh, estáis aquí —Serena apareció al lado de la mesa y dio un beso a su hermano en la mejilla—. ¿No es terrible? —le preguntó a Diana señalando el plato de Caine—. Y no engorda ni un solo gramo. ¿Has dormido bien?

—Sí —Diana se sentía perdida ante la desbordante amabilidad de Serena y sonrió con cautela—. Mi habitación es preciosa.

—¿Quieres desayunar? —le preguntó Caine a su hermana.

—¿Estás dispuesto a compartir tu desayuno?

—No.

—Bueno, de todas formas no tengo tiempo —Serena hizo una mueca mientras él continuaba comiendo—. Me gustaría que te pasaras después por mi despacho, Diana. ¿Ya has hecho planes para hoy?

—No, todavía no.

—Puedes aprovechar el gimnasio, o el casino... Y a mí me encantaría enseñártelo todo.

—Gracias.

—Dame una hora —Serena señaló a su hermano con la mirada—. Y créete solo la mitad de lo que te cuente —le aconsejó a Diana y se marchó.

—Tu hermana... —Diana se interrumpió y aceptó con una carcajada la loncha de bacon que Caine le ofrecía—. Ella tampoco es como me esperaba.

—Siempre te haces una imagen mental de una persona antes de conocerla?

—Sí, supongo que sí. ¿Acaso no lo hace todo el mundo?

Caine se encogió ligeramente de hombros y continuó comiendo.

—¿Cómo esperabas que fuera Rena?

—Entre otras cosas, más fuerte —Diana masticó el bacon con aire ausente—. Parece muy frágil, al menos hasta que descubres la fuerza de su rostro. Y supongo que esperaba encontrarme con alguien de aspecto más intelectual. No es la clase de mujer que habría imaginado para mi hermano. Aunque la verdad es que me costaba incluso imaginármelo casado.

—Es posible que tampoco él sea como tu crees.

La mirada de Diana se tomó distante y fría al instante.

—No, no lo conozco, ¿verdad?

Era difícil no enfadarse al ver lo fácilmente que se resguardaba de nuevo en su armadura.

—A menos que de verdad se quiera, nunca es fácil conocer a alguien —comentó Caine.

—No me parece sabio dar lecciones a alguien sobre un tema del que no se sabe nada —replicó ella—. Tú tuviste una infancia normal, ¿verdad, Caine? Madre, padre, hermanos... Sabías exactamente quién eras, el lugar al que pertenecías. No tienes derecho a analizar ni a desaprobar mis sentimientos cuando no tienes manera de comprenderlos.

Caine se recostó en la silla y se encendió un cigarro.

—¿Eso es lo que estoy haciendo?

—Crees que es fácil borrar de un plumazo treinta años de desinterés? Necesité a Justin hace tiempo, pero ya no lo necesito.

—¿Entonces por qué has vuelto?

—Para exorcizar el pasado, para librarme de fantasmas —apartó la taza de café—. Quería ver a mi hermano convertido en un hombre para dejar de recordarlo como a un chico. Cuando me vaya, dejaré de pensar en él.

Caine la miró a través del humo de su cigarrillo.

—No puedes fingir que eres de hielo delante de mí, Diana. Estuve ayer contigo después de que vieras a Justin.

—Eso ya está superado.

—No te gusta verte como un ser humano, ¿verdad? —cuando Diana comenzó a levantarse, la agarró por la muñeca—. Si quieres ser una ganadora, tendrás que dejar de huir.

—No estoy huyendo —comenzaba a acelerársele el pulso. El barniz educado de Caine había desaparecido y, por vez primera, Diana tenía una visión clara del hombre fuerte, amenazador y excitante que realmente era.

—Has estado huyendo desde que te bajaste de ese avión —la corrigió—. Y probablemente mucho antes que eso. Te sientes herida, confundida, pero eres demasiado cabezota para admitirlo.

—Lo que yo sea o deje de ser no es asunto tuyo.

—Los MacGregor se toman muy en serio todos los asuntos relacionados con la familia. En el momento en el que tu hermano se casó con Serena, tú pasaste a ser asunto mío.

—Pero resulta que yo no quiero tus consejos familiares.

Caine sonrió y le soltó la mano bruscamente.

—No me siento exactamente como un familiar tuyo, Diana —le acarició los nudillos con el pulgar—, y creo que ambos lo sabemos.

Caine era capaz de cambiar de humor a más velocidad que ella misma. Diana se levantó y lo miró furiosa.

—Preferiría que no sintieras nada hacia mí.

—Demasiado tarde —volvió a sonreír—. Los escoceses son un pueblo pragmático, pero yo estoy empezando a creer en el destino.

Diana tomó su abrigo y lo dobló cuidadosamente sobre su brazo.

—En el lenguaje de los Ute, comanche significa enemigo —alzó sus enormes ojos hacia él—. No es fácil someternos se volvió y se alejó lentamente de allí.

Caine apagó su cigarrillo con una sonrisa. Estaba comenzando a pensar que aquella iba a ser una batalla interesante.

3

Durante los días siguientes, Diana descubrió que el Comanche era un hotel tan excelente como los que su tía frecuentaba. La comida, el servicio, el ambiente, todo llevaba la impronta del dinero y el éxito. Era evidente que, aunque había emprendido su carrera sin un céntimo, Justin había sabido sacarle partido a su trabajo. Diana se decía a sí misma que podía respetarlo e incluso admirarlo por ello, sin necesidad de involucrarse emocionalmente con su hermano. No quería correr el riesgo de acercarse a él.

Justin se mostraba invariablemente educado cuando se encontraban, pero era tan precavido como ella.

A pesar de sí misma, Diana había aprendido algunas cosas sobre él, como su arraigada integridad, que ella nunca habría asociado con un jugador, o su cerebro astuto y agudo, o una vulnerabilidad que solo ante Serena era capaz de mostrar. Su hermano era un hombre que habría despertado su interés y su afecto si no hubiera sido por aquellos años de separación que no era capaz de borrar.

A Caine lo veía poco, deliberadamente. En un corto espacio de tiempo, este había sido testigo de demasiados sentimientos íntimos de la joven. Diana casi podía aceptar que hubiera estado a su lado cuando se había derrumbado porque era un hombre amable y sensible. Pero los momentos pasados en la playa se reproducían en su mente demasiado a menudo.

Aquel tipo de pasión, tan intensa como inesperada, encerraba un peligro especial. Diana podía recordarla con demasiada facilidad, sentirla sin hacer ningún esfuerzo. Si Caine era capaz de conmoverla pronunciando su nombre en un habitación llena de gente, Diana era perfectamente consciente de lo que sucedería si se quedaran a solas.

Por otra parte, estaba la cuestión del enfado. ¡Era increíble la habilidad de Caine para ponerla furiosa! Diana siempre se había sentido orgullosa de su capacidad para controlar sus más violentos sentimientos. Había ejercitado durante años el control de la furia y la frustración y, sin embargo, Caine era capaz de hacerla temblar de rabia con una sola frase.

Pero era absurdo perder el tiempo pensando en ello, se dijo Diana mientras terminaba de vestirse. Podrían encontrarse en Boston de vez en cuando, pero aquel era su territorio. Y también el de Caine, se recordó al instante. En cualquier caso, en Boston coincidirían en un terreno profesional en el que Diana sabía exactamente quién era y lo que estaba haciendo. Ella nunca había sido una mujer que se dejara guiar por su humor. Era demasiado disciplinada para ello. En cuanto estuviera de nuevo en Boston, dejaría de ser tan susceptible a aquel tipo de sentimientos.

Ella no quería sentirlos, se dijo a sí misma casi violentamente. Lo que quería era recuperar su vida tranquila y ordenada. Y mientras estuviera allí, sabía que habría algo amenazándola.

Justin, y todos aquellos recuerdos que habían renacido al verlo... Diana no quería recordar ni sentir lo que ya pertenecía al pasado.

Caine había abierto la puerta a sentimientos que Diana ni siquiera sabía que albergaba. Estaba jugando con vulnerabilidades que no debería tener, con pasiones que no quería sentir. Cuando estaba cerca de él, necesitaba... Necesitaba algo que no podía permitirse el lujo de necesitar.

Suspiró, luchando contra la confusión y la furia. Todavía podía controlarlas, se dijo a sí misma. Tenía que controlarlas. Y cuando estuviera de vuelta en Boston, seguiría su vida como hasta entonces.

Con aire ausente, se colocó el cuello del jersey rosa oscuro. Se alegraba de haber ido. Así había podido ver a Justin y podría dejar de preguntarse por él; aquella parte de su vida podría reposar para siempre. Su cariño hacia Serena también había crecido rápidamente. No era algo propio de ella, admitió Diana.

Había aprendido desde muy niña a tener cuidado con sus afectos. Y, por primera vez en su vida, conocía el placer de tener a alguien que podía ser al mismo tiempo familiar y amigo.

Se colgó el bolso al hombro y salió de la habitación. Antes de dirigirse a la playa, pasó por el despacho de su cuñada.

Mientras caminaba hacia el casino, Diana se sintió de nuevo impresionada por aquella decoración tan inteligente como informal. No había brillos excesivos ni lámparas de araña por doquier. Por lo que Serena le había contado, el casino, al igual que el resto del hotel, reflejaba el gusto de Justin. En realidad, era una evocación de la pequeña casa que Diana y Justin habían compartido en Nevada.

Pero ambos habían recorrido un largo camino desde entonces, pensó Diana. Recordó la casa de su tía en Beacon Hill, con su estricta y elegancia, llena de antigüedades y objetos de plata. Dirigió una última mirada al casino. Sí, ambos habían recorrido un largo camino desde que habían dejado aquella casita rodeada de pastos. Pero quizá habían sido más feliz allí que en cualquier otro momento de su vida.

Inmersa en sus pensamientos, Diana entró en recepción y estuvo a punto de chocar con su hermano.

—Diana —Justin la agarró del brazo para ayudarla a recuperar el equilibrio y dejó caer la mano a un lado.

Era tan bonita, pensó. La sonrisa educada y fugaz que le dirigió Diana se le clavó en las entrañas. No podría alcanzarla, lo había sabido nada más verla. Pero al tenerla a lado le resultaba más difícil aceptar aquella pérdida.

—Buenos días, Justin. Había pensado en ir a ver a Rena, si es que no está ocupada —qué fríos eran sus ojos, pensó Diana.

—Ahora mismo está revisando unos horarios —como Diana continuaba mirándolo fijamente, arqueó una ceja con expresión interrogante—: ¿Te ocurre algo, Diana?

—Acabo de acordarme de esa historia sobre la pionera que capturó uno de los ancestros de nuestra madre —fruncía el ceño mientras intentaba recordar aquella historia que le habían contado cuando era solo una niña—. Terminó quedándose a vivir libremente con él. ¿No te parece extraño que solo por ella aparezcan al menos una vez en cada generación esos ojos verdes?

—Tú tienes los ojos de papá —musitó Justin—. Ojos oscuros y misteriosos.

Al sentir que algo se suavizaba en su interior, Diana se tensó.

—No los recuerdo —contestó. Le pareció oírlo suspirar, pero no hubo ningún cambio en su expresión.

—Dile a Serena que volveré dentro de un par de horas. Ahora tengo una reunión.

Diana se quedó en silencio, sintiendo el dolor de la culpa y el miedo al rechazo.

—Justin... —su hermano se volvió—. Yo... no sabía lo de la cárcel. Lo siento.

—Eso fue hace mucho tiempo. Tú eras una niña.

—Dejé de ser una niña en el momento en el que me abandonaste —y sin esperar respuesta, entró en el despacho de Serena.

—Diana —la saludó Serena sonriente, apartando los papeles que tenía sobre la mesa—. Por favor, dime que estás deseando que te entretenga para que pueda dejar toda esta montaña de papeleo.

—Me temo que te he interrumpido.

—Hay días en los que rezo para que me interrumpan —la miró y frunció el ceño—. ¿Qué te ocurre, Diana?

—Nada —Diana se volvió hacia los ventanales que daban al casino—. Yo no podría trabajar aquí. Me sentiría como si estuviera en medio de una fiesta.

—El secreto consiste en concentrarse en dos niveles diferentes.

—Justin me ha pedido que te diga que va a estar fuera un par de horas.

Así que era eso, pensó Serena, y se levantó. Cruzó la habitación y posó las manos en los hombros de su cuñada.

—Diana, puedes hablar con tranquilidad. El hecho de que quiera a Justin no significa que no pueda comprender cómo te sientes.

—No debería haber venido —Diana exhaló un largo suspiro y sacudió la cabeza—. No consigo dejar de recordar cosas que creía olvidadas. Rena, durante mucho tiempo he vivido sin saber si quería o no a mi hermano. Y esto me está haciendo daño.

—Querer a alguien puede tener algunas desventajas —Serena le apretó cariñosamente el hombro—. Pero si quieres a Justin y te das algún tiempo...

—No lo quiero —la contradijo Diana mientras se volvía—. Es más, lo odio por todos estos años que he pasado sin él.

—Diana, ¿no te das cuenta de que él también ha estado sin ti?

—El fue el que eligió; yo no tuve oportunidad de hacerlo —eran tan fuertes los sentimientos que la acechaban que tuvo que ponerse a andar por la habitación—. Me dejó con mi tía y continuó su camino.

—Tenías seis años y él solo dieciséis —frustrada, Serena intentaba equilibrar sus lealtades—. ¿Qué esperabas que hiciera?

—Jamás me escribió, ni me llamó, no fue a verme ni una sola vez. Yo estaba convencida de que si hacía todo lo que me decían, él volvería conmigo. Durante aquellos años, fui la viva imagen de una niña

modelo. Cuidaba mis modales, estudiaba y esperaba. Pero él nunca regresó. Mientras yo lo esperaba, él no pensó ni una sola vez en mí.

—¡Eso no es verdad! —replicó Serena con calor—. Tú no lo comprendes.

—No, eres tú la que no lo comprendes. Tú no sabes lo que es perder todo lo que te pertenece y tener que vivir de la caridad de una persona. ¡Lo que es saber que cada bocado que comes, cada ropa que te compran tiene un precio que habrás de pagar!

—¿A quién crees que debes algo por haberte alimentado y vestido, Diana?

—Oh, lo sé perfectamente —respondió Diana—, porque ella nunca me ha dejado olvidarlo. La tía Adelaide no cree en la generosidad si no es a cambio de algo.

—¿Generosidad? —Serena estaba furiosa—. Adelaide sabe de la generosidad menos que tú.

—Quizá. Pero ella me ha dado todo lo que he tenido.

—¡Justin lo pagaba todo! —le espetó Serena, presa de una furia que no era capaz de controlar—. Le envió un cheque todos los meses, hasta que tú te graduaste en Harvard. Es posible que la cantidad fuera pequeña al principio —continuó con más frialdad—, pero cada vez fue haciéndose mayor. Adelaide aceptaba el dinero de Justin a cambio de que se mantuviera apartado de ti. Justin tuvo que pagar un precio también, Diana, un precio que era mucho más importante que el dinero.

Diana se quedó completamente helada. Temía moverse por miedo a romperse.

—¿Que él le pagaba? —preguntó con voz serena—. ¿Justin le enviaba dinero a mi tía Adelaide para mí?

—Él no tenía nada más para darte. Maldita sea, Diana, eres abogada. ¿Qué te habría ocurrido si Justin no te hubiera dejado con tu tía?

Habría terminado en un hogar adoptivo, pensó con dolor. En un orfanato.

—Pero ella también podría haberse quedado con él.

—¿Tú crees?

Diana se llevó la mano a los ojos. No sabía cuándo había empezado aquel dolor de cabeza, pero la estaba golpeando despiadadamente.

—No —suspiró y dejó caer la mano lentamente—. No. Pero después, cuando yo ya era mayor, podía haber intentado ponerse en contacto conmigo.

—Justin pensaba que eras feliz y que, desde luego, estabas mejor en Boston que recorriendo todo el país a su lado. Justin eligió su propia vida, es cierto, pero hizo lo que pensaba que era lo mejor para ti.

—¿Y por qué nunca me lo ha dicho?

—Crees que él quería tu gratitud? —le preguntó Serena con impaciencia—. ¿Es que no te has dado cuenta del tipo de hombre que es? No le va a hacer ninguna gracia enterarse de que te he contado todo.

A medida que iba tranquilizándose, Serena iba reparando en la tristeza y la palidez del semblante de su cuñada. Se acercó a ella y alargó el brazo.

—Diana...

—No —Diana alzó la mano para apartarla. Hablaba con voz glacial—. ¿Es cierto lo que me has contado?

—No tengo ninguna razón para mentirte.

De los labios de Diana escapó una risa amarga.

—Qué raro, porque al parecer a lo largo de mi vida todo el mundo me ha mentido.

—Déjame acompañarte a tu habitación y prepararte un baño.

—No —haciendo acopio de la capacidad de dominio de sí que le quedaba, Diana se dirigió hacia la puerta—. Te agradezco que me lo hayas contado —dijo fríamente—. Era algo que necesitaba saber.

Una hora después, Diana todavía no había conseguido recuperarse. La cabeza le daba vueltas, presa de todo tipo de emociones. Todo lo que había creído era falso. Todo lo que había tenido se lo debía a alguien a quien ella le había pagado con frío resentimiento.

Sacó las maletas y comenzó a guardar lenta y meticulosamente su ropa, intentando que aquella sencilla tarea ocupara toda su mente. Si pudiera elegir, se iría a última hora de la tarde. Quizá para entonces ya se le hubiera pasado el dolor de cabeza y las náuseas habrían cesado. Quizá para entonces se sintiera menos perdida.

Al principio, ignoró la llamada a la puerta, pero como esta continuaba, se acercó a abrir.

—Caine —permaneció frente a la puerta, mostrándole de forma evidente que no era bienvenido.

—Diana —dijo él en el mismo tono mientras le escrutaba el rostro. Dio un paso adelante, forzándola a apartarse.

—Ahora mismo estoy ocupada.

—No te molestaré —replicó él mientras se acercaba a la ventana—. Siempre me han encantado las vistas de esta habitación.

—Entonces disfruta de ellas —se volvió y regresó a la zona del dormitorio, donde continuó haciendo las maletas.

—¿Has cambiado de planes? —preguntó Caine, acercándose a la puerta.

—Es evidente —dobló un jersey y lo guardó en la maleta—. Supongo que Rena te habrá hablado de la conversación que hemos tenido.

—Me ha dicho que estabas muy afectada.

A Diana le costó mantener las manos relajadas mientras doblaba una blusa.

—Tú lo sabías todo —dijo desapasionadamente—. Sabías que Justin se había hecho cargo de mis gastos.

—Rena me habló de ello después de escribirte. Justin nunca me lo había contado —entró en el dormitorio y levantó la manga de un vestido de seda que Diana había dejado extendido sobre la cama—. ¿De qué huyes, Diana?

—No estoy huyendo.

—Estás haciendo las maletas.

—No creo que sea lo mismo. Estoy segura de que Justin se sentirá más cómodo cuando me vaya.

—¿Por qué?

Diana metió un puñado de ropa en un maletín y lo cerró.

—Apártate, Caine.

Estaba luchando contra sus sentimientos, observó Caine, preguntándose por qué tendría la sensación de que debía reprimirlos cuando era mucho más saludable darles rienda suelta.

—¿Con quién estás enfadada?

—¡No estoy enfadada! —se acercó al armario y descolgó algunos vestidos—. ¡Todo eran mentiras! —colérica, cerró el armario de un portazo y permaneció frente a Caine con las manos llenas de ropa—. Durante todos estos años, mi tía me ha hecho sentirme como si dependiera de su buen carácter y su sentido del deber. Me ha vestido con puntillas y zapatos de cuero cuando lo que a mí me apetecía era ir descalza. Y yo me ponía todo porque tenía miedo. Y porque se lo debía. Y, durante todo ese tiempo, era Justin el que lo pagaba todo.

Se aferraba a la ropa que tenía entre las manos, sobrecogida por una insoportable frustración.

—Nunca me hablaba de él. Insistía en que olvidara los seis primeros años de mi vida, que los viviera como si nunca hubieran existido. Yo era comanche —dijo Diana con repentina fiereza—, pero ella no me permitía recordarlo. Me robó mi herencia, mi pasado y aun así yo sentía que le debía todo. Aprendí todo lo relativo a mi pueblo en libros y museos y, durante toda mi vida, he tenido que luchar para recordarme en secreto quién soy. Le pagaban por mí, y mientras mi hermano estaba solo en la cárcel, yo estaba recibiendo clases de ballet.

Caine dio un paso hacia ella, y observó las lágrimas que Diana se esforzaba en ocultar.

—¿Y no tiene ninguna importancia pensar que era eso lo que él quería?

—¡No! —Diana tiró la ropa al suelo—. He pasado la mayor parte de mi vida odiándolo e intentando satisfacer los deseos de una mujer que no me aceptaba tal como era. Yo creía que tenía que pagarle siendo educada, saliendo con la clase de chicos que a ella le gustaban o aceptando el tipo de trabajos que ella consideraba dignos de mí se pasó las manos por el pelo y soltó una carcajada dolorosa—. ¡Pero no era a ella a quien le debía nada y yo ya no sé quién soy! ¡Ya no sé nada!

—¿Pero por qué el hecho de que el dinero proceda de otra parte te parece que marca tantas diferencias?

—Supongo que para alguien que siempre se ha creído con derecho a tenerlo todo no supone ninguna.

Caine la agarró del brazo y la sacudió con impaciencia.

—Estás siendo una estúpida. Acabas de averiguar que tu tía no fue completamente sincera contigo y que tu hermano no te olvidó. ¿Por qué va a cambiar eso lo que eres o quién eres?

—¿No te das cuenta de que he crecido en la mentira?

—Y ahora ya sabes la verdad. ¿Qué piensas hacer con ella?

Diana relajó bruscamente la mano con la que se aferraba a la camisa de Caine y el enfado la abandonó.

—Oh, Dios mío, Caine, he sido tan odiosa con él. Tan fría. Cuanto más deseaba acercarme a él, más retrocedía.

Caine la besó suavemente. Fue un beso rápido, casi como el gesto de un hermano.

—La próxima vez ganarás.

—No —Diana se apartó de sus brazos y se detuvo para recoger la ropa que había tirado al suelo—. Vendré a verlo en cuanto sea capaz de asumir todo lo ocurrido —empezó a alisar las prendas que había arrugado—. Pareces haber convertido en una costumbre el estar cerca de mí cada vez que me derrumbo. Y creo que no me gusta.

—Tampoco estoy seguro de que me guste a mí —murmuró Caine y se descubrió a sí mismo haciéndola volverse para enfrentarse a él—. Me resulta muy difícil resistir la vulnerabilidad.

Deslizó el pulgar por su mejilla y siguió el movimiento de su mano con la mirada.

—No —susurró Diana cuando Caine posó los ojos en los suyos.

Caine enmarcó su rostro entre las manos y hundió los dedos en su pelo.

—Provocas algo extraño en mí —le dijo antes de buscar su boca.

Diana podía haberlo detenido. Mientras lo abrazaba, Diana sabía que podría haberlo empujado y pedido que saliera de la habitación. Todavía tenía fuerzas para hacerlo. Pero, sus labios eran tan tentadores... Cubrían su boca de promesas de un deleite interminable mientras sus manos se deslizaban bajo el jersey, buscando la piel sedosa de su espalda.

Caine sabía complacer a una mujer. Quizá la mayor parte de su atractivo fuera que deseaba tanto dar como recibir. Conocía todos los trucos y sutilidades de la seducción. Pero en aquel momento, los había olvidado todos. La fragancia de Diana nublaba su mente hasta el punto de estrujarla literalmente contra él; el deseo era demasiado intenso para andarse con delicadezas. Diana lo estaba tentando y él estaba siendo seducido antes de darse cuenta siquiera de que las normas habían cambiado.

Oyó un gemido y comprendió que había escapado de sus labios. Sus manos se aferraban nuevamente a ella, inconscientes de su fuerza mientras él continuaba saboreando las mieles de su boca. Y Diana le devolvía caricia por caricia, fuego por fuego.

Diana ya solo era consciente de aquella ola de sensaciones. El sabor de Caine lo dominaba todo, pero aun así, ella sabía que no era suficiente. Buscaba su lengua con la suya una y otra vez, queriendo profundizar su intimidad, pero lo único que conseguía era aumentar su hambre. Por primera vez, comprendía de verdad el poder de la gula.

Caine bajó las manos por su cuerpo, deteniéndolas a ambos lados de sus senos antes de continuar hacia la cintura y las caderas. Las moldeaba como si fuera un escultor memorizando una pieza de arcilla. Y, de alguna manera, Diana sabía que estaba adivinando su cuerpo con la misma claridad que si estuviera desnuda.

Caine apartó su boca para mirarla con los ojos nublados por una feroz intensidad. Al parecer, aquella vez había sido él el que había chocado con lo inesperado; un deseo doloroso, cuando él habría optado por una delicada pasión.

—Te deseo, Diana. Ahora.

Había sido su enfado el que la había excitado. Y fue también la furia lo que le permitió liberarse.

—Yo... —se volvió y se pasó las manos por el pelo—. No estoy preparada para esto. Contigo no.

—¡Maldita sea Diana! —la agarró para obligarla a volverse, ardiendo de deseo.

—No —Diana lo empujó, ganando unos centímetros de distancia—. Ahora mismo ni siquiera sé lo que siento. Todo ha ocurrido demasiado rápido. Pero si de algo estoy segura, es de que no quiero ser una de las conquistas de Caine MacGregor.

—Disfrutas poniendo a la gente en su lugar, ¿verdad?

—Quiero volver a mi vida de siempre, Caine. Y no pienso dejar que me la compliques.

—Complicártela —repitió Caine suavemente, tras haber recuperado el control—. De acuerdo, Diana, haz lo que tengas que hacer —dio un paso hacia ella, pero no la tocó—. Pero Boston no es una ciudad muy grande y este caso dista mucho de estar cerrado.

—¿Eso es una amenaza, abogado?

Caine sonrió entonces lentamente.

—Es una promesa —la tomó por la barbilla y le dio un duro beso antes de salir de la habitación. Diana no volvió a respirar hasta que la puerta se cerró tras él.

Aquello era lo último que necesitaba, pensó, mientras observaba el revoltijo de sus ropas en el suelo. Había permitido que aquello se le fuera de las manos porque estaba confundida y con los sentimientos a flor de piel. Si había algo que había aprendido a lo largo de los años, había sido a defenderse de los hombres, tanto en los tribunales como en el dormitorio. Y con Caine MacGregor las cosas no habrían sido diferentes si no la hubiera sorprendido cuando más vulnerable estaba.

No sabía qué pensar. Diana cerró los ojos y esperó a tranquilizarse. Si volvían a encontrarse en Boston, procuraría no perder la cabeza. De momento, tenía que enfrentarse a sí misma, a su hermano y a veinte años de mentiras. Antes de dejarse arrastrar por la tristeza, Diana salió de la suite y corrió al vestíbulo del ático.

Quizá Justin todavía no hubiera vuelto, pensó mientras levantaba la mano para llamar a la puerta de sus habitaciones. Si así era, se dijo, bajaría a su despacho y lo esperaría. Cuadró los hombros, llamó y contuvo la respiración.

Justin le abrió la puerta con el torso desnudo, una camisa al hombro y el pelo todavía mojado por la ducha.

—¿Diana? ¿Buscas a Serena?

—No yo... —clavó la mirada en la cicatriz que su hermano tenía en las costillas—. ¿Puedo entrar?

—Claro —cerró la puerta tras ella—. ¿Quieres un café? ¿Una copa?

—No, no, nada.

—Siéntate, Diana.

—No, yo... —se le quebró la voz y sacudió la cabeza con expresión de impotencia—. No.

—¿Qué te pasa?

Habría sido mucho más fácil si no tuviera que mirarlo mientras hablaba.

—Quiero pedirte disculpas.

Justin arqueó una ceja mientras empezaba a ponerse la camisa.

—¿Por qué?

—Por todo lo que no he hecho ni dicho desde que he llegado aquí.

Justin la observaba mientras se abrochaba la camisa, pero su expresión no le decía nada a su hermana. Sabía cómo disimular lo que pensaba, pensó Diana. Seguramente por eso era tan buen jugador.

—No tienes nada de lo que disculparte.

—Justin —su nombre sonó como una súplica mientras caminaba hacia él—. Esto no se me está dando nada bien. Es extraño, me gano la vida hablando en defensa de los demás y ahora no sé qué decir.

—Diana, no tienes por qué hacer esto. No espero que sientas nada.

Diana reunió valor para hablar con franqueza.

—Estoy en deuda contigo.

Instantáneamente, la mirada de su hermano se tomó distante.

—No me debes nada.

—Te lo debo todo —lo corrigió—. Justin, ¡deberías habérmelo dicho! —exclamó con repentina pasión—. ¡Tenía derecho a saberlo!

—¿A saber qué? —le preguntó fríamente.

—¡Oh, déjalo ya! —le exigió y lo agarró por la camisa con ambas manos.

Justin bajó la mirada hacia ella y pensó que Diana se parecía a la niña que él recordaba mucho más de lo que hasta entonces creía. Ahí estaba su genio, su fuego. Arqueó una ceja y estudió su rostro obstinado y furioso.

—Siempre fuiste una niña mimada. Quizá, si te tranquilizas, seas capaz de contarme lo que te pasa.

—Deja de tratarme como si solo tuviera seis años!

A Justin le divirtió oírle gritar y romper la imagen de mujer fría y sofisticada con la que se había presentado desde el primer día.

—Pues deja de comportarte como si lo fueras —le aconsejó—. Hay algo que quieres decirme desde que has entrado en esta habitación. Dímelo.

Diana tomó aire. Quería disculparse, no gritar ni acusarlo, pero parecía haber perdido la capacidad de control que con tanta disciplina había practicado durante años.

—Durante todos estos años, he estado enfadada contigo. Incluso he intentado odiarte por haberme olvidado.

—Creo que te comprendo.

—No —sacudió la cabeza. Lágrimas de frustración empezaban a correr por su rostro, pero no se las secó porque ni siquiera era consciente de ellas—. ¿Cómo puedes comprenderlo si nunca te lo he podido decir? Lo perdí todo tan rápidamente, Justin. Perdí a todo el mundo —le temblaba la voz—. Al principio creía que te habías marchado porque yo no me portaba bien.

Por vez primera, Justin la tocó, acarició su pelo lentamente, como había hecho tantas veces años atrás.

—No sabía cómo hacértelo comprender. Eras demasiado pequeña.

—Ahora lo comprendo. Justin —se interrumpió para controlar un sollozo. Tenía que decirlo todo, aunque Justin la rechazara después de que lo hiciera—. Hiciste tanto por mí...

—Lo necesario, ni más, ni menos —la interrumpió él y dejó de tocarla.

—Justin, por favor... —no sabía cómo pedirle que la quisiera. Si había algún miedo que todavía conservaba, era a intentarlo y fracasar—. Quiero darte las gracias —consiguió decir—. Tienes todo el derecho del mundo a estar enfadado, pero...

—No he hecho nada que tengas que agradecerme.

Diana tuvo que morderse el labio para que dejara de temblarle.

—¿Lo hiciste porque te sentiste obligado?

—No —la acarició otra vez—. Lo hice porque te amaba.

Diana entreabrió los labios, pero de ellos no salió sonido alguno. Le estaba pidiendo su amor, no podía aceptar su gratitud. Diana le tomó la mano.

—Se mi amigo.

Justin sintió que algo se destensaba en su estómago. Lentamente, se llevó la mano de su hermana a los labios.

—Tenemos la misma sangre, hermana. Siempre te he querido. Y a partir de hoy, seremos amigos.

—A partir de hoy, seremos amigos —repitió Diana y entrelazó los dedos con los suyos.

4

Hacía un frío terrible. Para protegerse, Diana puso la calefacción del coche al máximo mientras luchaba para abrirse paso entre el lento tráfico de Boston. Tenía los tobillos helados. Para cuando el coche entrara en calor, pensó con pesimismo, ya habría llegado al restaurante.

Había considerado un movimiento inteligente quedar con Matt Fairman para cenar. Como ayudante del abogado del distrito, debía estar bien informado. Y en su situación profesional, Diana no había considerado prudente rechazar la oferta de una cena informal, aunque en aquel momento habría preferido estar en su casa, envuelta en una bata, tomándose un té y viendo una película antigua. Pero Diana no se podía permitir el lujo de ofender a nadie con los contactos de Matt. En cualquier caso, confiaba en poder dominar la situación. Siempre lo había hecho. Y Matt era un hombre amable, reflexionó, al menos si se pasaba por alto el hecho de que su mente funcionaba a dos niveles distintos: la ley y las mujeres.

Matt era un buen abogado, se recordó. Los pies comenzaban a arderle. Los movió varias veces y se concentró en Matt. Además de ser un buen abogado y un astuto político, Matt conocía al dedillo todos los casos pendientes y en activo de la zona de Boston. Y además le gustaba hablar. Y si Diana quería estar al tanto de lo que ocurría ahora que estaba al margen de todo, le valía más prestar atención a Matt que leerse de cabo a rabo el Boston Globe.

Se había despedido de Barclay, Stevens y Fitz la misma semana que había vuelto de Atlantic City. Había sido su manera de poner fin a las manipulaciones de su tía. Sabía que era un gran riesgo, tanto financiero como profesional, y durante las dos semanas siguientes a su abandono, había sufrido pequeños ataques de pánico. Barclay le ofrecía un trabajo seguro, sí, pero Barclay era el lugar que su tía había elegido para ella y había considerado aquella ruptura como un auténtico paso hacia su independencia. De modo que no se arrepentía ni de la decisión ni de las dudas que albergaba sobre su futuro.

Un día pesimista, se había imaginado a sí misma compartiendo un pequeño despacho con otro abogado, esperando a que sonara el teléfono y deseando defender a alguien aunque solo fuera porque se había saltado los límites de velocidad permitidos. Pero durante un día optimista, se había dicho a sí misma, que iba a luchar para subir la escalera del éxito, peldaño a peldaño.

Si de algo se arrepentía Diana, era del poco tiempo que había pasado con Justin tras haber hecho las paces, pero en aquel entonces le había parecido fundamental regresar a Boston para resolver, su vida profesional. Para despedirse de Barclay tenía que sentir todavía el enfado, el calor de la traición. Así que se había convencido de que tenía prisa por empezar a explorar a Diana Blade, por empezar a conocer todas aquellas facetas de su personalidad que había mantenido escondidas durante tantos años.

Había además otra razón por la que había dejado Atlantic City antes de lo previsto: Caine MacGregor. Había querido poner alguna distancia entre ellos, especialmente tras el interludio que había antecedido a su encuentro con Justin. Porque Caine estaba comenzando a afectarla de verdad.

Un hombre como Caine debía haber convertido la seducción en un arte, se dijo. Suave y amable en un minuto y tempestuoso al siguiente. Era una combinación difícil de resistir y Diana estaba segura de que él lo sabía. Su reputación con las mujeres era bien conocida desde sus días de universitario. Las circunstancias, o quizá el destino, habían hecho que Diana estuviera al tanto de sus hazañas. De hecho, Diana sabía muchas cosas de Caine MacGregor desde mucho antes de conocerse... Y aun así, eso no había impedido que surgieran problemas.

Si hubiera sido una simple atracción física, podría haberla manejado. Estaba acostumbrada a la renuncia y una aventura con Caine estaba completamente fuera de sus planes. Tenían demasiadas relaciones en común, tanto laborales como familiares. Además, Caine era, tanto por elección como por reputación, un mujeriego, mientras que ella se consideraba una mujer cautelosa y discreta.

Pero había algo más que deseo. Caine despertaba en ella sentimientos que no era capaz de definir. O quizá no estuviera preparada para hacerlo. Así que Diana había intentado abordar su problema haciendo uso de la lógica: en primer lugar, había admitido que existía, y después se había alejado de él. En ese momento lo consideraba resuelto porque pertenecía al pasado.

La instalación de su propio despacho iba a necesitar todo su tiempo y energía durante varios meses. Era una perspectiva que la emocionaba, aunque todavía tenía que encontrar un lugar para montar el despacho y su lista de clientes era terriblemente corta. Pero ya había estado sola en otras ocasiones, sola y sin recursos. Aunque en aquella ocasión, no contaría con su tía Adelaide, para proporcionarle seguridad a

cambio de obediencia. Aquella vez, tendría que tomar sus propias decisiones, cometer sus propios errores o alcanzar sus propios triunfos. Sabía exactamente lo que quería: trabajo, desafíos y éxito. Y lo único que necesitaba era la oportunidad para encontrarlos.

Al no tardar prácticamente nada en encontrar aparcamiento, decidió que aquello era un buen presagio. Las cosas iban a salir tal como las había planeado porque se negaba a permitir que sucedieran de otra forma.

Mientras cruzaba el aparcamiento, el frío se filtraba a través de su abrigo. Para entonces, había comenzado a caer una lluvia intensa, que convertía el asfalto en una resplandeciente alfombra bajo la luz de las farolas. Diana ignoró sus piernas heladas y se imaginó a sí misma sentada cerca de la chimenea, en la sala de espera, con una copa de vino y escuchando las notas de un piano.

La ráfaga de aire caliente que la recibió en cuanto abrió la puerta le provocó un suspiro satisfecho. Después de dejar su abrigo en el guardarropa, se dirigió al maitre.

—Soy Diana Blade. ¿Ha llegado ya el señor Fairman?

El maitre miró rápidamente su lista.

—No, todavía no, señorita Blade.

—Cuando llegue, ¿podría decirle que lo estoy esperando en la sala?

Diana se dirigió hacia aquella enorme y acogedora habitación en la que las sillas y los sofás se dispersaban alrededor del fuego del hogar. Las llamas eran alimentadas por gruesos troncos de roble que al arder desprendían una dulce fragancia a bosque. La luz era tenue y el murmullo de las risas y las conversaciones creaba el ambiente de una fiesta familiar. Diana vio una silla vacía y, aunque estaba más lejos del fuego de lo que le habría gustado, se sentó a esperar.

Le habría gustado quitarse los zapatos, pensó, y pasarse la siguiente hora acurrucada en un sofá frente al fuego. Algún día, decidió, tendría su propia casa con una chimenea como aquella. Se tumbaría en la alfombra, escucharía el crepitar del fuego y contemplaría las sombras de las llamas danzando en el techo.

Con un suspiro, se acurrucó en la silla. Se estaba poniendo sentimental, decidió mientras miraba el reloj. Considerando el mal tiempo y el estado del tráfico, todavía tenía tiempo para tomar una copa antes de que Matt se reuniera con ella. Justo en el momento en el que escrutaba la habitación en busca de un camarero, apareció una mesita con ruedas a su lado con una botella de champán en una champanera. Diana miró al camarero mientras descorchaba la botella. Una año excelente, pensó con una punzada de arrepentimiento.

—Lo siento, ha cometido un error. Yo no he podido champán.

—Un caballero quiere invitarla a una copa, señorita Blade.

—¿De verdad? —Diana volvió la cabeza mientras el camarero le servía.

Cuando lo vio, sintió tal explosión de emoción que le resultó imposible convencerse a sí misma de que estaba enfadada.

—Hola, Caine.

—Diana —le tomó la mano y se la llevó a los labios mirándola a los ojos—. ¿Puedo sentarme contigo?

—Me parecería lo más justo —señaló hacia la botella de champán con las dos copas.

Se le ocurrió entonces que Caine tenía todo el aspecto de un sofisticado abogado con aquel traje gris. Recordó después su aspecto con la cazadora de cuero y los vaqueros. No sería inteligente olvidar la faceta menos delicada de su personalidad.

—¿Cómo estás? —le preguntó, levantando una de las copas.

—Estoy bien —Caine se sentó y estudió a Diana por encima del borde de su copa.

Recordaba el vestido que llevaba porque era uno de los que Diana había tirado al suelo en medio de su ataque de rabia. Se trataba de un modelo de seda turquesa que resplandecía contra su piel. La elección de aquel color, pensó, era como la de su perfume: vibrante y atrevida.

Diana arqueó la ceja mientras Caine continuaba mirándola en silencio.

—¿Estás solo?

—Mmm.

Diana dio un sorbo a su copa y paladeó el champán, frío y seco. A esas alturas, ya se había olvidado por completo de la lluvia.

—Voy a cenar con Matt Fairman. Supongo que lo conoces.

—Sí —Caine le devolvió la sonrisa—. Lo conozco. ¿Estás pensando en trabajar para el distrito ahora que te has despedido de Barclay?

—No, yo... —se interrumpió y lo miró con los ojos entrecerrados—. ¿Cómo sabes que ya no trabajo para Barclay?

—Lo pregunté. ¿Qué planes tienes ahora?

Diana lo miró con el ceño fruncido un instante, pero al momento cambió de expresión.

—Estoy pensando en montar mi propio despacho.

—¿Cuándo?

—En cuanto resuelva algunos detalles.

—¿Ya has localizado algún despacho?

—Ese es uno de los detalles —pasó el dedo por el borde del vaso. No quería hablar con Caine de sus problemas, y menos de sus dudas—. No es tan fácil como esperaba... si quiero estar en un buen lugar y a un precio razonable —con aire ausente, se llevó el dedo húmedo a la boca—. Tengo tres ofertas que tengo que ir a ver mañana.

Aquel gesto inconscientemente provocativo despertó un calor inmediato en el interior de Caine. Volverían a verse, se prometió.

—Conozco una oficina que quizá pueda interesarte.

—¿De verdad?

—Está al otro lado del río y bastante cerca de los juzgados.

Bebió champán, advirtiendo que la seda del vestido se deslizaba por el hombro de Diana, dejándolo parcialmente al descubierto. Había pasado días preguntándose lo fuertes que serían aquellos hombros bajo sus manos. El problema era que también había estado preguntándose cómo le estaría yendo a Diana en Boston después de lo que sabía sobre su tía y sobre Justin. Y la preocupación que sentía por ella lo preocupaba más que su deseo.

—Es un edificio de dos pisos. Ha sido remodelado para que en él quepan una zona de recepción, una sala de reuniones y los despachos.

—Suena maravillosamente bien. No sé por qué no me lo habrán mencionado en la agencia —al menos, pensó Diana mientras bebía, que el alquiler fuera tan magnífico como su descripción.

—¿Cómo te has enterado de que lo alquilan?

—Conozco al dueño —señaló Caine mientras servía más champán.

Diana advirtió algo en su tono y lo miró con atención.

—Tú eres el dueño.

—Muy rápida —elevó su copa.

Ignorando la diversión que veía en sus ojos, Diana se reclinó en la silla y cruzó las piernas.

—Si tienes un edificio tan maravilloso, ¿por qué no lo utilizas tú mismo?

—Lo estoy utilizando. Ese color te sienta muy bien, Diana.

Diana tamborileó con los dedos en el brazo de su asiento.

—¿Y por qué iba a interesarme instalarme en tu oficina?

—Llevo demasiados casos —le explicó—, voy a tener que renunciar a algunos clientes por la sencilla razón de que no puedo dedicarles ni tiempo ni energía.

—¿Y?

—¿Estás interesada?

Diana frunció el ceño y tomó aire.

—¿En tus clientes?

—En convertirlos en clientes tuyos.

¿Interesada?, pensó Diana. Se pondría en medio de un ventisquero con tal de poder conseguir algunos casos. Diana resistió la tentación de besarle los pies. Tenía que ser práctica.

—Te lo agradezco, Caine, pero en este momento no estoy interesada en ser socia de nadie.

—Tampoco yo.

Diana sacudió la cabeza confundida.

—¿Entonces qué haces...?

—Sucede que en mi oficina tengo un despacho que podrías alquilar. Y tengo algunos casos a los que voy a tener que renunciar si no puedo transferirlos. Y prefiero transferirlos.

Aun así, todavía no estaba muy seguro de por qué se le había ocurrido pasárselos a ella. Ella formaba parte de su familia, se dijo a sí mismo. Era una simple cuestión de oferta y demanda.

Diana permaneció en silencio durante un buen rato. Caine sabía que aunque sus ojos conservaban su aspecto somnoliento, estaba pensando. Casi sonrió. Dios Santo, era incluso más hermosa de lo que recordaba, y apenas habían pasado dos semanas desde la última vez que la había visto.

Había resistido las ganas de llamarla, hasta aquella noche, cuando por fin había admitido que no iba a conseguir quitársela de la cabeza. Aun así, se había dicho a sí mismo que solo le interesaba saber cómo estaba un miembro de su familia. Su servicio de contestador le había indicado dónde encontrarla. Y, había ido hasta allí movido por un impulso, dispuesto a hacerle la oferta que ese mismo día había gestado su cerebro. Si aceptaba, tendría la ventaja, y la desventaja, de estar todo el día cerca de ella.

—Caine —empezó a decir Diana—, es una oferta muy tentadora, pero me gustaría hacerte una pregunta.

—Hazla, por supuesto.

—¿Por qué?

Caine se recostó en su asiento y encendió un cigarrillo.

—Confío profesionalmente en ti. Y a eso podríamos añadirle que, de alguna manera, somos familia.

—Otra vez con las obligaciones familiares.

—Yo prefiero la palabra lealtad.

El semblante de Diana se aclaró con una expresión de sorpresa que antecedió a una sonrisa.

—Yo también.

—Piensa en ello.—busco en el bolsillo de su chaqueta y sacó una tarjeta—. Aquí tienes la dirección. Puedes venir mañana a echarle un vistazo.

Diana no podía permitirse el lujo de desdeñar una posible solución a sus problemas.

—Gracias, iré —tomó la tarjeta y, al hacerlo, Caine le agarró la mano. Sus ojos se encontraron.

—Me gusta cómo te queda ese vestido —musitó—, y el champán ha encendido una chispa en tus ojos —deslizó el pulgar por sus nudillos y el murmullo de las conversaciones pareció detenerse—. He pensado en ti, Diana —a medida que su voz se hacía más íntima, Diana iba sintiendo crecer su deseo—. He pensado en tu aspecto, en tu olor, en tu sabor... En la forma en la que sentía tu cuerpo contra el mío...

—No —fije solo un susurro. Un susurro cargado de deseo—. No hagas eso.

—Quiero hacer el amor contigo durante horas, hasta que no puedas pensar en nada más que en mí, solo en mí.

—No —repitió Diana.

Retrocedió rápidamente, con la respiración agitada. ¿Cómo podía causarle tanto efecto con solo unas palabras? El cuerpo le temblaba como si la hubiera acariciado. Y él lo sabía, se recordó a sí misma. Aquella era una de sus habilidades.

—Esto no va a funcionar —consiguió decir.

—¿No? —el verla luchar contra el deseo le daba cierta sensación de poder... y de placer—. Al contrario, Diana. Va a funcionar perfectamente.

Diana tomó su copa y volvió a beber. Ya más serena, lo miró a los ojos.

—Necesito un despacho y necesito clientes —tomó aire, preguntándose si el pulso volvería a latirle con normalidad alguna vez—. Y también necesito un ambiente de profesionalidad.

—La oferta era y es estrictamente profesional, abogada —respondió él con un brillo de humor en la mirada—. El que la aceptes o no tiene nada que ver con... otros aspectos de nuestra relación. Y tampoco cambiará, suceda lo que suceda entre nosotros.

—¿Es que no eres capaz de meterte en la cabeza que no quiero ningún tipo de relación contigo? Y no pretendo que suceda nada entre nosotros.

—Entonces no importará que trabajemos en el mismo edificio, ¿verdad? —con otra sonrisa, dejó su tarjeta sobre la mesa que había al lado de Diana—. Me cuesta creer que me temas. Te considero una mujer con mucha fuerza de voluntad.

—No te temo —respondió Diana con una mirada glacial.

—Estupendo. Entonces te veré mañana. Fairman acaba de entrar, así que será mejor que te deje sola —se levantó y le dio un cariñoso beso en la mejilla—. Disfruta de la velada, cariño.

Diana lo observó alejarse furiosa. ¡Lo odiaba por la capacidad que tenía de provocarla! Tomó la tarjeta de la mesa y la rompió en dos. Al infierno con él, se dijo a sí misma. Podía hacer lo que le apeteciera con

su despacho y con sus clientes. ¿Miedo?, le preguntó una vocecilla interior. Con un gemido de frustración, Diana abrió su bolso y dejó caer en él los dos trozos de la tarjeta.

No, no tenía miedo. Y no iba a rechazar una oferta porque Caine MacGregor fuera capaz de seducir a una mujer con unas cuantas palabras. Iría a su despacho, se prometió, y se bebió el resto de su copa de un solo trago. Y si las condiciones la convencían, lo alquilaría. Nada iba a impedir que consiguiera lo que estaba buscando. Ni siquiera ella misma.

A la mañana siguiente, Diana fue a ver dos de los despachos que le habían indicado en la agencia. El primero fue un no y el segundo un quizá definitivo.

En vez de ir al tercer lugar, condujo hacia las oficinas de Caine.

Miraría aquel despacho tal como había tratado a las otras oficinas potenciales, se recordó a sí misma. Sería objetiva, consideraría el espacio, dónde se encontraba, el precio del alquiler y las condiciones del edificio. No podía permitirse el lujo de dejar que la influyera el hecho de que el edificio fuera de Caine.

Con un poco de suerte, Caine no estaría y sería su secretaria la que la atendería. Le costaría menos tomar una decisión si Caine no estaba allí.

El edificio le encantó en cuanto lo vio. Se trataba de un antiguo inmueble restaurado rodeado de rascacielos de acero y cristal. Todavía quedaba nieve en las calles, pero el jardín que lo rodeaba estaba meticulosamente limpio. De la chimenea, salía un humo gris. Mientras recorría el camino de piedra que conducía hacia la puerta, Diana miró a su alrededor. Había un viejo roble haciendo de centinela en el jardín. Unos setos bien podados separaban el jardín de la acera. Los juzgados estaban a menos de un kilómetro. Aquello era demasiado bueno para ser verdad.

La puerta del edificio era una vieja puerta de madera tallada. A su lado, había una discreta placa en la que Caine anunciaba sus servicios de abogado. No le resultó difícil imaginarse otra similar con su nombre grabado. ¡Cuidado!, se advirtió a sí misma. Todavía no había visto el interior del edificio. Aun así, en cuanto abrió la puerta, recordó el comentario que había hecho Caine unas semanas atrás sobre el destino.

La zona de recepción estaba decorada en rosa y marfil. Unas mesas Duna Phyfe flanqueaban un hermoso sofá. Diana apreció la fragancia de las flores que llegaba hasta ella desde un jarrón de cristal labrado. El suelo era de madera y estaba cubierto por una alfombra Aubusson. La repisa de la chimenea era de mármol rosa, sobre ella había un espejo oval y debajo crepitaba alegremente un fuego.

Caine MacGregor tenía estilo, pensó Diana al instante.

Tras un escritorio de madera, se sentaba una mujer de mediana edad y rostro redondo, que sujetaba el teléfono entre el hombro y la oreja mientras continuaba mecanografiando. La superficie del escritorio permanecía enterrada entre pilas de papeles y legajos. Le dirigió a Diana y una sonrisa resplandeciente y, sin interrumpirse, le indicó con un gesto que se sentara.

—El señor MacGregor tiene todo ocupado hasta el viernes de la semana que viene —le dijo a su interlocutor con una voz sorprendentemente infantil—. Le daré una cita para el jueves —dejó de teclear para apuntar la cita en una agenda—. A la una y cuarto —continuó, revolviendo papeles para buscar un bolígrafo—. Sí, señora Patterson, ese es el primer hueco que tiene libre. El jueves a la una y cuarto entonces... Sí, volveré a llamarla si alguien cancela una cita —garabateó algo en la agenda, la dejó a un lado y continuó mecanografiando.

Arqueando ligeramente las cejas ante aquel espectáculo, Diana se quitó el abrigo y lo dejó en el brazo del sofá.

—Sí, se lo diré. Adiós, señora Patterson —la secretaria dejó de teclear el tiempo suficiente para colgar el teléfono y le dirigió una sonrisa a Diana—. Buenas tardes, ¿puedo ayudarla en algo?

—Soy Diana Blade

—Ah, sí —la secretaria interrumpió la explicación de Diana y se levantó, revelando que el resto de su cuerpo era tan redondo como su rostro—. El señor MacGregor me dijo que quizá se pasara hoy por aquí. Yo soy Lucy Robinson.

—¿Cómo se encuentra? —Diana le tendió la mano y Lucy le dio un fuerte apretón—. Parece muy ocupada, quizá habría sido mejor que hubiera pedido una cita...

—Tonterías —Lucy le dio una palmadita maternal en el brazo—. El señor MacGregor está con un cliente, pero me ha dicho que le enseñe todo. En primer lugar, la llevaré al piso de arriba para que pueda ver su despacho.

Antes de que Diana pudiera explicarle que todavía no era su despacho, Lucy se dirigía ya hacia las escaleras. Se había dejado la máquina eléctrica encendida, advirtió Diana, y se preguntó si debería comentárselo.

—Señora Robinson...

—Llámame Lucy, por favor. Aquí no nos andamos con formalidades, somos como una familia.

Una familia, pensó Diana con un suspiro. Parecía que no iba a poder alejarse de ella.

La escalera tenía forma de caracol y la barandilla de caoba brillaba como el satén.

—En el piso de abajo hay una sala de reuniones y una cocina —le explicó Lucy—. Como hay muchos días que no tenemos tiempo de salir a comer, nos viene muy bien. ¿Tú sabes cocinar?

—Ah... no muy bien.

—Es una pena —Lucy se detuvo al final de la escalera—, porque ni a Caine ni a mí se nos da muy bien la cocina —le dirigió a Diana una larga mirada, tan amistosa como evaluadora—. No me dijo que fueras tan guapa. Tienes algún parentesco con él, ¿no?

—Algo así. Mi hermano está casado con su hermana.

—Sabía que era algo de eso —comentó Lucy con un asentimiento de cabeza—. El despacho de Caine está justo allí y antes se utilizaba de dormitorio. El tuyo está allí, en ese lado del pasillo.

—Es una casa preciosa —comentó Diana mientras cruzaban el pasillo—. Parece que Caine no hizo muchos cambios en la estructura para convertirla en oficina.

—Solo tiró un par de tabiques —le confirmó Lucy—. Decía que hasta entonces siempre había trabajado entre cuatro paredes y sobre una alfombra marrón. Yo creo que cuando alguien pasa la mayor parte de las horas del día en un lugar, este tiene que ser cómodo.

—Mmm —Diana pensó en el cuchitril en el que trabajaba en Barclay, Stevens y Fitz. La moqueta también era marrón, recordó—. ¿Llevas mucho tiempo trabajando para Caine?

—Trabajaba con él cuando era abogado del estado —le explicó Lucy—. Cuando me preguntó que si quería trabajar para él en su despacho privado, recogí mis cosas y me fui. Y aquí me tienes —Lucy empujó una puerta y retrocedió para que Diana entrara.

Era demasiado perfecto, pensó Diana mientras se adentraba en la habitación vacía. Pequeño, pero no agobiante, y con dos ventanas orientadas hacia el este. Los tacones resonaban en el parquet mientras cruzaba hacia una chimenea de mármol.

El papel de las paredes era de seda, había perdido parte de su color, pero era precioso. Diana se imaginó inmediatamente el despacho decorado con un escritorio de madera, un par de sillas cómodas y quizá un sofá con una mesita baja. Podría poner también una estantería para los libros. Si quería empezar teniendo un despacho con estilo, jamás encontraría nada más adecuado.

—Me sorprende que Caine no le haya encontrado ninguna utilidad a esta habitación —reflexiono en voz alta.

—Oh, durante algún tiempo la tuvo amueblada. Se quedaba aquí a dormir en vez de ir a casa cuando tenía que trabajar hasta tarde —Lucy descubrió una horquilla que le estaba rozando el cuello y se la colocó en su lugar—. Pero después decidió que pasaba demasiado tiempo aquí. Caine es un hombre entregado a su trabajo, pero no un obseso.

—Entiendo.

—La biblioteca del despacho está aquí arriba —continuó diciendo—. Allí fue donde tiraron los tabiques. En el piso de abajo está el servicio y en este hay un cuarto de baño con bañera incluida. Los grifos son de porcelana. Vaya, ese que suena es mi teléfono. Mira todo lo que quieras —y antes de que Diana pudiera decir una sola palabra, estaba ya en el piso de abajo.

Lucy, pensó Diana, no se parecía en nada a la rígida y joven secretaria que compartía con otros dos abogados de Barclay. Allí todo se hacía en silencio y con inquebrantable eficiencia. Y el edificio en el que se alojaban las oficinas tenía el encanto de una tumba. Una tumba muy aristocrática, pero una tumba al fin y al cabo. Aquello, pensó, mirando nuevamente el papel de las paredes, se aproximaba mucho más a sus gustos.

Los clientes podrían relajarse en aquel lugar en cuanto le diera un toque personal. Aunque eran todavía pocos los clientes que podían llamarla, añadió para sí con una pesadosa sonrisa. Aun así, el lugar en el que estaba ubicado y el ambiente podían sumarle tantos clientes como sus propias habilidades.

Tras estudiar la habitación desde todas las perspectivas posibles, Diana salió de nuevo al pasillo y estuvo vagando por la casa. Abrió una puerta y se encontró con la biblioteca de Caine.

La de Barclay no era más grande, pensó con interés profesional. Una larga mesa dominaba la habitación, sobre ella, había algunos libros apilados. Al acercarse, Diana advirtió que uno de ellos estaba abierto por el caso El Estado p. Sylvan. Asesinato, pensó, recordando el caso que había estudiado en Harvard. Había sido un caso muy llamativo durante los años setenta. Había salido información en todos los periódicos y había sido un litigio emocionante. ¿Pero qué podía estar buscando Caine allí? Intrigada, se inclinó sobre el libro y comenzó a leer. Cuando Caine llegó diez minutos después, estaba completamente cautivada por el libro.

Al principio, Caine no dijo nada, consciente de que era la primera vez que la veía completamente absorbida en algo. Tenía el ceño suavemente fruncido y los labios entreabiertos. Apoyaba las dos manos en la mesa mientras se inclinaba de tal manera que la tela del traje, de color rojo intenso aquella vez, se ceñía contra su espalda. El pelo lo llevaba recogido detrás de la oreja, revelando unos pendientes de oro. Caine podía imaginársela con ese traje delante de un tribunal. O tomando el té. Cuando se acercó a ella, distinguió inmediatamente su fragancia, cargada de oscuras promesas. Se metió las manos en los bolsillos y le preguntó desde donde estaba:

—¿Es interesante la lectura?

Diana se sobresaltó al oír su voz, pero se enderezó lentamente.

—El Estado versus Sylvan —golpeó el libro con el dedo—. Un caso fascinante, la defensa sacó todo tipo de pruebas durante el litigio.

—O'Leary es un magnífico abogado, aunque un poco estridente para algunos gustos —se inclinó contra el marco de la puerta y la estudió con atención.

La luz que se filtraba por la ventana iluminaba las manos de Diana, que descansaban todavía sobre la mesa.

—Aun así, tras dos apelaciones, perdió —señaló ella. —Su cliente era culpable y el fiscal supo presentar el caso de forma muy estructurada.

—¿Estás trabajando en un caso parecido, o se trataba de una lectura informal?

Por primera vez desde que había llegado, Caine sonrió.

—Virginia Day —dijo, y esperó su reacción:

Los ojos de Diana brillaron con interés.

—¿La estás defendiendo?

—Exacto.

Diana conocía la historia por lo que había leído en los diarios y las comentarios de otros abogados. Se trataba de un asesinato en la alta sociedad. Había un marido infiel, una esposa celosa y una pistola asesina.

—No te gustan las cosas fáciles, ¿eh?

Caine se encogió de hombros en respuesta.

—Lucy me ha dicho que ya te ha enseñado el despacho.

—Sí. Y ya he visto lo desordenada que es —comenzó a decir Diana con una sonrisa—. Además de terriblemente eficiente. Lo único que no he podido comprobar ha sido su afición a los culebrones.

—Pues a menos que dispongas de una hora larga, a mí no se me ocurriría preguntarle por ninguno de ellos.

Diana se levantó riendo y se acercó a él.

—Tu edificio me ha impresionado, Caine. Me veo obligada a admitir que es mejor que todos los que he visto hasta ahora.

—¿Te ves obligada a admitirlo?

—De alguna manera, esperaba que no fiera en absoluto recomendable, para no tener que tomar ninguna decisión. ¿Has comprado tú mismo los muebles?

—Sí. Tengo debilidad por las subastas y los anticuarios. Además, no confío en que nadie esté capacitado para decorar el lugar en el que tengo que vivir yo.

—Muy sensato. Mi tía llamaba a unos profesionales para que redecoraran su casa cada tres años. Jamás quedaban reflejados sus gustos. Dime —se interrumpió y se llevó un dedo a los labios—, si yo no alquilara ese despacho, ¿se lo alquilarías a otra persona?

—No necesariamente —Caine miró las manos de Diana diciéndose que era un pecado que no llevaran ningún adorno. No le apetece pasar mucho tiempo en el mismo lugar con alguien con quien quizá no sea compatible.

Diana arqueó una ceja con expresión divertida.

—¿Y crees que tú y yo somos compatibles?

—Creo que tú y yo nos vamos a llevar muy bien, Diana. ¿Por qué no vamos a sentarnos a mi despacho? —la miró mientras salían al pasillo—. Si te apetece, puedo pedirle a Lucy que nos suba un café.

—No, gracias, Lucy ya tiene suficiente trabajo.

El despacho de Caine era grande, pero estaba casi dominado por completo por un escritorio de roble. Al igual que en el de Lucy, había varios archivos y libretas, pero en ese caso reflejaban una organización

escrupulosa de la que Lucy carecía. En las paredes había colgado un par de vívidas acuarelas que hacían palidecer los colores del papel de las paredes. Diana miró a su alrededor antes de sentarse en una silla Sheridan.

—Es muy bonito —comentó mientras Caine se sentaba a su lado—. No quiero entretenerte, Caine. Por lo que ha dicho Lucy, estás muy ocupado.

—Creo que puedo permitirme unos cuantos minutos.

Sacó un cigarro y apoyó los hombros contra el respaldo de su asiento. Acababa de pasar una hora con un cliente histérico; se había pasado casi tres cuartos de hora intentando tranquilizarlo.

—Puesto que no has encontrado el despacho poco recomendable, parece que al final tendrás que tomar una decisión.

—Sí. Me gustaría alquilarlo, Caine. Aunque, por supuesto, tendremos que llegar a un acuerdo.

Caine soltó una bocanada de humo y dijo una cifra que no era prohibitiva, pero tampoco tan baja como para pensar que estaba haciendo con ella una obra de caridad.

—Lucy está de acuerdo en ser tu secretaria hasta que estés instalada del todo. Después, tendréis que hablar entre vosotras si quieres que siga trabajando para ti o prefieres contratar a otra secretaria.

Diana asintió en silencio y se decidió a dar el siguiente paso.

—Muy bien, creo que podemos llegar a un acuerdo. En cuanto a lo de transferirme clientes... no sé si me siento muy cómoda con esa situación.

—¿Por qué no? ¿Acaso no pretendías hacerte un poco de publicidad al ir a cenar con Fairman la otra noche?

Diana lo fulminó con la mirada.

—Yo no lo diría exactamente así. En cualquier caso, eso es un poco diferente a lo que tu me ofreces.

—Si tu no los quieres, se los enviaré a otro abogado —dijo simplemente—. En este momento hay dos casos que me gustaría llevar, pero no puedo. El caso Day me está llevando cientos de horas.

Diana estaba desesperada por pedirle detalles, pero se obligó a esperar.

—¿Por qué estás dispuesto a pasármelos a mí? Ni siquiera sabes si soy buena o no en mi trabajo.

—Te equivocas, Diana, claro que lo he comprobado.

—¿Que tú qué?

Caine sonrió brevemente ante su indignación.

—No esperarás que recomiende a mis clientes otro abogado sin estar seguro de que es suficientemente competente, ¿verdad?

Diana suspiró frustrada.

—No. De acuerdo, ¿qué dos casos estarías dispuesto a pasarme?

—El primero es una presunta violación. El acusado tiene diecinueve años, mucho genio y mala fama. El dice que la chica estaba más que dispuesta, de hecho hicieron varias veces el amor, y después tuvieron una pelea. El segundo es un caso de divorcio. La esposa es la que interpone la demanda. Cuando llegó aquí, tenía el ojo izquierdo hinchado y necesitaba cirugía facial.

—Una mujer maltratada —comentó Diana disgustada.

—Aparentemente. Según ella, solo ocurría de vez en cuando, pero en esta ocasión está dispuesta a denunciarlo. El la ha denunciado a su vez por abandono del hogar. Va a ser un caso complicado, porque ella no está muy convencida de lo que está haciendo.

—Nunca me has dicho que fueras a darme nada fácil —musitó—. Me gustaría hablar con los dos la semana que viene.

—Estupendo.

—¿Tendrás preparado el contrato para entonces?

—Lo tendré listo para el lunes.

—Entonces ahora te dejo volver al trabajo —se levantó con una sonrisa—. Creo que voy a tener que ir a comprarme un escritorio —Diana pretendía reservar el momento de alegría para cuando estuviera sola—. Gracias Caine —añadió, tendiéndole la mano—. Te agradezco que hayas pensado en mí.

—Guárdate de momento la gratitud. Es posible que cuando hayas hablado con tus clientes no estés tan contenta —se levantó y aceptó la mano que Diana le ofrecía—. Así que, trato hecho. Y ahora —levantó un dedo y comenzó a jugar con el borde de su blusa—, me gustaría invitarte a cenar conmigo esta noche.

Con qué facilidad adoptaba su voz aquel tono íntimo y seductor, pensó Diana, sintiendo cómo la sangre se le encendía inmediatamente en respuesta.

—Creo que sería preferible que nos concentráramos únicamente en el trabajo, Caine.

—A su debido tiempo —musitó él. A Diana le encantaba la seda, pensó mientras deslizaba el dedo por el cuello de su blusa. Materiales suaves, colores llamativos—. En este momento, mi mente está comenzando moverse hacia otros derroteros. Hay un pequeño restaurante en Back Bay en el que sirven un pescado excelente. En una de las esquinas, hay una mesa a la que la luz apenas le alcanza.

Dibujó delicadamente el lóbulo de su oreja y se detuvo en el pendiente que Diana llevaba.

—Me gustaría llevarte, invitarte a un buen vino y oír tu risa. Más tarde, te llevaría a casa y encendería la chimenea.

Deslizaba lentamente los ojos por su rostro. Sí, le gustaba todo lo que veía y observaba los fascinantes cambios de sus facciones. Iba a hacer todas esas cosas, se prometió, sintiendo un extraño nudo en el estómago. El entendía a las mujeres, ¿o no? Y sabía lo que esperaban de un amante.

—Y te amaré hasta que el fuego se haya convertido en cenizas.

Se había aproximado a ella, pero Diana no lo había notado. Respiraba agitadamente. Con sus palabras, Caine había dibujado una escena que Diana podía ver con demasiada claridad. Seguramente era un magnífico amante, de esos a los que cualquier mujer deseaba aun sabiendo que podría no sobrevivir a la experiencia. Y ella lo deseaba, lo deseaba más de lo que nunca había pensado que podría desear a un hombre. Lo deseaba, sabiendo que solo sería una más en su interminable lista de mujeres. Y fue eso lo que la hizo retroceder.

—No —pero su negativa no fue tan fuerte como habría deseado—. No es eso lo que quiero.

—Claro que sí —la corrigió. La estrechó en sus brazos y la besó con una furia que sus palabras habían ocultado.

La besó profundamente, despertando una respuesta inmediatamente en su interior, encendiendo tal pasión que Diana se aferraba a él a pesar de que continuaba diciéndose que debería apartarse. Con una mano, la agarraba del pelo y le inclinaba la cabeza para así poder llenarse de ella.

Pensó en la frágil seda que separaba la piel de Diana de sus dedos y luchó con denuedo para concentrarse únicamente en su boca y evitar que sus manos comenzaran a desnudarla.

Los días que había pasado lejos de ella acudían en tropel a su memoria, impidiéndole mostrarse delicado. Sabía lo que era desear a una mujer, pero no con tanta intensidad que casi rozaba la violencia. No era ese su estilo, pero aun así, la estrechó con fuerza contra él.

Diana sentía que su boca se fundía con la de Caine, ignorando las órdenes que le daba para que se separara. Parte de ella, un parte que cada vez parecía mayor, la arrastraba a someterse. Por su mente corrían toda clase de pensamientos apasionados que amenazaban con desencadenar algo que quizá no pudiera volver a contener. Y la tentación de liberarlo era cada vez mayor. Pero de pronto, con un sonido que era tanto de miedo como de enfado, Diana se liberó de su abrazo.

—¡No! —repitió—. Ya te he dicho que no es esto lo que quiero.

Un brillo más cercano a la furia que al deseo iluminaba la mirada de Caine, pero mantenía la voz queda.

—Claro que lo es —repitió—, pero estoy dispuesto a esperar a que lo admitas.

—Tendrás que esperar mucho tiempo —replicó ella, tomó su bolso y advirtió que le temblaba la mano—. El lunes traeré el cheque y firmaré el contrato. Y si no eres capaz de mantener nuestra relación en un nivel estrictamente profesional, entonces olvidaremos el trato.

Caine no dijo nada mientras Diana abandonaba violentamente la habitación, ni siquiera se movió al oír su portazo. Un tronco se rompió en la chimenea, provocando una lluvia de chispas. Necesitaba tiempo para recuperarse. No pretendía perder la razón. De hecho, se había prometido no hacerlo. Había tenido un duro enfrentamiento con otro abogado durante un juicio, en la cárcel había visitado a clientes que no hacían más que maldecirlo, Y no había perdido en ningún momento el control. Sin embargo, bastaba una palabra de Diana para que lo hiciera.

Estaba ocurriendo algo inesperado; y no estaba muy seguro de lo que era. Si fuera inteligente, reflexionó cuando su cerebro volvió a la calma, haría exactamente lo que Diana le exigía y serían únicamente colegas.

Pero él no era inteligente, decidió, esperando a que cediera el deseo. Iba a acostarse con ella... y no iba a tener que esperar tanto como Diana pensaba.

5

¿A quién podía ocurrírsele ponerse a dar martillazos en medio de la noche?, se preguntó Diana mientras se cubría con las sábanas hasta la cabeza. Pero continuaba oyendo los martillazos. Enterró la cara en la almohada y se prometió a sí misma que iba a poner una demanda al gerente de la finca.

Le costó menos de treinta segundos darse cuenta de que corría el peligro de asfixiarse. Emergió a la superficie, suspiró con disgusto y abrió los ojos.

Las siete y media, advirtió somnolienta al mirar el reloj. No era media noche, pero era muy pronto para ser sábado. Y en realidad no estaban dando martillazos, sino que alguien estaba llamando a la puerta. Musitando toda clase de juramentos, se levantó y se puso la bata.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —gritó. Abrió la puerta sin quitar la cadena de seguridad.

—Hola —Caine sonrió a través de la rendija—. ¿Te he despertado?

Después de fulminarlo con la mirada, Diana le cerró la puerta en las narices. Tras un momento de consideración, quitó la cadena. Caine estaba empezando a llamar otra vez.

—¿Qué quieres? —le preguntó, mientras abría la puerta.

—Yo también me alegro de verte —Caine le dio un beso en los labios antes de entrar.

Diana apretó los dientes, cerró la puerta y se apoyó contra ella.

—¿Sabes qué hora es?

—Claro. Son... las siete y media —respondió tras mirar su reloj—. ¿Tienes café hecho?

—No —Diana se cerró con fuerza el cinturón de la bata—. Son las siete y media de la mañana de un sábado —añadió con toda intención.

—Mmm... —respondió Caine con aire ausente mientras curioseaba alrededor de la habitación.

Todavía le faltaba mucho para terminar de decorar la casa. Diana estaba teniendo especial cuidado a la hora de amueblar la que consideraba su primera casa de verdad, o al menos, la primera de la que nadie podría echarla. Había una alfombra oriental que había comprado en una tienda de segunda mano, un sofá rocó que le había costado un buen pellizco de sus ahorros y una mesita de café que ella misma había terminado de arreglar. Su único cuadro bueno lo había comprado en París.

Caine se metió las manos en los bolsillos mientras estudiaba el cuadro y otros adornos que Diana había elegido. Eran, al igual que ella, clásicos y tremendamente originales.

—Me gusta —dijo al cabo de un rato—. Estás poniendo mucho de ti misma en esta casa.

—¿Quieres que te diga lo que tu aprobación significa para mí? —le preguntó Diana sin molestarse en disimular un bostezo.

—Vaya. Estás muy quisquillosa esta mañana —musitó, dirigiéndole una breve mirada. Durante el trayecto a casa de Diana, se había preguntado en más de tres ocasiones qué demonios estaba haciendo. Y como cada vez se daba una respuesta diferente, había dejado de preguntárselo—. ¿Por qué no hago un café?

—Porque no vas a quedarte en esta casa —Diana se dirigió hacia la cocina.

—Estaré encantado de hacerlo, de verdad.

—Caine —empezó a decir Diana, mientras se recomendaba mentalmente no dejarse llevar por el mal genio—. Estaba durmiendo. Hay personas a las que nos gusta levantarnos tarde los sábados.

—Pero de esa forma echas por tierra todos tus biorritmos —respondió él mientras comenzaba a buscar por los armarios—. Esa es la razón por la que a tanta gente le cuesta levantarse los lunes por la mañana —encontró una taza de café—. Y en cuanto comienzan a recuperar el ritmo, llega otra vez el sábado y lo echan todo a perder.

—Seguro que todo eso que estás diciendo es muy profundo —repuso Diana con todo el sarcasmo que su cerebro dormido le podía permitir—. Pero no me importa tener que arrastrarme de la cama los lunes. Quizá incluso me guste.

Se pasó la mano por el pelo con gesto de frustración. Y decidió que las siete y media de la mañana de un sábado era la hora perfecta para perder la paciencia.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Estoy preparando un café... aunque quizá estés hambrienta —le dirigió una amable sonrisa—. Podría prepararte un desayuno, pero lo mejor que puedo hacer son unos huevos fritos.

—No, no quiero desayunar nada —respondió Diana con rudeza, y se frotó los ojos—. Me cuesta creer que estemos aquí a esta hora, manteniendo esta conversación tan ridícula.

—Le encontrarás el sentido después de tomarte el café.

Encendió la cafetera y se volvió hacia ella. Estaba mucho más adorable que nunca, pensó, con el pelo revuelto y el débil rubor que el sueño había dejado en sus mejillas. Sus labios tenían un aspecto cálido y suave.

—Creo que ya te dije en otra ocasión que estás muy guapa por las mañanas.

—Oh, claro —musitó ella con un suspiro frustrado.

—De verdad —la tomó por la barbilla mientras ella continuaba fulminándolo con la mirada—. Probablemente sea algo que tiene que ver con tu piel —le acarició la barbilla con el pulgar—. Dime, ¿usas alguna poción mágica de los indios?

—No conozco ninguna poción mágica de los indios —consiguió decir mientras Caine continuaba acariciándole la barbilla—. Y el café ya está hecho.

—¿De verdad? —Caine se volvió y se sirvió una taza—. ¿Tú quieres?

—Supongo que me vendría bien, puesto que es obvio que no voy a dormir más —abrió la puerta del frigorífico y sacó la leche.

Sonriendo de espaldas a ella, Caine se llevó la taza al cuarto de estar. Tendría que recurrir nuevamente a los sábados por la mañana la próxima vez que quisiera tener alguna ventaja sobre ella.

—Disfrutamos casi de la misma vista —comentó, mirando hacia la ventana—. Mi apartamento está a solo un bloque de este.

—Es una pena.

—Es el destino —la corrigió, mientras se sentaba en el sofá, como si estuviera en su propia casa—. Es fantástico, ¿no crees?

—Algún día, que no creo que tarde mucho en llegar, voy a decirte lo que puedes hacer con ese destino tuyo —se sentó a su lado, apoyó el codo en el brazo del sofá y la cabeza en la mano. Cerró los ojos y volvió a bostezar.

Sin molestarse en disimular una sonrisa, Caine se recostó contra el respaldo.

—Ya le he pasado a Lucy el borrador del contrato de alquiler. Lo tendrá listo para el lunes a primera hora de la tarde.

—Estupendo. Hoy pensaba ir de compras. Con un poco de suerte, terminaré de amueblar el despacho esta misma semana.

—Buena idea, iré contigo.

—¿A dónde?

—De compras.

—Agradezco el ofrecimiento, pero no es necesario. Estoy segura de que tienes otras cosas que hacer.

—Pues la verdad es que no —rió y le tiró suavemente del pelo—. ¿Por qué será que te encuentro irresistible cada vez que me mandas al infierno de esa forma tan educada?

Diana le dirigió una mirada helada.

—No tengo ni la menor idea.

—Me gusta estar contigo —contestó Caine sin dejar de mirarla a los ojos—. ¿Por qué te cuesta tanto aceptarlo?

—No me cuesta, bueno, sí, pero... —estaba volviendo a confundirla, comprendió Diana y miró su café con el ceño fruncido.

—Hay tres razones para que me guste estar contigo —continuó diciendo Caine—. Somos familia, somos socios... —se interrumpió y observó atentamente a Diana—, y me siento atraído por ti. No solo por tu rostro fascinante, sino también por todas las peculiaridades de tu mente.

—No tengo una mente peculiar —protestó Diana y se levantó.

Metió las manos en los bolsillos de la bata y se acercó a la ventana. Estaba intentando acostumbrarse a la idea de tener una familia, pero...

—Me confundes —y con una pasión que sorprendió a ambos, se volvió hacia él—. ¡Y no quiero que me confundas! ¡Quiero saber exactamente lo que estoy haciendo y por qué! Y cuando estoy cerca de ti

durante demasiado tiempo, de pronto se me queda la mente en blanco. Maldita sea, Caine, no puedo permitirme el lujo de que aparezcas cada vez que intento sacar adelante mi vida y me hagas olvidarme de todo.

Caine la miraba con calma, intrigado por aquel brusco estallido de genio.

—¿Alguna vez has considerado la posibilidad de que las cosas sigan tranquilamente su curso?

—No —sacudió la cabeza—. Ya lo he hecho durante demasiados años y no estoy dispuesta a volver a hacerlo.

—En otras palabras —dejó la taza de café en la mesita y se levantó, mirándola pensativo—, debido a una serie de circunstancias que no has podido evitar, vas a negarte cualquier sentimiento o deseo relacionado conmigo porque no encajan en tus planes actuales.

—Sí, eso es. Eso se acerca bastante a la verdad.

—Pero es un argumento muy flojo, abogada —comentó Caine mientras se acercaba a ella—. No me costaría nada encontrarle varios puntos débiles.

—No tengo ningún interés en someterme a un interrogatorio.

—Podríamos resolver esto fuera de los tribunales —sugirió Caine, acercándose más a ella.

—Está además la cuestión de tu reputación —añadió Diana, retrocediendo—. No puede decirse que hayas mantenido un perfil muy bajo en tu búsqueda de mujeres.

—No deberías llegar nunca a conclusiones tan rígidas a partir de pruebas circunstanciales o rumores —posó las manos en sus hombros y la acarició suavemente—. Deberías fundamentar tu caso en algo más fuerte. O... —le acarició suavemente la mejilla y después la besó—, intentar confiar en mí.

Diana sentía la debilidad creciendo en su interior y se obligó a concentrarse.

—También podría intentar saltar por la ventana. En cualquier caso, me rompería los huesos.

Deseando tener mejores defensas contra la vulnerabilidad, Caine retrocedió. Había hablado sinceramente. Quería que confiara en él, aunque no estaba muy seguro de que él pudiera confiar en sí mismo.

—Quieres promesas, garantías, y yo no puedo dártelas, Diana. Una vez más —añadió—, no puedes renunciar a ellas por mí.

—Para ti es muy fácil... —comenzó a decir Diana, pero Caine la interrumpió sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué?

—No lo sé —dejó escapar un suspiro—. Simplemente me parece que debe de serlo.

Caine reprimió el deseo de abrazarla hasta hacerle olvidar todas sus dudas, hasta obligarla a olvidarse de ser razonable. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener las manos delicadamente posadas sobre sus hombros. El tampoco estaba muy seguro de cuáles eran sus propias motivaciones; quizá hasta entonces ni siquiera se había molestado en analizarlas. Sabía que quería mostrarle cosas nuevas, emociones, diversiones, pasión... Se sentía como un caballero escalando los muros para salvar a una princesa, pensó con pesar. En cualquier caso, ya tendría tiempo más adelante para averiguar sus motivaciones.

—Mira, vístete y pasa el resto del día conmigo. Las circunstancias en las que nos conocimos no fueron las mejores. ¿Por qué no nos tomamos un poco de tiempo para ver hasta dónde podemos llegar?

—No estoy segura de que quiera saber hasta dónde podemos llegar.

—¿De verdad se habrá quedado Justin con toda la sangre de jugador de la familia?

Sus ojos eran tan bonitos cuando sonreía... Diana se sentía continuamente arrastrada por su debilidad.

—No lo sé. Hasta hace muy poco pensaba que sí.

—¿Qué es un abogado, sino alguien que juega con las leyes? —la contradijo Caine.

La tensión de sus hombros parecía haber desaparecido, pero aun así, resistió la tentación de hacer nada más que continuar con las manos amistosamente posadas sobre sus hombros.

—El problema podría ser que en este momento no estoy pensando como una abogada —pareció relajarse y sonrió—. Si fuera así, probablemente te citaría algunos precedentes con los que establecer una serie de dudas razonables, eso me permitiría echarte de mi casa y volver a la cama.

Caine consideró en silencio su argumentación y asintió muy serio.

—Probablemente podríamos discutir sobre ese punto en particular durante algunas horas.

—Indudablemente.

—Diana, seré completamente sincero —sin dejar de sonreír, se enroscó un mechón de pelo de Diana en el dedo—. Si no te vistes pronto, voy a satisfacer mi curiosidad y averiguar qué es lo que llevas bajo esa bata.

Diana arqueó una ceja.

—¿De verdad?

—Por supuesto, siempre podríamos negociar —acarició la solapa de la bata con el índice—. Pero me siento obligado a advertirte que estoy preparado para saltar a ese punto en un futuro muy próximo.

—Estando así las cosas... creo que voy a darme una ducha.

—Estupendo, yo me terminaré el café —Caine la observó marcharse, dejando que sus ojos vagaran por sus caderas—. Diana, ¿qué llevas debajo de la bata?

Diana lo miró por encima del hombro.

—Nada —contestó—. Absolutamente nada.

—Me lo imaginaba —musitó Caine mientras la puerta se cerraba tras ella.

Diana empujó riendo la puerta de la tienda de antigüedades y Caine la siguió, huyendo del frío de la calle.

—No me puedo creer que hayas hecho algo así. ¡No me lo puedo creer!

—Me he limitado a decir la verdad —respondió tranquilamente—. He visto una lámpara idéntica por veinte dólares menos.

—Pero tenías que decírselo a esa mujer delante del dependiente?

Caine se encogió de hombros.

—Si fuera más inteligente, pondría unos precios competitivos.

—Ha estado a punto de darle un ataque —recordó Diana riendo—. Y yo me habría muerto de vergüenza si no hubiera estado tan concentrada en no reírme. No volveré a entraren esa tienda en mi vida.

—Yo tampoco... hasta que no bajen los precios.

Diana se echó el pelo hacia atrás y lo miró atentamente.

—Tienes más rasgos escoceses de lo que pensaba.

—Gracias. Bueno, vamos a echar un vistazo.

Diana comenzó a curiosear por la tienda y se entretuvo mirando una antigua vajilla.

—Tú tienes la culpa de que llevemos más de una hora de compras y todavía no haya encontrado nada. Esa silla que hemos visto te encantaba.

—Podemos volver si no encuentras nada mejor. Mira eso.

Acababa de encontrar un par de pistolas de duelo con su correspondiente estuche. Eran de las tierras altas de Escocia, pensó mientras se acercaba para observarlas mejor. Sí, estaba seguro. La culata tenía la forma de un cuerno de carnero y símbolos célticos grabados en plata. Debían de ser del siglo dieciocho, calculó, y a su padre le encantarían.

—¿Coleccionas ese tipo de cosas? —le preguntó Diana, acercándose a él.

—Yo no, mi padre.

—Son preciosas, ¿verdad?

Caine volvió la cabeza y miró a Diana con la misma atención con la que había mirado las pistolas.

—No muchas mujeres dirían eso de un arma.

Diana se encogió de hombros.

—Las armas forman parte de la vida, ¿no es cierto? Y recuerda que pertenezco a un pueblo de guerreros —lo miró a los ojos—. Como el tuyo —con una media sonrisa, volvió a mirar las pistolas—. Por supuesto, jamás encontrarás a un comanche con unas pistolas tan bonitas como esas. ¿Sabes de dónde son?

—Escocesas —murmuró, descubriéndose más fascinado que nunca por Diana.

—No me extraña —lo miró de soslayo—. Y supongo que tú te las comprarás y yo me iré de aquí con las manos vacías —advirtió que el dependiente se acercaba a ellos—. Mientras tú regateas el precio, voy a echar un vistazo por la tienda.

Lo dejó solo y se dirigió hacia el otro extremo del establecimiento. ¿Quién podría haberle dicho que iba a disfrutar tanto pasando el sábado por la mañana de compras? ¿Y quién podría haberse imaginado que Caine MacGregor pudiera ser un amigo y compañero tan agradable? Sacudiendo la cabeza, Diana pasó un dedo por la superficie de una cómoda.

Cuanto más tiempo pasaba con él, más fácil le resultaba ser ella misma. No tenía necesidad de ser la Diana Blade de Beacon Hill. ¡Y ya estaba cansada de aquella mujer siempre correcta y educada! Pero veinte años de práctica habían dejado huella. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que dejara de sorprenderla oírse gritar? Le habían repetido tantas veces que una dama nunca levantaba la voz...

Diana suspiró con pesar. Se había esforzado mucho para ser una dama. Para responder a la concepción que su tía tenía sobre una dama. Incluso cuando cuestionaba todas aquellas reglas con las que le hab-

ían llenado la cabeza, Diana las había obedecido. Y solo se había rebelado esporádicamente y en secreto. Aquellos estallidos secretos habían sido la válvula de escape que le habían permitido mantener sus sentimientos bajo control. Y no se podía cambiar toda una vida en una sola noche. Pero estaba haciendo importantes progresos.

Quizá la ambición de triunfar en su profesión fuera otra expresión de aquella rebelión. No podía, no debería limitarse a ser una abogada educada, dedicada a redactar contratos y testamentos. Quería algo más. En los juicios, podía desatar parte de su pasión. Era algo que no solo se aceptaba, sino que además se consideraba como un signo de elocuencia. Con las palabras, podía luchar por las cosas en las que creía.

Las leyes siempre la habían fascinado. Las encontraba amplias y estrechas al mismo tiempo, sucintas y vagas a la vez. Pero a pesar de sus infinitos ángulos, siempre había algo sólido en ellas. Diana necesitaba triunfar con ellas, deseaba la emoción, la presión y la gloria de los abogados penales. Su mente volvió inmediatamente hacia Caine.

Giró hacia él y lo vio mirando las pistolas: Era extraño que aquellas armas tan hermosas y antiguas parecieran encontrar su lugar entre sus manos. Había algo aristocrático en él, era un hombre cultivado y, al mismo tiempo... ¿salvaje? Diana sacudió rápidamente la cabeza. Se estaba dejando llevar por su imaginación. Pero al estudiarlo con atención pensó que realmente podía verlo. En sus ojos se reflejaba la inteligencia y el peligro.

Un siglo atrás, habría luchado con pistolas, en vez de con palabras, reflexionó Diana. Y seguro que también así habría ganado. Había algo que no había sido sometido por la civilización bajo aquella fachada pulida por la riqueza y una buena educación. Diana lo reconocía porque a ella también le ocurría. Y sabía que la combinación podía ser mucho más salvaje de lo que ninguno de ellos esperaba.

Caine sostuvo la pistola en la mano, sopesándola. Desvió la mirada y miró a Diana a los ojos con expresión fría, peligrosa. Mientras le sostenía la mirada, Diana sintió bullir el deseo, volvió a experimentar el ya familiar tira y afloja entre su razón y sus sentimientos. La batalla prometía ser más larga en aquella ocasión y los resultados inciertos. Una vez que el cerebro ganó la batalla, temblaba de debilidad, se sentía como si Caine ya la hubiera besado, como si su cuerpo hubiera conocido el placer de sus manos.

Tenía que tener mucho cuidado, se recordó a sí misma, y se volvió.

Sin haberse recuperado del todo, continuó curioseando por la tienda. Examinó una pequeña silla tapizada. La silla de una dama, pensó, con el brocado azul en excelente estado. Tenía posibilidades, se dijo, mientras miraba el precio en la etiqueta. Después de ver el precio, decidió que podía ser una buena compra y mientras se enderezaba para mirar al dependiente, vio el escritorio.

Era... perfecto. Con un suspiro de placer, comenzó a examinarlo. Era un elegante escritorio de madera de cerezo que coincidía tanto con el tamaño como con el estilo que deseaba encontrar. En el borde había caracolas talladas y otros muchos motivos suficientemente frívolos para hacerla reír.

«Me lo compro», pensó rápidamente. Ya se lo estaba imaginando en el despacho, iluminado por el fuego de la chimenea.

—Ya veo que por fin lo has encontrado.

Sonriendo arrebatada, Diana agarró a Caine del brazo.

—Es maravilloso, ¿verdad? Exactamente lo que me imaginaba. Tengo que quedármelo.

Caine encontró increíblemente dulce que la pragmática Diana Blade pudiera perder la cabeza por un mueble. Entrelazó los dedos con los suyos y miró el precio que indicaba la etiqueta. A continuación la miró a los ojos.

—Intenta no parecer tan entusiasmada —le dijo secamente—. El dependiente se está acercando.

—Pero yo...

—Confía en mí —inclinó la cabeza y le dio un rápido beso en los labios—. Claro que es bonito —comenzó a decir en un tono completamente diferente—, pero tienes que ser práctica.

—Caine...

—¿Necesitan ayuda?

Caine se volvió con una amable sonrisa hacia el dependiente que le había mostrado las pistolas.

—A la señora le encanta el escritorio —sacudió ligeramente la cabeza—, pero...

—Es una pieza exquisita —comenzó a decir el dependiente, volviéndose hacia Diana. Diez años de vendedor le habían enseñado a jugar bien sus cartas—. Mire las tallas de la madera. Ya no se trabaja así.

—Eso es exactamente lo que estaba mirando —le sonrió radiante, con su mejor disposición puesta en el rostro. El dependiente ya se la imaginaba firmando el cheque.

—Diana —Caine la agarró por los hombros con más fuerza de la necesaria. Antes de que Diana pudiera protestar, le dio un beso en la sien—. Este no es el único mueble que necesitamos, ¿recuerdas? Es

cierto que este escritorio es muy bonito, pero también lo era el otro que hemos visto —Diana acababa de abrir la boca para decir que no habían visto otro escritorio cuando reparó en el brillo de su mirada.

—Bueno, sí, pero me gusta este... —se interrumpió, repentinamente inspirada—. Y también esa silla —añadió, señalando la silla del brocado azul.

—Otra brillante elección, señora —el vendedor comenzaba a pensar que aquella iba a ser una mañana excelente—. Es perfecta para una dama, al igual que el escritorio.

Diana suspiró y deslizó el dedo por la superficie de la mesa. Caine sabía mejor que ella lo que había que hacer, se dijo, y lo miró.

Caine le palmeó el hombro con una sonrisa.

—Pero también necesitas una lámpara para el escritorio, y una silla. Y con la diferencia de precio entre este escritorio y el otro, te podrías comprar las dos cosas.

—Tienes razón —le costó, pero le dirigió al vendedor una sonrisa de disculpa—. Estoy amueblando un despacho, ¿sabe? Y son muchas las cosas que necesito.

—Lo comprendo perfectamente —empezó a preguntarse si también perdería la venta de las pistolas. Las pistolas, el escritorio, las sillas... —. Pero nosotros queremos que nuestros objetos sean adquiridos por los clientes adecuados dijo pomposamente—. ¿Por qué no me deja ir a hacer una consulta? Estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo.

—Bien... —Caine le apretó el brazo para evitar que mostrara inmediatamente su acuerdo.

Diana apenas resistió la tentación de darle un codazo en las costillas.

—No nos hará ningún daño escuchar, querido —dijo con una dulzura que en absoluto reflejaban sus ojos.

—Supongo que tienes razón —Caine le dirigió una sonrisa, mientras se encontraba con sus ojos asesinos—. Mientras habla con su supervisor, iremos a ver esas lámparas —le dijo al vendedor.

—Como me quede sin ese escritorio —le advirtió Diana en cuanto el vendedor se dirigió a la parte de atrás del almacén—, te mataré.

—Voy a ahorrarte un diez por ciento. Y tú vas a invitarme a comer —Caine se paró delante de una lámpara—. Se sentirán más inclinados a negociar si piensan que queremos llevarnos varias cosas. ¿Qué te parece esta lámpara? —le preguntó—. Quedaría muy bien en el escritorio.

—Sí, es preciosa —alzó la mirada hacia él—. Disfrutas regateando, ¿verdad?

—Lo llevo en la sangre. Mi padre se ganó así la vida.

—Y muy bien, por cierto —musitó Diana—. Pero te lo advierto, pienso llevarme ese escritorio tanto si nos hace una oferta como si no.

—¿Y también quieres la silla, o estabas mintiendo? —Claro que la quiero —Diana se echó a reír—. No soy tan mala como tú.

—Quédate a mi lado y llegarás a serlo.

—Bien —el vendedor apareció en ese momento tras ellos con expresión triunfal—. Creo que vamos a llegar a un acuerdo.

Quince minutos después, Diana paseaba por la calle, con el rostro sonrojado por la alegría y el frío.

—¿Cómo sabías que nos iban a rebajar un diez por ciento?

—Por experiencia —respondió sencillamente Caine, y la tomó de la mano.

—Creo que a partir de ahora iré de compras de una forma completamente diferente —se echó el pelo hacia atrás y le sonrió—. Gracias por la lámpara. Has sido encantador al comprármela. Y se supone que las pistolas son para tu padre, ¿no?

—Sí, dentro de poco será su cumpleaños.

—Pero no te has comprado nada para ti... ¿no hay nada que te apetezca?

—Sí —se volvió, la abrazó y buscó sus labios.

La acera estaba llena de gente que los esquivaba arqueando las cejas o conteniendo la risa. Pero Diana no se daba cuenta de nada. El aire helado del invierno azotaba sus mejillas y revolvía su pelo. Pero no lo sentía. Dos mujeres se detuvieron a contemplarlos un momento. Una de ellas suspiró y dijo:

—¿No es adorable? —pero Diana no la oyó.

Había enmarcado el rostro de Caine con las manos y a través de los guantes podía sentir las líneas de sus huesos. Su rostro parecía el de un lobo... Y con un lobo nunca se sabía cuándo iba a atacar.

—Eres increíble —musitó Caine separándose de ella.

Con un largo y fuerte suspiro, Diana miró a su alrededor.

—Disfrutas haciendo que la gente te mire, ¿verdad? Caine soltó una carcajada, le tomó la mano y comenzó a caminar.

—En realidad no es algo que haga a menudo. ¿Qué me dices del almuerzo?

—Supongo que te lo debo.

—Desde luego que sí. Hay un restaurante en esa esquina que...

—¡Charlcy's! —exclamó Diana, sorprendida cuando Caine la empujó hacia la puerta.

—Preparan una carne con chile magnífica.

—Sí, lo sé. Lo conocí cuando estaba en la universidad —compartían demasiados gustos, pensó Diana con cierta incomodidad, mientras se adentraban en aquel cálido y bullicioso local.

Al verla fruncir el ceño, Caine le pasó la mano por el pelo.

—¿No te gusta ese restaurante?

—Siempre me ha gustado —sacudió la cabeza, como si quisiera alejar su disconformidad—. Estaba pensando en otra cosa —le sonrió—. ¿Cómo te gusta el chile?

—Picante.

Riendo, Diana se quitó el abrigo.

—A mí también... todo lo picante que se pueda sin que llegue a cauterizarme las cuerdas vocales.

Diana iba a aquel restaurante de vez en cuando estaba en la universidad, con la seguridad de que allí jamás se encontraría ni a su tía ni a ninguna de sus amigas. Ellas preferían la tranquila elegancia de la cafetería del Ritz. Mientras se sentaba en frente de Caine, un grupo de comensales comenzó a cantar alegremente.

—¿Te apetece una copa de vino? —Caine le tomó las manos a través de la mesa—. Te ayudará a entrar en calor.

—Mmm. Sí, un vino tinto —no le soltó las manos mientras Caine pedía el vino. Estaba disfrutando cada vez más de su compañía—. Háblame de tu familia. Los MacGregor tienen una fama casi mítica en Boston.

Caine rió suavemente mientras le acariciaba con un dedo el dorso de la mano.

—Supongo que tendrás que conocer al resto de la familia para poder estar segura de cuánto es verdad y cuánto es ficción. Mi padre es un escocés grandullón, pelirrojo, que probablemente todavía estaría dispuesto a luchar hasta la muerte contra un Campbell. Es capaz de beberse cinco vasos de whisky sin pestañear, pero fuma a escondidas de mi madre. De vez en cuando, nos llama para echarnos una regañina por no ayudar a prolongar el apellido de los MacGregor. Dice que lo hace por mi madre, que, supuestamente, «está deseando sentar a uno de sus nietos en sus rodillas» —terminó con un perfecto acento escocés.

Diana rió a carcajadas. En aquel momento, les llevaron el vino a la mesa.

—¿Y qué piensa de eso tu madre?

—Mi madre es una mujer muy tranquila, es casi el negativo de mi padre. El brama y ella comenta. Y a su manera, ambos son sorprendentemente eficientes —inconscientemente, había comenzado a jugar con el brazalete que Diana llevaba en la muñeca. Diana intentó ignorar el placer de sentir sus dedos sobre su piel.

—Solo la he visto perder la serenidad en un par de ocasiones —continuó diciendo Caine—. Una vez en el hospital, cuando perdió a un paciente. Hasta entonces, yo siempre había pensado que era una mujer estrictamente profesional, casi fría. Después de eso, me di cuenta de que, sencillamente, nunca se llevaba a casa los problemas del trabajo. Y la segunda vez, fue cuando secuestraron a Rena.

Diana le apretó la mano con fuerza.

—Debió ser muy duro para todos vosotros. Estar todas esas horas esperando, sin saber si ella estaba bien.

—Sí —Caine intentó olvidarse de su furia y alzó su vaso—. Después está Alan. El se parece más a mi madre, es un hombre muy tranquilo y con una paciencia infinita. A pesar de que he crecido a su lado, prácticamente nunca le he visto dejarse dominar por el genio. De hecho, casi te olvidas de que lo tiene hasta que de pronto sientes sus efectos.

Diana dejó que el vino caldeara su cuerpo mientras lo observaba.

—¿Peleabas mucho con él?

—Lo suficiente. Pero supongo que más con Rena. Tenernos un carácter más parecido. Y —musitó nostálgico—, tiene un gancho derecho increíble.

Diana advirtió el orgullo que reflejaba su voz y lo miró fijamente.

—No boxearías con ella, ¿verdad?

Caine sonrió ante el asombro que reflejaba su voz.

—A veces pretendía hacer algo más que defenderme. Y, te aseguro que había otras en las que se habría merecido un buen golpe —volvió a sonreír al ver que Diana continuaba mirándolo con una mezcla de horror y fascinación—. No, nunca le pegué, pero principalmente porque tenía cuatro años menos que yo y era considerablemente más baja. No se me ocurrió pensar que Rena era una mujer hasta que tuvo catorce años. Y eso —musitó—, fue toda una sorpresa.

Los quería mucho a todos, pensó Diana, y parecía resultarle muy fácil.

—Tuviste una infancia feliz. Antes lo envidiaba. ¿Sabes? Ocurría algo raro cuando hablaba con Justin: cuanto más me enfadaba con él, menos distancia parecía haber entre nosotros —rió y sacudió la cabeza con gesto incrédulo—. Después, dejé de estar enfadada, pero la distancia desapareció. Y entonces te odiaba a ti por haber interferido en ese asunto... y por tener razón. Siempre te he detestado por tener razón.

—Tengo esa mala costumbre —respondió él, mientras les servían la carne con chile—. Y no soy capaz de abandonarla.

Diana le dirigió una sonrisa impropia de una dama y alzó el tenedor.

—Estoy empezando a pensar que me gustaría competir contigo en un juicio.

—Qué raro. Yo también he pensado lo mismo. Sería —comentó, tras dar el primer bocado a su plato—, un partido interesante —le dirigió una sonrisa lobuna—. ¿Qué tal está tu chile?

—Excelente —Diana no dejaba de mirarlo a los ojos mientras comía—. Y dime, abogado, ¿estás seguro de que ganarás?

—Rara vez pierdo.

—Ah, el síndrome de Perry Mason —Caine soltó una carcajada en respuesta y Diana se sintió más complacida de lo que debería. Le resultaba muy fácil ser ella misma cuando estaba con él—. Quizá sea una pena que no esté trabajando como abogada del distrito, después de todo. Si trabajara para el estado, antes o después tendríamos que cruzar nuestras espadas.

—Lo haremos de todas formas, aunque quizá no en los tribunales.

—Quizá —se mostró de acuerdo Diana, sintiendo un agradable cosquilleo en su interior.

Luchó para dominarlo; era suficientemente honesta como para admitirlo, pero lo temía demasiado para darle libertad.

—Pero no deberías estar tan seguro sobre quién va a ser el ganador.

—Es posible que en ese caso ganemos los dos.

—¿Un juicio que termine en tablas?

Caine volvió a sonreír y se llevó la mano de Diana a los labios.

—Simplemente, justo.

6

Después de pasar la tarde leyendo los informes de la policía y las notas que Caine le había entregado sobre Chad Rutledge, Diana ya no estaba tan segura de que le hubiera hecho un favor transfiriéndole el caso. Era un asunto muy complicado y con muy pocas posibilidades para su potencial cliente..

Chad había sido cualquier cosa excepto un modelo de colaboración desde que había sido detenido. De hecho, recordó Diana mientras miraba el informe otra vez, había negado los cargos que se le imputaban y había alegado que tenía una relación íntima con Beth Howard, la víctima, pero ella solo admitía que era un conocido.

Incluso antes de que los informes médicos lo hubieran confirmado, él había admitido haberse acostado con ella la noche de la violación. Cuando la madre de Beth la había llevado al hospital para examinarla, la chica estaba magullada e histérica y a Chad lo habían encontrado con los nudillos en carne viva. Pero aun así, Caine parecía creer a su cliente.

Con un suspiro, Diana cerró el informe y se frotó el puente de la nariz. Tendría que formarse su propia opinión. Faltaban solo minutos para que bajaran a Chad a la sala de visitas. Mientras miraba las sordidas paredes de aquella habitación, Diana pensó en la divertida mañana de sábado que había pasado con Caine. Pero esa parte de su trabajo tenía muy poco que ver con la elección adecuada de un escritorio.

La puerta metálica de la sala se abrió. Y Diana vio por vez primera a Chad Rutledge.

—Estaré fuera, señorita Blade —dijo el funcionario mientras Chad se dejaba caer en una silla al otro lado de la mesa.

—Gracias —respondió ella sin mirarlo, prestando toda su atención a su cliente.

Parecía más joven que en las fotos, pero tenía el mismo atractivo rostro. Diana lo miró a los ojos. El le devolvió la mirada con firmeza y desinterés. Diana miró entonces su manos. Las abría y las cerraba intermitentemente, como si estuviera intentando aliviar algún dolor. Aquel chico estaba terriblemente asustado, decidió.

—Soy Diana Blade —se presentó, y al hacerlo descubrió que sus nervios tampoco estaban tan serenos como le habría gustado—. Si estás de acuerdo, llevaré tu caso.

Chad se encogió de hombros y no dijo nada.

—El señor MacGregor ya ha hablado contigo y con tu madre, pero su trabajo no le permite dedicarle a este caso el tiempo y la atención que requiere.

—Y qué tipo de trabajo puede hacer una mujer defendiendo a un tipo por violación? —le preguntó Chad mirando a la pared.

—Haré la mejor. defensa que pueda, independientemente de tu sexo o del mío —respondió Diana—. Ya le contaste al señor MacGregor tu historia, ahora cuéntamela a mí.

Chad apoyó el codo en un brazo de la silla de madera.

—¿Tiene un cigarro?

—No.

Chad maldijo en voz baja y sacó un cigarro sin filtro de su bolsillo.

—Por lo menos él me pasaba tabaco bueno.

Por primera vez, Chad se volvió y la miró frente a frente. Había desafío en su mirada mientras deslizaba sus ojos sobre ella, deteniéndose deliberadamente en sus senos. Diana esperó hasta que volvió a mirarla a los ojos.

—Por qué no nos dejamos de tonterías y vamos directamente al grano?

Chad la miró sorprendido y, casi inmediatamente, furioso.

—Mire, ya ha leído el informe de la policía, ¿qué más quiere? —se encendió el cigarro con gesto nervioso.

—Cuéntame lo que pasó el diez de enero —Diana sacó un bloc y un bolígrafo de su maletín y esperó—. Me estás haciendo perder el tiempo, Chad —dijo al cabo de unos minutos—, y a tu madre dinero.

Chad la miró furioso y expulsó una bocanada de humo.

—El diez de enero me levanté, me duché, me vestí, desayuné y fui a trabajar.

Ignorando su hostilidad, Diana comenzó a tomar notas.

—¿Trabajas de mecánico?

—Exacto, ¿quiere que le haga una puesta a punto?

Diana adivinaba su expresión por el tono de voz empleado y no se molestó en mirarlo.

—¿Te pasas el día entero en el garaje?

—Sí —se encogió de hombros al ver que Diana no reaccionaba—. Yo arreglaba Mercedes y coches extranjeros.

—¿Y a qué hora saliste de trabajar?

—A las seis —Chad se enderezó en la silla y continuó fumando.

—¿Y a dónde fuiste?

—A casa a cenar.

—¿Y después?

—Después salí, de patrulla, ya sabe —sonrió otra vez, mostrando un diente ligeramente torcido—. A ver a las chicas.

—¿Y cuánto tiempo estuviste.., de patrulla?

—Un par de horas —aspiró con fuerza su cigarro—. Después violé a Beth Howard.

Diana continuaba escribiendo sin detenerse, aunque tenía el ánimo por lo suelos.

—¿Has decidido cambiar tu declaración?

Chad se recostó en la silla, pero apretaba el puño con fuerza. Diana alzó la mirada al ver que permanecía en silencio.

—Háblame de la violación, Chad.

—¿Tiene ganas de escuchar cosas de ese tipo?

—¿La montaste en tu coche?

—Sí —el cigarrillo tenía la longitud de la yema de un dedo cuando finalmente lo apagó—. Ella iba andando hacia su casa desde el cine y yo me ofrecí a llevarla. Habíamos ido juntos al instituto. Me reconoció, así que entró. Estuvimos hablando un rato sobre lo que habíamos estado haciendo desde la graduación. Me gustaba su aspecto, ya sabe, así que le comenté que tenía que ir a buscar unas cosas al garaje.

—¿Y ella te acompañó sin protestar?

Chad se humedeció los labios con gesto nervioso.

—Le dije que tenía que ir a buscar unas herramientas, ¿sabe? Cuando llegamos allí, me abalancé sobre ella.

—¿Y ella se resistió?

—Exacto. Tuve que pegarle un poco —se metió la mano en el bolsillo y sacó otro cigarro. Diana advirtió que los dedos le temblaban.

—¿Y entonces?

—Entonces le quité la ropa y la violé! —explotó—. ¿Qué demonios quiere? ¿Todos los detalles?

—¿Qué ropa llevaba?

Chad se pasó la mano por el pelo.

—Un jersey rosa —musitó—, con unos cordones grises.

—¿Estás seguro?

—Sí, sí, estoy seguro. Un jersey rosa con el cuello blanco y unos cordones grises.

—Y tú se lo quitaste —insistió Diana, sin dejar de escribir—. ¿Se lo rompiste?

—Sí, se lo rompí.

Diana dejó el bolígrafo en la mesa y lo miró a los ojos.

—Su ropa estaban en perfecto estado, Chad.

—¡Pues yo se la arranqué! Y estoy completamente seguro de lo que hice —se secó los labios húmedos con el dorso de la mano y volvió a humedecérselos—. Era yo el que estaba allí, no usted.

—Pero la ropa de Beth Howard estaba perfectamente cuando ella llegó al hospital.

A Chad le temblaban las manos de forma visible.

—Se cambiaría de ropa antes de ir...

—No, no se cambió de ropa —dijo Diana tranquilamente—, porque tú no se la rompiste. Y tampoco la violaste, Chad. ¿Por qué estás intentando convencerme de que lo hiciste?

Chad apoyó los codos en la mesa y presionó las manos contra sus ojos.

—Dios mío, no soy capaz de hacer nada bien.

Diana lo miraba mientras escuchaba el sonido de su trabajosa respiración inundando la habitación.

—Tampoco le hiciste tú las magulladuras en el rostro, ¿verdad?

Lentamente y sin descubrir sus ojos, Chad sacudió la cabeza.

—Yo nunca le haría ningún daño a Beth.

—¿Estás enamorado de ella?

—Sí.

—Yo... no me esperaba todo este lío.

—Empieza otra vez —le ordenó Diana—. Y en esta ocasión, intenta decirme la verdad.

Con un suspiro, Chad bajó las manos y comenzó a hablar.

Él y Beth habían ido juntos al instituto, pero apenas habían sido conscientes de su respectiva existencia. Ambos iban en grupos diferentes. El había estado muy ocupado promocionando su imagen de chico duro y ella era la capitana de las animadoras. Pero seis meses antes de la supuesta violación, Beth había llevado su coche al garaje de Mayne y allí había empezado todo.

Habían comenzado a salir, pero el padre de Beth desaprobaba su relación y los había obligado a romper. Aun así, habían continuado viéndose en secreto.

—Era como un juego, ¿sabe? —Chad rió tembloroso mientras volvía a pasarse la mano por el pelo—. Ni siquiera nuestros amigos lo sabían. Ella decía que iba a la biblioteca o al cine, y entonces nos veíamos. Si Beth disponía de un par de horas por la noche, nos encerrábamos en el garaje, hablábamos y hacíamos el amor. Yo estaba ahorrando para cuando nos casáramos.

—¿Y qué sucedió la noche que te arrestaron?

—Tuvimos una discusión. Beth decía que no quería que nos siguiéramos viendo a escondidas. Decía que no le importaba que no tuviéramos dinero suficiente ni un lugar para vivir, quería casarse conmigo. No atendía a razones. Empezó a llorar y yo a gritar. Le di un puñetazo a la pared —se miró la mano, como si todavía esperara ver las heridas—. Entonces ella se montó en su coche y se fue. Yo salí a tomar unas cervezas antes de volver a casa. Entonces llegaron los policías. Dios mío, al principio estaba tan asustado... Todo fue como una avalancha.

—¿Y por qué crees que ella te acusó de violación?

—No sé por qué —sus ojos habían dejado de mostrarse desafiantes para mostrar una expresión de desoladora impotencia—. Beth me pasó una nota a través de mi madre. Cuando volvió a su casa aquella noche, todavía estaba muy afectada. Su padre la descubrió y, mientras discutían, Beth le contó todo. Su padre se volvió loco. Le pegó, la insultó... Y la amenazó con matarnos a los dos si no hacía exactamente lo que hizo. Beth estaba tan asustada que lo creyó.

Chad dejó escapar un largo suspiro.

—En cualquier caso, para cuando su madre llegó a casa, Beth estaba histérica. Su viejo le contó esa mentira y llamó a la policía mientras Beth estaba con su madre en el hospital.

—¿Dónde está esa carta?

—La rompió —Chad sacudió la cabeza al ver la expresión de Diana—. Mi madre tampoco sabe lo que ponía en esa carta.

—Si Beth vuelve a escribirte, quiero que me enseñes la carta.

—Mire, yo ya no quiero hacerle más daño. Cuando me detuvieron, estaba asustado, pero también furioso. Pensaba que Beth había hecho todo eso para castigarme —sacudió la cabeza nuevamente y enderezó los hombros—. Estoy dispuesto a arriesgarme a pasar unos años en prisión.

—¿Te gusta tu celda, Chad? —le preguntó Diana, echando sus notas a un lado e inclinándose hacia delante—. Pues esto es un colegio comparado con la penitenciaría del estado.

A Chad le temblaron los labios mientras tragaba saliva.

—Aun así estoy dispuesto.

—Allí te encontrarás con violadores auténticos, con asesinos, con hombres que estarían dispuestos a destrozarte in pensárselo dos veces. ¿Y cómo crees que se sentirá Beth sabiendo que estás allí encerrado?

—Estará bien —nuevas gotas de sudor corrían por su rostro—. No estaré mucho tiempo dentro.

—¿Estás dispuesto a arriesgar veinte años de tu vida? Esto no es un juego, Chad. Te van a juzgar por violación. Y la condena máxima es la pena de muerte —Chad palideció sin decir nada—. Vas a tener que contar en el juicio exactamente lo que ocurrió aquella noche. Si mientes, tanto tú como Beth podréis ser acusados de perjurio.

—Pero si me declaro culpable...

Diana guardó el bloc en su maletín.

—Si quieres seguir jugando al héroe solo porque tu novia tiene miedo de su padre, búscate a otro abogado. Yo no defiendo a idiotas.

Empezó a levantarse, pero Chad la agarró del brazo.

—¡Yo no quiero hacerle daño! Está muy asustada.

—Beth ya ha sufrido... Y continuará estando asustada hasta que diga la verdad. O quizá el problema sea que no crees que realmente te ame.

Chad la agarró con fuerza, pero Diana no se inmutó. Al cabo de unos segundos, Chad aminoró la presión de sus dedos.

—Dígame lo que tengo que hacer.

También Diana se relajó entonces.

—De acuerdo.

Cuando Diana entraba en la oficina una hora después, estaba agotada. Lucy alzó la mirada y dejó de teclear.

—Tienes aspecto de necesitar un café.

Diana le sonrió con cansancio.

—¿De verdad?

—Pues sí. ¿Por qué no preparo uno y...? —antes de que pudiera terminar la frase, sonó el teléfono.

—Tranquila Lucy, contesta al teléfono. Yo haré el café.

Mientras caminaba hacia la cocina, Diana se quitó el abrigo. No conseguía quitarse de la cabeza el rostro pálido y asustado de Chad, ni su mano buscando en el bolsillo un cigarrillo que ya no le quedaba.

¿Qué sentiría Beth Howard por él?, se preguntó, mientras dejaba el abrigo sobre una silla. Ojalá pudiera verla, pensó frustrada Pero su padre no se lo permitiría. Y Chad iba tener que esperar hasta el día del juicio.

Se frotó el cuello y clavó la mirada en la ventana, olvidándose completamente del café. Con un poco de suerte, podría conseguir que Beth confesara la verdad durante los preliminares del juicio. Pero si la chica tenía tanto miedo a su padre... o si no estaba enamorada de Chad... Con un suspiro, Diana observó a un pajarillo que descendía a la hierba en busca de comida. ¡Cuántos «síes» cuando estaba en juego la vida de un joven!

—¿Has tenido una mañana dura? —le preguntó Caine desde el marco de la puerta.

Diana se volvió.

—Sí —Dios, cuánto se alegraba de saber que contaba con alguien con quién hablar, con alguien que podía entender lo que estaba sintiendo.

—¿Estás muy ocupado?

Caine pensó en el informe que lo esperaba sobre el escritorio, pero negó con la cabeza.

—Puedo tomarme un café —sacó dos tazas del armario y las llenó—. Has visto a Chad Rutledge esta mañana.

—Oh, Caine, ese pobre chico —Diana se dejó caer en una silla mientras él añadía leche a una de las tazas—. Al principio estuvo haciendo una imitación de Brando de joven, aunque las manos le temblaban.

—¿Te lo ha hecho pasar mal? —Caine le colocó el café delante de ella.

—Al principio lo intentó —con un suspiro, se apartó el pelo de la cara—. Después me dijo que había violado a Beth Howard.

Caine, que estaba llevándose la taza a los labios, se detuvo a medio camino.

—¿Qué?

—Me hizo una confesión completa —tomó su taza con ambas manos—. Me lo contaba todo de forma muy desganada, como si hubiera decidido hacerlo porque estaba aburrido. Pero cuanto más hablaba, más le temblaban las manos —Diana intentó beber, pero todavía tenía el estómago hecho un nudo— Lo presioné para que me contara detalles, y entonces fue cuando se vino abajo. Intentó convencerme de que la había llevado al garaje en el que trabajaba y que allí le había pegado y. la había violado.

Caine frunció el ceño.

—Eso coincide con la historia que ha contado la chica.

—Chad dice que le arrancó la ropa, que se la desgarró.

—La ropa de la chica estaba perfecta.

Diana le dirigió una débil sonrisa.

—Exactamente. Todo era una pantalla de humo para intentar protegerla.

Caine se echó hacia atrás y sacó un cigarrillo.

—Cuéntame todo.

Diana le repitió la conversación punto por punto. Mientras hablaba, Caine no decía nada, pero observaba todas las emociones que cruzaban su rostro. Diana estaba luchando para no involucrarse personalmente en aquel asunto, concluyó, pero ya era demasiado tarde.

—Si todo lo que dice Chad es cierto —comentó cuando ella terminó—, esa chica se derrumbará durante el juicio.

—Yo lo creo a él. Quería declararse culpable y mantenerla al margen de todo.

El semblante de Caine se endureció.

—¿Y tú que has hecho?

—He intentado asustarlo —lo miró a los ojos un instante—. No sé cómo podrá afectar el juicio a la chica... si es que llegamos a juicio. Tengo una lista de sus mejores amigos. Chad parece creer que Beth y él mantenían su relación en secreto, pero es posible que a cualquiera de ellos se le escapara algo durante estos seis meses. Son, tan jóvenes —se levantó y se acercó otra vez a la ventana—. Dios mío, Caine, he sido tan dura con él...

La princesa acababa de atravesar las paredes del castillo, pensó Caine. El quería que lo hiciera, incluso la había empujado a hacerlo. Pero en ese momento, al ver la emoción que reflejaban sus ojos, tenía que luchar contra la urgencia de hacerle retroceder hacia lugar seguro. Cuando alguien abría su coraza, siempre había dolor. Habló lentamente, intentando no salirse del papel de colega..

—Diana, sabes que no siempre podemos tratar a nuestros clientes con guantes de seda. Se están jugando la vida.

—Lo sé —apoyó la cabeza contra el cristal durante un momento—. Pero no es fácil darse cuenta de que puedes ser cruel, de que puedes permanecer tranquilamente sentada, azuzando a alguien con tus palabras. Chad estaba pálido, sudando, temblando... y yo no le he ofrecido mi compasión.

—Le has dado exactamente lo que necesitaba —Caine se había levantado, pero no se acercó a ella—. Ahora te estás destrozando por haber hecho exactamente lo que tenías que hacer. Su madre le ofrecerá compasión, tú tienes que darle la mejor defensa, cueste lo que cueste.

—Lo sé —el pájaro continuaba allí, decidido a encontrar lo que estaba buscando—. Aunque eso signifique destrozarse a esa chica en el estrado. Pero es a su padre al que me gustaría atrapar —musitó—, aunque consiguiéramos demostrar que ha falsificado un informe policial, probablemente lo único que ocurra será que se suspenda la sentencia. Y ese pobre chico sigue allí, en su celda, absolutamente aterrorizado.

Caine combatió con fuerza la necesidad de consolarla.

—El no es Justin, Diana.

Diana dejó escapar un suspiro.

—¿Soy tan transparente?

—A veces.

—Me resulta difícil no hacer comparaciones —alzó las manos y se abrazó a sí misma, como si estuviera buscando algo sólido a lo que aferrarse—. Chad tiene el mismo atractivo duro e insolente que recuerdo de Justin cuando era adolescente. Y cuando me he imaginado a Chad esperando en su celda, me ha resultado imposible no pensar en lo que habrá pasado Justin. Y me preguntaba... —rió suavemente—, si esto no será otra de las jugadas de ese destino del que tanto hablas.

—Vas a perder la objetividad en este caso, Diana —hablaba con voz dura, sin sombra alguna de compasión—. Y no vas a conseguir nada en el juicio si no eres objetiva.

—Lo sé.

Se volvió hacia él con los labios apretados y la mano convertida en un puño. Objetividad, pensó, incapaz todavía de recuperar la calma. En aquel momento no era objetiva, había demasiadas comparaciones... demasiados arrepentimientos.

—Tendré que intentar sacarme todo eso de la cabeza antes de volver a ver a Chad.

Hablaba en voz baja, tensa, pero eran aquellas las palabras que Caine quería escuchar. Automáticamente, posó una mano en su hombro y al ver que Diana se tensaba incluso más, aumentó la presión de su mano. Habría tratado de la misma forma a su hermana, se dijo.

Sin decir una sola palabra, la estrecho contra él, pero Diana no se movió. Caine sabía que estaba buscando apoyo, pero no respuestas: las respuestas tendría que encontrarlas por sí misma.

Y en ese momento descubrió que nunca la había deseado más; no solo deseaba sentir su cuerpo cálido y suave contra el suyo, o el calor de su boca. Quería sus pensamientos, sus sentimientos. Quería compartir con ella lo que ella era de verdad, quería derrumbar todas las barreras, que no hubiera dudas ni temores. Y mientras se dejaba envolver por la ternura, posó las manos en su pelo. Diana alzó la cabeza.

Sus ojos se encontraron, pero Diana no fue capaz de interpretar la mirada de Caine. ¿Era una pregunta lo que encerraban sus ojos?, se preguntó. ¿Qué era lo que le estaba pidiendo? Entonces Caine rozó sus labios.

Aquel no tuvo nada que ver con otros besos que habían compartido. Parecía un primer beso. Un beso suave, cuidadoso, pensó, como si no estuviera seguro de sí mismo. La estaba besando como si nunca hubiera besado a nadie... Caine, un hombre famoso por su éxito con las mujeres.

Caine no la presionaba para que se acercara a él, pero tampoco la soltaba. Y ella continuaba muy quieta. No sabía qué magia los envolvía, ni las razones para aquel abrazo, pero quería estar allí. Aunque tampoco era deseo lo que sentía, no, era algo mucho más complicado.

Cuando Caine retrocedió, se miraron el uno al otro, con expresión perpleja.

—¿Qué está pasando? —preguntó Diana al cabo de un momento.

Caine dejó caer los brazos lentamente y se separó de ella.

—No estoy seguro —musitó. Se acercó tembloroso a la mesa y tomó su café. ¿Qué diablos le estaba ocurriendo?, se preguntó mientras vaciaba su taza.

—¿Ya estás mejor? —le preguntó, volviéndose hacia ella.

—Sí —«no», contestó en silencio, pero consiguió esbozar una sonrisa—. Creo que subiré al despacho e intentaré trabajar en la defensa de Chad. La señora Walker vendrá a verme mañana por la mañana —al advertir que Caine no la entendía, le aclaró—: Es el caso de divorcio que me pasaste.

—Ah, sí —Caine clavó la mirada en su taza vacía, preguntándose qué diablos le estaba ocurriendo a su cerebro—. Creo que ha confirmado la cita telefónicamente.

—Estupendo —Diana permanecía junto a la ventana, sin estar muy segura de lo que debería hacer—. Bueno, entonces iré a mi despacho —dijo, pero no se movió.

—Diana... —Caine la miró, sin estar muy seguro de lo que iba a decir. Sintiéndose completamente ridículo, rió ligeramente y sacudió la cabeza—. Este café debía de tener algo raro —musitó—. Escucha, ¿mañana tienes algo más, aparte de esa cita con Walker?

—No, no tengo más citas. Pero sí bastante papeleo.

—Yo tengo que ir a Salem por lo del caso Day. ¿Por qué no vienes conmigo? —y continuó, antes de que ella hubiera respondido—. Es un viaje muy bonito, te servirá para despejarte un poco y mientras yo estoy reunido, tú puedes ir adelantando trabajo.

—Sí, supongo que podría —consideró en silencio su oferta—. De acuerdo —confirmó en un impulso—. Me encantará. Es posible que dentro de poco deje de tener tardes libres.

—Estupendo. Saldremos en cuanto hayas terminado con la señora Walker.

Permanecieron en un silencio que Diana encontró increíblemente embarazoso. Era extraño, pensó, que dos personas que no tenían problema alguno con el lenguaje de pronto tuvieran una conversación tan forzada.

—Supongo que habré terminado hacia las diez y media o las once —se devanaba los sesos, intentando encontrar algo que decir, pero tenía la mente en blanco—. Bueno, entonces me voy.

Caine asintió mientras se acercaba de nuevo a la cafetera. Cuando oyó sus pasos alejándose, yació de nuevo la taza, sin saborear el café.

¿Qué diablos estaba ocurriendo?, volvió a preguntarse, mientras se pasaba frustrado la mano por el pelo. Cuando le había preguntado que si quería acompañarlo al día siguiente, se había sentido como un adolescente pidiendo una cita. Riéndose de sí mismo, Caine regresó a la mesa. No, ni siquiera cuando era adolescente había sentido aquella falta de confianza en sí mismo. Jamás había sentido nada parecido con una mujer.

Se encendió un cigarro y miró fijamente la brasa. Siempre se había sentido muy seguro con el sexo opuesto. Disfrutaba de la compañía de las mujeres, y no solo en la cama. Aquella parte de su vida había transcurrido sin ningún problema. Y tenía la firme intención de que continuara haciéndolo así. Sabía, sin necesidad de ser vanidoso, que no tenía por qué dormir solo si no quería.

¿Pero entonces por qué había dormido tantas noches solo últimamente? ¿Y por qué no era capaz de pensar en otra mujer que no fuera Diana?

Dejó escapar un largo suspiro y comenzó a examinar aquel problema, a diseccionarlo. Debía parte de su éxito en su campo a su capacidad para sintetizar sus capacidades analíticas y emocionales. Había sido así desde que era un niño; tenía un carácter con rápidos e inesperados estallidos de genio o pasión combinados con silencios largos y pensativos. Siempre le habían gustado los rompecabezas, pero en ese momento no estaba disfrutando del que tenía entre manos.

Se sentía incómodo. Aquel era el primer sentimiento que era capaz de definir. Pensar en Diana le hacía sentirse incómodo, ¿pero por qué? Era una compañera agradable, disfrutaba discutiendo con ella. Y la deseaba.

Caine aspiró su cigarro, pensando en la aguda y turbulenta pasión que sentía cuando la abrazaba y besaba con avidez. El deseo no le hacía sentirse incómodo. Se había prometido a sí mismo que antes o después se convertiría en su amante... y él siempre mantenía sus promesas.

Pero no era deseo lo que había sentido unos minutos atrás. Caine conocía aquel sentimiento desde todos los ángulos. Pero Diana no encajaba en ninguna de las categorías en las que podía dividirlo, se dijo. Diana no era una de esas mujeres sofisticadas que normalmente lo atraían, y tampoco era una jovencita que pudiera hacerle pasar un buen rato.

Enfadado consigo mismo, se levantó y se acercó a la ventana. Entraba por ella la tenue y blanca luz del invierno. Pero si pensar en ella le hacía sentirse incómodo, ¿por qué le había pedido que lo acompañara? ¿Por qué necesitaba estar con ella?

Aunque la respuesta se le pasó por la cabeza, Caine hizo retroceder sus pensamientos y comenzó a analizar nuevamente la situación.

Se levantó muy lentamente, se acercó a la cocina y se sirvió otro café. Se lo bebió, obligándose a mantener la mente en blanco. No pensó en nada, salvo en el amargo sabor del café, no vio nada, salvo la pared. En la distancia, oyó sonar el teléfono de Lucy, y después oyó el viento azotando la ventana que tenía tras él.

Dios santo, pensó en silencio, ¿estaría enamorado de ella? No, eso era ridículo. «Amor» no era una palabra que formara parte de su vocabulario, porque el amor tenía serias repercusiones. Con un gesto de enfado, tiró el resto del café por el fregadero. Un hombre no llegaba hasta los treinta años para, de repente, saltar semejante puente sin pensárselo dos veces. A menos que... hubiera perdido la razón.

Había estado trabajando demasiado, decidió. Llevaba demasiadas noches buscando respuestas a los problemas de otra gente. Lo que necesitaba era pasar una noche con una mujer que le gustara y después ocho horas de sueño. Y al día siguiente, se prometió, tendría la mente despejada y podría pensar con claridad.

Pero al día siguiente, se recordó mientras salía de la cocina, Diana seguiría allí. Maldiciendo en silencio, Caine comenzó a subir las escaleras.

7

Diana habría disfrutado del viaje sino hubiera tenido la sensación de que algo no andaba bien. Caine era muy amable con ella, la conversación no había languidecido en ningún momento, pero aun así, había algo extraño bajo esa fachada de camaradería. Como era algo que no conseguía definir, se dijo a sí misma que eran imaginaciones suyas; quizá lo que estaba viendo en Caine era el eco de sus propios pensamientos.

Estaba tensa desde el día anterior, tensión que atribuía, al menos en parte, a su encuentro con Chad Rutledge. La preocupaba no poder olvidarlo. Un buen abogado debía saber encontrar la distancia entre la rudeza y el compromiso emocional. El equilibrio era fundamental, tanto para el cliente como para el abogado. Diana lo sabía, pero era consciente de que, en aquel caso, las circunstancias la inclinaban hacia un lado. Su único consuelo era que sabía que cuanto más se involucrara en los aspectos técnicos del caso, menos tendencia tendría a comparar a Chad con Justin. De momento, haría exactamente lo que Caine le había sugerido: relajarse y disfrutar del viaje.

—No me has comentado lo que vas a hacer en Salem —le dijo.

Caine tuvo que esforzarse en recomponer sus pensamientos y en controlar la tensión que lo atenazaba. Al igual que Diana, se decía que era el caso el que lo mantenía tenso. Nunca había sentido un nudo en el estómago por culpa de sus relaciones personales. Llevaba diciéndose eso mismo desde la noche anterior.

—Voy a ver a la tía abuela Agatha.

Diana soltó una carcajada.

—No hace falta que te inventes nada. Basta con que me digas que no es asunto mío.

—Voy a ver a la tía abuela de Virginia Day —especificó Caine devolviéndole la sonrisa. Hablarían del caso, se dijo. Eso lo ayudaría a olvidar la sensación de que había abierto una puerta y empezaba a adentrarse en arenas movedizas—. Conoce a Ginnie mejor que nadie. Desgraciadamente, hace dos semanas estaba patinando sobre hielo y se rompió una cadera. Tengo que ir a verla al hospital.

—¿Es tía abuela y patina sobre hielo?

—Al parecer sí.

—¿Cuántos años tiene?

—Sesenta y ocho.

—Humm. ¿Y qué estás buscando exactamente?

Caine adelantó a una furgoneta antes de contestar. ¿Qué estaba buscando?, se preguntó. Solo unos días antes, habría sido capaz de contestar esa pregunta encogiéndose de hombros. El caso, se dijo, enfadado consigo mismo. Tenía que concentrarse en el caso.

—Los cargos son por asesinato en primer grado.

Lo primero que quiero saber es si Ginnie solía llevar siempre la pistola encima. Si quiero demostrar que mató en defensa propia, tendré que explicarle al jurado que Ginnie fue al apartamento de Laura Simmons para descubrir a su marido con su amante, pero no para matarlo.

—A una de sus amantes —comentó Diana—, porque al parecer su marido tenía unas cuantas.

—El informe del detective al que contrató meses antes indicaba que el doctor Francis Day era un hombre muy ocupado. Digamos que no solo operaba en el Hospital General de Boston —presionó el encendedor del coche—. Si puedo conseguir que el informe conste como prueba, contaré con la compasión del jurado...

—Así que ahora andas detrás de la pistola.

Caine asintió mientras se llevaba el encendedor hacia el final del cigarrillo. La conversación estaba ayudándolo a aliviar la tensión de su cuello. Ya no se sentía caminando sobre arenas movedizas. Quizá anduviera por un camino enfangado, pero, definitivamente, no se lo iba a tragar nadie.

—Por lo que dice Ginnie, nunca salía de casa sin la pistola. Estaba obsesionada con un posible atraco, algo normal, puesto que siempre llevaba miles de dólares en joyas encima.

—Sí, y Ginnie Day no ha contado con el favor de la prensa o del público durante estos años —recordó Diana—. Siempre se la ha visto como una niña mimada con más dinero que clase.

—Eso es cierto —se mostró de acuerdo Caine—. Pero me alegro de que tú no formes parte del jurado.

—Supongo que en este momento siento cierta hostilidad hacia las mujeres como ella —reflexionó Diana, enderezándose en su asiento para volverse hacia él—. Irene Walker es la antítesis de Virginia Day.

—¿Cómo te ha ido esta mañana?

—Las heridas de su rostro todavía no han desaparecido —comenzó a decir Diana, frunciendo el ceño—. Jamás había conocido a una mujer con tan poca autoestima. Es como si pensara que se merecía que le pegaran —chasqueó la lengua con impaciencia e intentó aplacar la frustración que sentía—. Por lo menos la amiga con la que está viviendo la ha convencido para que denuncie formalmente a su marido, pero... —se interrumpió y sacudió rápidamente la cabeza—, tengo la sensación de que Irene Walker es como una esponja, que se empapa de los sentimientos de la gente con la que está. Se está convenciendo a sí misma, o a lo mejor la está convenciendo su marido, de que sin él es una nulidad. Yo le he aconsejado que vaya a un psicólogo. El divorcio y el juicio van a ser muy difíciles para ella —dejó escapar un suspiro de asombro e incredulidad—. Todavía lleva la alianza de boda.

—Supongo que quitársela será el paso final para una mujer como ella.

—¿Sabes que solo llevan casados cuatro años y le ha pegado tantas veces que no es capaz de recordarlo? —Diana lo miró con dureza—. Voy a disfrutar viendo a ese tipo en el estrado.

—Si no recuerdo mal, hay dos testigos de la última paliza. Le va a resultar imposible negar los cargos que se le imputan.

—Eso es exactamente lo que quiero. Y espero que el juicio se celebre cuando la señora Walker todavía pueda ver sus heridas en el espejo. Creo que es una mujer que olvida demasiado rápido.

Caine miró el maletín que Diana llevaba a los pies.

—¿Eso es lo que te has traído para trabajar hoy?

—Quiero preparar bien el interrogatorio para poder ponerlo entre la espada y la pared. Pretendo asegurarme de que tanto el juicio como el divorcio solo supongan problemas para ese tipo.

—¿Directa a la yugular?

Diana sonrió entonces.

—Alguien me dijo en una ocasión que era lo más limpio. Dime —deslizó un dedo por el dedo de su asiento—. ¿Desde cuándo tienes este coche?

—¿El coche? —la miró con expresión interrogante ante aquel repentino cambio de tema.

—Sí. A mí me encantaría comprarme uno.

La mirada interrogante de Caine le provocó una sonrisa. Definitivamente, pensó él, Diana era cada vez más espontánea.

—¿Un Jaguar?

—Algún día me lo compraré, sí —arqueó una ceja—, ¿o crees que están reservados para antiguos abogados del estado?

—Supongo que te imagino mejor en un Mercedes, un coche estable y elegante.

Diana lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Pretendes insultarme?

—Desde luego que no —respondió Caine muy serio—. ¿Puedes conducir un coche con las marchas manuales?

—Definitivamente, pretendes ofenderme.

Sin decir una sola palabra más, Caine se desvió hacia la cuneta, paró el coche, salió, lo rodeó y abrió la puerta del asiento de pasajeros.

—Conduce tú un rato.

Diana esbozó una sonrisa tan incrédula como emocionada. Quizá fuera eso lo que no podía resistir, pensó Caine, que aquella mezcla de sofisticación e inteligencia fuera tan a menudo reemplazada por la más pura y simple alegría.

—Si estás pensando en comprarte un coche, tendrás que probarlo primero —añadió suavemente—, a menos que no sepas conducirlo.

—Sé conducir cualquier cosa —sentenció Diana mientras salía del coche.

—Estupendo —Caine se sentó en el asiento de pasajeros al tiempo que Diana ocupaba su lugar—. Ya te avisaré cuando tengamos que desviarnos.

Diana se aferró al volante con una mano y metió la primera marcha. Bajo la mano, sentía la ligera vibración del motor, prometiendo velocidad. Después de mirar por el espejo retrovisor, se incorporó a la autopista.

—Oh, esto es maravilloso —gritó inmediatamente. Miró el velocímetro—, y muy tentador —añadió con una risa—. Me temo que, como me compre un Jaguar, voy a terminar defendiéndome a mí misma.

—Yo siempre me he conformado con saber que puedo pisar el acelerador y conducir más rápido que nadie.

—Sí, lo sabes, pero no hacerlo —echó hacia atrás la cabeza y rió cuando el tráfico la obligó a bajar la velocidad—. Supongo que a un funcionario público debe de resultarle casi imposible pisar a fondo el acelerador, pero es maravilloso saber que tienes la posibilidad de hacerlo —Diana se mantenía a cien kilómetros por hora—. ¿Por eso te lo compraste?

—Me gustan las cosas con estilo —contestó, estudiando su perfil.

Observó sus manos, que tomaban confiadas el volante y se la imaginó corriendo por una carretera vacía durante una noche de verano, con las ventanillas abiertas y el viento haciendo volar su pelo.

—Me fascinas, Diana.

Diana le dirigió una rápida sonrisa.

—¿Por qué? ¿Porque soy capaz de conducir un Jaguar sin pasar los límites de velocidad.

—Porque tienes estilo —repuso Caine—. Gira en el próximo desvío.

Mientras Diana se instalaba en una esquina de la sala de espera, Caine se dirigía hacia la habitación de Agatha. La encontró en un solitario esplendor: con una toquilla rosa de encaje, el pelo primorosamente peinado, las mejillas exageradamente pintadas y un montón de revistas sobre la cama. Cuando Caine entró, Agatha dejó la revista deportiva que había estado leyendo y lo miró con admiración.

—Ya era hora de que se pasara alguien atractivo por aquí —dijo con cierta aspereza—. Entra y siéntate, cariño.

Caine se acercó sonriendo hasta la cama.

—Señora Grant, soy Caine MacGregor.

—Ah, el abogado de Ginnie —Agatha asintió y señaló una silla—. Esa chica siempre ha tenido buen gusto. Pero al parecer esta vez eso la ha metido en un buen lío.

Caine tuvo que quitar un montón de revistas de la silla.

—Espero que sea capaz de ayudarme a defender a Ginnie, señora Grant. Y le agradezco que me haya recibido tan poco tiempo después de su accidente.

Agatha bufó e hizo un gesto despectivo con la mano.

—Estaré de pie antes de lo que los médicos piensan —le sonrió con pesar—. Aunque quizá no pueda volver a patinar tan pronto. De acuerdo, cariño, dime lo que quieres saber.

—Usted sabe que Ginnie ha sido acusada de matar a Francis Day —Agatha asintió sin que su rostro reflejara ninguna emoción y Caine continuó—. Se alega que Ginnie fue al apartamento de Laura Simmons sabiendo que su marido estaba allí y que la señorita Simmons era su amante.

—La última de otras muchas —añadió Agatha con sarcasmo.

Caine se limitó a arquear las cejas ante aquel comentario y continuó.

—La señorita Simmons dejó a Ginnie sola con Day, ante la petición de este último. Cuando regresó al apartamento veinte minutos después, Day había muerto y Ginnie estaba en la cama con la pistola todavía en la mano. Day murió de dos disparos a muy corta distancia. La señorita Simmons se puso histérica, corrió a casa de la vecina y llamó a la policía.

—Ginnie lo mató —Agatha empujó las revistas con su largas uñas rojas—. Hay pocas dudas al respecto.

—Sí, y ella lo admite. Pero afirma que Day se puso agresivo cuando se quedaron solos. Al principio se estuvieron gritando el uno al otro, algo que al parecer era habitual en su matrimonio desde hacía algún tiempo. Después ella lo amenazó con un proceso de divorcio en el que saldrían a la luz todos los informes del detective, algo que él quería evitar por miedo a que influyera en su carrera.

Agatha rió sin alegría.

—Sí, no lo habría soportado. Ginnie contribuyó a mantener su reputación de hombre distinguido, dedicado por completo a la medicina. Y no creo que hubiera llegado a hacer público que era un viejo verde.

Caine hizo un sonido que podía ser interpretado como una muestra de acuerdo.

—Durante la discusión —continuó diciendo Caine—, él perdió el control y le pegó. Para entonces, ya se estaban gritando el uno al otro. Ginnie dice que se puso histérico, que la tiró al suelo, agarró una lámpara y le dijo que la iba a matar. Cuando se abalanzó sobre ella. Ginnie sacó la pistola y disparó.

Agatha asintió y miró con dureza a Caine.

—¿Usted la cree?

Caine le sostuvo la mirada durante algunos segundos antes de contestar:

—Creo que Virginia Day disparó a su marido en un momento de pánico y en defensa propia.

—Ginnie es una chica muy testaruda —dijo Agatha con un suspiro—. Y mimada. Todos la mimamos mucho. Y tiene un carácter muy fuerte, explota fácilmente sin pensar en las consecuencias. Pero no es una mujer con sangre fría añadió con firmeza—. Ella jamás podría planificar sistemáticamente un asesinato.

—Para poder demostrarlo, lo primero que tengo que aclarar es por qué llevaba una pistola cuando fue a ver a su marido.

—Esa chica no salía de casa sin su pistola —chasqueó la lengua disgustada y se colocó las almohadas—. Feo asunto. Yo le preguntaba que qué demonios pensaba hacer con ella y ella se reía. «Tía Agatha», me decía, «si alguien intenta atracarme, se va a llevar una buena sorpresa» —Agatha dejó escapar otro suspiro de impaciencia—. Esa niña estúpida iba siempre cubierta de diamantes, esmeraldas...

—¿La vio a menudo con esa pistola?

—Muchas veces iba a su habitación a buscarla antes de que saliéramos a la calle y la veía meter esa pistola en el bolso. En una fiesta, vi que llevaba la pistola encima cuando abrió el bolso para sacar la polvera. Y se llevó una buena regañina —añadió.

—¿Entonces podría declarar bajo juramento que Virginia Day llevaba habitualmente una pistola encima? ¿Y que en numerosas ocasiones la vio con ella?

—Cariño, mentiría ante el mismísimo diablo por ella —le dirigió una sonrisa glacial—. Jamás he podido soportar a ese canalla traicionero con el que se casó.

—Señora Grant...

—Relájese. En este caso puedo jurar sin poner mi alma en pecado mortal. Si Ginnie no hubiera salido aquella noche con pistola, me habría extrañado.

—Estupendo —Caine comenzó a relajarse—. ¿Y podría dejar solo entre usted y yo eso de que estaría dispuesta a mentir delante del mismo diablo?

—Por supuesto —esbozó entonces una astuta sonrisa y lo escrutó con la mirada—. Supongo que usted y Ginnie no...

—Soy su abogado —la interrumpió Caine mientras se levantaba. Se acercó a la cama y tomó la sorprendentemente fuerte mano de Agatha—. Muchas gracias, señora Grant.

—Si tuviera cuarenta años menos y un juicio por asesinato —dijo Agatha lentamente—, puede estar seguro de que sería algo más que mi abogado.

Con una resplandeciente sonrisa, Caine se llevó su mano a los labios.

—No mates a nadie, Agatha. Porque ya te encuentro suficientemente irresistible.

Complacida, Agatha soltó una carcajada que siguió a Caine por todo el pasillo.

Encontró a Diana donde la había dejado, con un libro de leyes en una rodilla y un bloc sobre la otra. Estaba escribiendo sin que al parecer le importara su incómoda situación. Sin decir nada, Caine se sentó y esperó a que terminara. Siempre le había gustado observarla así, cuando estaba tan concentrada que se olvidaba de todo lo que la rodeaba. Le habría gustado ayudarla con aquel caso, tanto como le gustaría hacer el amor con ella. Pero ahora que ella comenzaba a tomar las riendas de lo primero, él no podía permitirse el lujo de hacer lo segundo.

Había demasiados secretos en ella. Y quizá había sido la conciencia que había adquirido la noche anterior de que, con el tiempo y con cuidado podría llegar a conquistarla, la que le hacía contemplar con recelo la posibilidad de intentarlo. Ya era hora de poner su situación en un determinado nivel y dejarla allí. ¿Por el bien de Diana?, se preguntó, ¿o por el suyo propio?

Diez minutos después, Diana dejó de escribir, cerró el libro y comenzó a estirarse.

—Oh, ¿cuándo has vuelto?

—Hace un rato. ¿Sabes? No todo el mundo tiene esa capacidad para olvidarse de todo lo que lo rodea mientras trabaja.

—Es una de mis cualidades —le explicó Diana mientras guardaba todo en su maletín—. La ejercitaba cuando quería dejar de prestar atención a mi tía. ¿Qué tal te ha ido?

—Perfectamente —Caine se levantó y tomó el abrigo de Diana para ayudarla a ponérselo—. ¿Fuiste muy desgraciada con tu tía, Diana?

Diana se tensó inmediatamente y pareció encerrarse de nuevo en sí misma. Caine lo vio y se preguntó si la idea de la princesa en la torre no sería más acertada de lo que él mismo pensaba.

—¿Mi tía? —preguntó con voz fría y carente de toda emoción.

—Sí. ¿Tuviste muchos problemas con ella?

—Mi tía era una mujer aficionada a frases del tipo «una dama nunca debe llevar pendientes antes de las cinco».

—Evidentemente, muchos —musitó Caine mientras se ponía la chaqueta—. Me pregunto si no fui un poco duro contigo en Atlantic City.

Diana lo miró sorprendida mientras se dirigían al ascensor.

—No tienes por qué disculparte —pero su cuerpo continuaba alerta—. ¿A qué viene todo esto?

—Estaba pensando en Agatha —Caine apretó el botón del vestíbulo—. No parece gustarle especialmente su sobrina, pero la quiere. O al menos eso parece. Estoy empezando a pensar que en tu caso ocurre todo lo contrario.

—Tía Adelaide aprueba a la mujer en la que ella piensa que me ha convertido —se encogió de hombros y salió del ascensor—. En cuanto a lo de quererme, nunca me quiso, pero tampoco fingió hacerlo. Y no puedo culparla por ello.

—¿Y por qué diablos no? —preguntó enfadado.

Diana le dirigió una mirada con la que parecía estar diciéndole que se estaba acercando demasiado.

—No se puede culpar a alguien por lo que siente o por lo que no siente —se volvió, dejando claro que la conversación había terminado. Incapaz de contenerse, Caine la agarró del brazo. Cuanto más fría estaba ella, más colérico estaba él.

—Claro que puedes —la contradijo—. Es evidente que se puede.

—Déjalo, Caine. Yo ya lo he olvidado hace tiempo —cuando Caine comenzó a protestar, Diana se volvió de nuevo, pero se detuvo bruscamente—. ¡Dios mío, mira! —clavó la mirada en las puertas de cristal de la entrada.

Con el ceño todavía fruncido, Caine miró hacia la puerta. Mientras estaban en el interior del hospital, había empezado a caer una fuerte nevada.

Diana se puso los guantes.

—Me terno que el camino de vuelta a Boston va a ser muy interesante. Y muy lento —añadió mientras salía a la calle.

—Con un poco de suerte, nos alejaremos pronto de la tormenta.

Caine la agarró del brazo mientras cruzaban el aparcamiento. Cuando terminó la frase, ambos miraron simultáneamente hacia el cielo. Diana arqueó las cejas y él se encogió de hombros. A esas alturas, ya estaban ambos cubiertos de nieve.

—Podemos volver al hospital a esperar —sugirió Caine.

—No, a no ser que no quieras arriesgarte a conducir.

Caine miró hacia la carretera mientras se detenían frente al coche.

—Bueno, ya veremos cómo va la cosa.

Durante los primeros veinte minutos, condujeron en medio de la tormenta con relativa facilidad. Caine era un buen conductor y el coche se aferraba con firmeza al asfalto. Pero a medida que continuaban hacia el sur, más fuerte se hacía el viento y la nevada era tan intensa que los limpiaparabrisas apenas podían despejar la nieve. De pronto, el coche que tenían delante de ellos patinó hacia el centro de la autopista, pero el conductor consiguió recuperar rápidamente el control.

—La carretera está muy mal —musitó Diana, mirando a Caine de reojo.

—Desde luego —continuaba conduciendo lentamente, con los ojos fijos en la carretera, pero la visibilidad era cada vez menor.

Caine había vivido tiempo suficiente en Nueva Inglaterra como para reconocer una ventisca prácticamente en cuanto empezaba. La nieve caía rápidamente y los copos eran cada vez mayores. Comprendió entonces que en vez de alejarse de la tormenta, se dirigían hacia ella. Al otro lado de la mediana, dos coches patinaron y se detuvieron. Durante los siguientes treinta kilómetros, permanecieron en silencio.

Estaban a medio camino entre Boston y Salem y habían tardado aproximadamente el doble de lo que les había llevado el viaje anterior. Comenzaba a oscurecer y cuando Caine encendió las luces del coche, había ya cerca de medio metro de nieve al lado de la autopista. Vieron un coche abandonado en el mismo

lugar en el que había patinado y Diana deseo haberse tomado más en serio la sugerencia de Caine de quedarse en el hospital.

Un coche los adelantó a tanta velocidad que resbaló y estuvo a punto de chocar contra el parachoques del Jaguar. Diana contuvo un gemido y Caine juró en voz alta, pisó los frenos e intentó controlar el coche. Todavía estaba maldiciendo cuando tuvo el coche bajo control y tomó el primer desvío en el que se encontraron.

—Es un suicidio viajar con este tiempo.

Diana apenas asintió.

—Pararemos en el primer hotel que encontremos y alquilaremos un par de habitaciones —la miró a los ojos—. ¿Estás de acuerdo?

Diana dejó escapar un largo suspiro.

—Vuelve a preguntármelo cuando haya dejado de rezar.

Caine rió suavemente y miró con los ojos entrecerrados el resplandor de un letrero de neón que llegaba hasta ellos a través de la nieve.

—Creo que hemos tenido suerte.

El último palo de la M del letrero que anunciaba el motel había desaparecido, pero el resto del letrero se veía perfectamente.

—Ah, un *hotel* —bromeó Diana con una sonrisa—. ¿Qué mejor refugio para pasar una tormenta?

Caine miró el edificio de un solo piso antes de detener el coche.

—Me temo que no vamos a tener muchas comodidades.

—¿Tendremos tejado?

—Probablemente.

—Eso ya es suficiente —la fuerza del viento era tal que tuvo que utilizar las dos manos para abrir la puerta. Una vez fuera, Diana dobló las rodillas, tomó aire y se echó a reír.

—¿Qué es lo que te parece tan gracioso? —le preguntó Caine mientras la empujaba hacia la puerta en la que ponía «recepción».

—Nada, nada —respondió—, simplemente que ahora me siento bien.

—Deberías haberme dicho que estabas asustada —le pasó el brazo por la cintura, mientras el viento los obligaba a retroceder un par de pasos.

Diana elevó el rostro hacia la nieve.

—Lo habría hecho en cuanto se me hubiera terminado el repertorio de oraciones.

La puerta tintineó alegremente cuando Caine la abrió. La fría y limpia fragancia de la nieve fue inmediatamente sustituida por olor a tabaco barato y a cerveza. Detrás del mostrador, un hombre enorme alzó la mirada de la revista que estaba leyendo.

—¿Sí? —preguntó.

—Necesitamos dos habitaciones para esta noche —a Caine le había bastado una mirada al recepcionista para comprender que aquel era el tipo de motel que se alquilaba por horas.

—Solo tengo una —encendió una cerilla con la uña del dedo pulgar y miró a Diana—. Las tormentas son buenas para el negocio.

Diana miró a Caine y después hacia la puerta de cristal que había tras él. Estaba dejando que fuera ella la que decidiera, comprendió, sintiendo que se le tensaban los músculos del cuello. Y recordó entonces el estado de la carretera.

—Nos la quedamos.

El recepcionista se hundió bajo el mostrador para buscar la llave.

—Les costará veintidós dólares con cincuenta —le dijo a Caine, sin soltar la llave—. Y se paga en efectivo y por adelantado.

—¿Cerca de aquí hay, algún lugar en el que se pueda conseguir comida?

—El comedor está en la puerta de aquí al lado. Abren hasta las dos. Su habitación está afuera a la izquierda. Es la número veintisiete. Si no se van antes de las diez, tendrán que abonar un día más. En la habitación disponen de televisión gratuita y películas a cambio de pago.

Caine arqueó una ceja mientras intercambiaba la llave por dinero.

—Gracias.

—Un tipo amable —comentó Diana mientras buscaban su habitación—. ¿Has mencionado antes la palabra comida?

—¿Tienes hambre? —Caine descubrió el número en una puerta de color gris.

—Estoy muerta de hambre, pero no me había dado cuenta hasta que... —Diana se interrumpió y abrió los ojos como platos.

La habitación, si así se la podía llamar, era, principalmente, una cama. Una sola cama, sí, pero ni siquiera eso fue lo que la alarmó en aquel momento. Las paredes estaban pintadas de un color rosa intenso, a juego con el edredón rosa y violeta que cubría el colchón. La alfombra, aunque ya vieja y trillada, conservaba intacto el tinte violeta y llegaba hasta una puerta que, Diana supuso, conducía al baño. Y, sobre el techo de la cama, había un espejo redondo y polvoriento.

—Bueno, no es el Ritz —dijo Caine secamente, haciendo un serio esfuerzo para no echarse a reír al ver su expresión de asombro. Dejó ambos maletines encima de una cómoda cubierta con un plástico blanco—. Pero al menos estamos bajo techo.

—Humm —Diana miró el espejo con expresión dubitativa—. Aquí hace muchísimo frío —se volvió y observó disgustada que las cortinas eran de la misma horrible tela que el edredón.

Al ver la cara que ponía, Caine no fue capaz de disimular una sonrisa.

—Esta habitación estará bastante mejor en la oscuridad. Voy a ver si consigo que el radiador funcione.

Ignorando lo que consideraba su extraño humor, Diana se sentó en el borde de la cama. La única cama de la habitación, se recordó. La única habitación y el único hotel.

—Al verte, cualquiera podría pensar que estás disfrutando de este desastre.

—¿Quién, yo?

Caine le dio al radiador una patada que lo devolvió a la vida. «Disfrutar» no era la palabra que él habría elegido. Porque hasta la idea de pasar la noche con ella en aquella ridícula habitación le hacía sentir un nudo en el estómago. Durante las horas siguientes, tendría que concentrarse en comportarse como una especie de hermano mayor, si realmente pretendía ser fiel a su resolución de no tocarla.

—Voy a buscar algo de comer —continuó diciendo, bajo la escrutadora mirada de Diana—. No hace falta que salgamos los dos otra vez. ¿Quieres algo en especial?

—Algo rápido y comestible —al recordar la tormenta bajo la que Caine había tenido que conducir, fue capaz de esbozar una sonrisa. Si él había aceptado la situación sin aspavientos, también sería capaz de hacerlo ella—. Gracias, te debo once dólares.

—Ya te los cobraré —le prometió Caine, y se inclinó sobre ella para darle un beso antes de salir de la habitación.

Una vez sola, Diana miró otra vez la habitación. En realidad no estaba tan mal, se dijo a sí misma... por lo menos si mantenía los ojos semicerrados. Y, desde luego, el radiador estaba funcionando. Se quitó el abrigo y buscó un armario, pero al parecer, la habitación no contaba con extravagancias de ese tipo. Dejó el abrigo sobre la cómoda y se quitó las botas.

La idea de darse un baño caliente era tentadora, pero la perspectiva de tener que desnudarse y volver a vestirse vetó la moción. Compensaría la falta de baño tumbándose en la cama hasta que Caine regresara. Quizá pudiera ver la televisión, pensó, y se fijó entonces en una caja negra que había al lado del aparato. Al examinarla más de cerca, advirtió que era una especie de video que funcionaba con monedas. Recordó entonces las películas de las que les había hablado el recepcionista y decidió probar suerte. Quizá podrían hacer una maratón de películas; de esa forma les resultaría más fácil recordar que eran abogados, una palabra sin género, a los que las circunstancias obligaban a compartir habitación. Miró la cama por encima de su hombro y sintió un escalofrío. Decidida, se volvió nuevamente.

Buscó en su monedero y encontró tres monedas. Con eso podría ver cuarenta y cinco minutos de cualquier película que estuvieran poniendo. Siguiendo las instrucciones impresas en el aparato, Diana buscó el canal indicado, metió las monedas y giró un botón. Se volvió y se estiró en la cama con un suspiro de placer.

Pero cuando estaba ahuecando los almohadones, algo le llamó la atención. Se volvió hacia la pantalla y se quedó mirándola boquiabierta. Tras el impacto inicial, Diana se echó hacia atrás y rió hasta reventar.

Dios santo, pensó mientras se obligaba a levantarse de la cama, de todos los moteles de Massachusetts habían tenido que encontrar uno con las paredes pintadas de rosa y películas de un tono considerablemente subido. Acababa de apagar el aparato cuando Caine entró en la habitación.

—Sabes el tipo de películas que se puede ver en esa máquina? —le preguntó antes de que Caine hubiera cerrado la puerta tras él.

Caine se sacudió como un perro para quitarse la nieve de encima.

—Sí, ¿necesitas cambio?

—Muy gracioso —aunque lo intentó, no consiguió reprimir una sonrisa—. Solo me he gastado setenta y cinco centavos. No me sorprendería que en cualquier momento llamara la brigada antivicio a la puerta.

—¿Con este tiempo? —la contradijo Caine mientras dejaba dos bolsas de papel encima de la cómoda.

—Es nuestra cena lo que estoy oliendo?

—Supongo que podría llamare así. Comida rápida, aunque lo de comestible no puedo asegurarlo —sacó dos hamburguesas—. Tú primero.

—Joven abogada envenenada en un hotel —musitó Diana mientras desenvolvía una de las hamburguesas.

—También he traído patatas fritas —buscó en una de las bolsas—. Creo que están fritas, por lo menos. Y además, vino para la cena y café para después —sacó dos vasos cubiertos y empañados por el calor del café y los dejó al lado de una botella—. Lo mejor que puedo decir del vino es que es de color rojo.

Diana dio un mordisco a la hamburguesa y tomó la botella de vino con la otra mano.

—¿Habrá vasos en la habitación, o tenemos que beber directamente de la botella?

—Iré a ver si hay vasos en el baño. ¿No sientes pinchazos en el estómago? —preguntó al volver.

—No —decidió arriesgarse con las patatas fritas—. Supongo que la tormenta no habrá aminorado, ¿verdad?

—En todo caso ha empeorado —Caine le tendió un vaso de plástico.

Diana se sentó en el borde de la cama y tomó el vaso que le ofrecía.

—Supongo que podríamos ver las noticias —comentó mirando hacia el televisor—, si alguien es capaz de encontrar un canal de noticias en ese aparato.

Riendo, Caine se sentó y desenvolvió su hamburguesa.

—Pobre Diana. Menudo susto debes haberte llevado.

—No soy una mojigata —replicó ella—, simplemente no me lo esperaba —dio un sorbo de vino, hizo una mueca y volvió a beber—. Pues la verdad es que no está tan mal.

—Es el mejor de la basa —le advirtió Caine—. A dólar y cincuenta y nueve centavos la botella.

—En ese caso, lo beberé más despacio. Caine, hay un detalle del que me gustaría que habláramos.

Caine dio un sorbo a su vaso. Sabía lo que llegaba a continuación. Pero mientras luchaba con la tormenta, había decidido exactamente cómo abordarlo.

—No pienso dormir en el suelo.

Diana hizo una mueca ante la sagacidad con la que le había leído el pensamiento.

—Bueno, siempre queda la bañera.

—Dispón de ella como quieras.

—Es evidente que la caballerosidad ha muerto.

—Mira —le dio un bocado a la hamburguesa—, la cama es muy grande. Si no quieres que la utilicemos para nada mejor que para dormir...

—Desde luego que no.

Aquella respuesta era precisamente lo que buscaba. Si eran capaces de abordar el tema con naturalidad, ambos podrían sobrevivir a aquella noche.

—Entonces duerme tú en un lado, yo dormiré en el otro y asunto arreglado —le explicó, diciéndose a sí mismo que era tan fácil como eso.

—No estoy segura de que me guste que te hayas mostrado tan rápidamente de acuerdo —musitó ella.

—Si prefieres convencerme de otra manera... —comenzó a decir él con una lenta sonrisa.

—No, no es a eso a lo que me refería —con el ceño fruncido, Diana se terminó la hamburguesa. Al fin y al cabo, se dijo, Caine había estado conduciendo durante casi dos horas en medio de aquella terrible tormenta. No podía negarle una noche de sueño—. ¿Y te quedarás tú en tu lado y yo en el mío? —repitió.

Caine se inclinó para llenarle el vaso otra vez.

—Si insistes. Odio tener que repetirme y sacar a colación a Clark Gable otra vez.

—¿A Clark Gable? —repitió Diana sin entender, y cuando cayó en la cuenta soltó una carcajada—. Claudett Colbert... Sucedió Una Noche.

—Exactamente —dijo él con una divertida sonrisa—. En una situación parecida, se imaginaron que los separaban las murallas de Jericó.

Diana le dirigió una larga mirada.

—¿Cómo andas de imaginación?

Caine se encogió de hombros.

—Ya te dije en una ocasión que podía esperar hasta que tú admitieras que me deseabas —la retó con la mirada. Sabía que retrocedería. Y él necesitaba desesperadamente que lo hiciera—. Puedo llegar a ser muy paciente.

Diana apenas asintió, negándose a aceptar aquel desafío.

—Siempre y cuando te atengas a las normas, no habrá problema.

—Creo que prescindiré del café y me daré un baño antes de dormir —se levantó y le pasó la mano por el pelo—. Y tú deberías acostarte, ha sido un día muy largo.

Diana experimentó una sensación de arrepentimiento que inmediatamente sofocó.

—Sí, creo que me voy a acostar. ¿Quieres que te deje la luz encendida?

—No, no te molestes. En esta habitación es imposible no encontrar la cama —deseaba besarla, lo deseaba de una manera terrible, y se obligó a sí mismo a alejarse de ella—. Buenas noches, Diana.

—Buenas noches —Diana esperó hasta que oyó correr el agua de la ducha y entonces se levantó. Estaba siendo una estúpida, se dijo con sorprendente impaciencia. Sabía que no había nada que deseara más que hacer el amor con él, que perderse en él...

Pero ese era precisamente el problema, se dijo con repentino pánico. Se perdería a sí misma, o al menos perdería una parte de sí misma de la que no estaba segura de que quisiera desprenderse. Diana se pasó nerviosa la mano por el pelo, atenta a los sonidos del baño. Con Caine nunca sería como con cualquier otro hombre. El ya había roto demasiadas barreras y cuando hubiera derrumbado las físicas ya no podría detenerse. Y ella..., ella no podía, no debía permitir que ese tipo de amenaza se cerniera sobre ella.

Pero... lo deseaba tanto aquella noche.

Al igual que Caine, Diana tampoco probó el café antes de acostarse. No quería que nada pudiera quitarle el sueño mientras compartía la cama con él. Después de unos segundos de vacilación, se desnudó hasta quedarse solamente con una camiseta. No iba a ser tan tonta como para dormir vestida. Con mucho cuidado, se metió en la cama, manteniéndose en el extremo del colchón. Era más difícil de lo que había imaginado, puesto que la inclinación del colchón la arrastraba hacia el centro. Maldiciendo lo que Caine habría llamado destino, apagó la luz, se aferró a la mesilla para mantenerse fuera del territorio de Caine y cerró los ojos con fuerza.

Cuando Caine salió del baño, la habitación estaba en completo silencio. Había sido muy fácil hacer la propuesta de compartir aquella mullida cama con ella, pero el baño no había hecho nada para aliviar su deseo. Quizá lo mejor fuera terminarse el vino para llamar al sueño. Dios, iba a necesitar toda la ayuda del mundo para mantenerse en su lado de la cama. Habría sido más inteligente, se dijo, no haber prometido nada.

Caine dejó caer la toalla al suelo y se metió en la cama. Al igual que Diana, sintió que caía hacia el centro. Maldiciendo en silencio, se movió hacia el extremo.

Como hacía todas las mañanas, Caine se despertó temprano. Algo cálido y suave lo rodeaba. Y aunque todavía estaba más dormido que despierto, supo, por su fragancia, que se trataba de Diana. Sin pensarlo conscientemente, la atrajo hacia él y la oyó susurrar. Con perezoso placer, deslizó la mano por su espalda. Diana se presionó contra él y acarició también su espalda.

Murmurando su nombre, Caine le besó la frente, al tiempo que deslizaba la mano bajo las sábanas. Ambos gimieron simultáneamente. Caine pensó que aquello no era más que un sueño, el sueño de hacer el amor con ella, pero nunca había tenido un sueño erótico tan dulce y lento. Cuando se estiró, deslizó la pierna entre las de Diana mientras su boca comenzaba un delicioso recorrido por su cuello. Con un susurro inarticulado, Diana echó la cabeza hacia atrás para ofrecerle sus labios...

El sueño continuaba..., los besos continuaban sin presión mientras él seguía acariciándola. No había lugar para las dudas bajo aquella suave luz, no había lugar para las reservas en aquel colchón. La acariciaba, incitándolos a ambos a hundirse en aquel sueño.

Era tan, tan cálida, pensó, sintiendo la primera punzada real de deseo al encontrar su seno. Diana gimió suavemente y se arqueó contra él. El creyó oírle susurrar su nombre antes de sentir sus manos sobre él.

Sumido en ella y en aquella deliciosa fantasía, posó los labios en su hombro para apartar el tirante del sujetador. Los hombros de Diana resultaron ser tan fuertes como había imaginado..., e igualmente suaves. Siguiendo la ligera inclinación de sus hombros, fue bajándole la camiseta, al tiempo que cubría de somnolientos besos su brazo.

Oía su respiración cada vez más rápida y agitada y descubrió que su boca se había abierto paso hasta su seno para encontrar y succionar su pezón. No fue consciente de su intensa pasión hasta que sintió un nudo en el estómago y oyó su propia respiración agitada. El corazón de Diana retumbaba contra sus labios, que eran cada vez más demandantes. Y Diana estaba desnuda, aunque él no era consciente de haberla desnudado del todo.

Oyó que Diana susurraba su nombre a través de sus labios entreabiertos y, por un momento, intentó aclarar sus pensamientos, separar los sueños de la realidad, pero era su cuerpo el que daba las órdenes.

Entonces sintió que estaba dentro de ella, arrastrado por sus fantasías y ajeno a toda razón.

8

La luz era tenue, gris. Diana abrió los ojos y solo vio sombras a su alrededor. Estaba en medio de la cama, acurrucada contra Caine. Aunque el rostro de este estaba enterrado contra su cuello, podía oír su respiración agitada y sentir el acelerado latido de su corazón contra el suyo. Tenía la piel caliente y, al igual que ella, ligeramente sudorosa. Ella hundía los dedos en su pelo y sentía el sabor de Caine en los labios. Sentía una agradable pesadez tanto física como mental, como si estuviera envuelta en miel caliente. Y su cuerpo todavía conservaba la huella de las caricias de Caine. En una repentina explosión, su cerebro recobró la razón.

Y con un rápido gemido de indignación, se separó de Caine y rodó hasta el borde de la cama.

—¿Cómo has podido?

Aturdido, Caine abrió los ojos y la miró fijamente.

—¡Me diste tu palabra! —comenzó a buscar su camiseta bajo las sábanas.

Vibrando todavía como ella, y tan estupefacto también como ella, Caine se pasó la mano por el pelo.

—Diana...

—Debería haber sabido que no podía confiar en ti —lo interrumpió. Se puso la camiseta y saltó de la cama. El cuerpo le cosquilleaba y sentía una agradable pesadez en las piernas—. ¡Solo Dios sabe cómo se me ha ocurrido confiar en que podrías mantener un pacto!

—¿Un pacto? —repitió Caine sin comprender.

—Quedamos en que tú te quedarías a tu lado de la cama y yo permanecería en el mío —le recordó con amargura—. ¡Tú y tus malditas murallas de Jericó!

Caine se frotó la cara.

—¿Es que te has vuelto loca?

—Supongo que sí, si no, no me puedo explicar cómo he podido pensar que tenías el mínimo sentido de la decencia.

—Espera un momento —bajo la tenue luz de la mañana, Caine podía ver poco más que la silueta de Diana y el brillo furioso de sus ojos. Pero podía sentir su propio enfado creciendo con tanta fuerza que terminó haciéndolo salir de la cama. Y su mal genio aumentó al notar una debilidad en las piernas que sabía producto de la anterior pasión.

—No me digas que espere un momento! —le espetó Diana, frotándose los brazos mientras empezaba a temblar—. Lo que has hecho ha sido despreciable.

Furioso y con un sentimiento que no quería reconocer como dolor, Caine repitió en un tono sobrecogedoramente bajo:

—Despreciable. Despreciable —mientras repetía la palabra, luchaba para no perder el control—. No parecías pensar lo mismo hace unos minutos.

Diana alzó inmediatamente la cabeza. No, minutos atrás no pensaba lo mismo porque solo tenía capacidad para sentir, para desear. Caine había sabido cómo actuar... había sido cariñoso, tierno, seductor...

—No tenías derecho! ¡No tenías ningún derecho!

—¿Que yo no tenía derecho? ¿Y que me dices de ti?

—Yo estaba medio dormida.

—¡Maldita sea, Diana, yo también!

Se pasó la mano por el pelo mientras luchaba contra aquella sensación de confusión y de furia. Intentando recuperar la calma, tomó sus pantalones y se los puso. Se sentía sobrecogedoramente culpable, culpable por haber llevado a Diana hasta un punto para el que todavía no estaba preparada. Y porque después de lo que habían hecho, había cambiado radicalmente la situación entre ellos.

—Mira, lo que ha sucedido no lo había planeado.

—Las cosas como esas no se limitan a suceder —temblando, agarró el edredón y se envolvió en él.

—Pues esto ha sucedido —insistió Caine entre dientes, mientras se ponía el jersey—. Ni siquiera sé cómo ha empezado —musitó. La miró a los ojos. Podía sentirse culpable, pero no estaba solo—. Y sé que tu has participado en esto tanto como yo.

La verdad le dolía, y la asustaba.

—Esperas que crea que no sabías lo que estabas haciendo? —le gritó—. ¿Que no habías planeado que esto sucediera?

Una irresistible oleada de furia le hizo abalanzarse sobre ella.

—¿Y por qué demonios no me culpas también de la tormenta? —le exigió—. ¿O de que solo hubiera esta... esta —hizo un gesto violento con el brazo— repugnante habitación? ¿O de que el colchón se hundiera hacia el centro?

—Sé perfectamente de qué tengo que culparte —dijo Diana—. Y también de qué debo arrepentirme.

La habitación se quedó en completo silencio, roto únicamente por el sonido de la respiración agitada de Caine y el rumor del radiador. Diana vio relampaguear algo en los ojos de Caine. Y, en medio de su confusión, agradeció la oportunidad de pelear.

—Tú estás tan arrepentida como yo —dijo Caine suavemente.

Sin decir una sola palabra más, abrió la puerta, permitiendo el paso a una ráfaga de viento y nieve, y salió dando un portazo.

Una vez sola, Diana se aferró con fuerza al edredón, pero seguía sintiendo un frío glacial en la piel. Era la humillación. La furia. Había confiado en Caine y él la había traicionado, la había engañado. La había hecho sentirse... maravillosa, viva, deseada...

Escapó de su garganta un sonido atragantado y se dejó caer en la cama. ¡No! ¡No!, se gritaba a sí misma. No debería haber sucedido. No podía permitirse el lujo de dejar que su vida fuera dominada por alguien que podía abandonarla en cualquier momento. No, otra vez no, se juró Diana, golpeándose la rodilla con el puño. Otra vez no.

Apenas estaba empezando a descubrirse a sí misma. Y en todas las facetas de su nueva vida estaba siempre presente Caine. Había sido él el que la había urgido a reconciliarse con Justin. Había sido él el que había dado una repuesta a sus problemas profesionales cuando había vuelto de Boston. Y en ese momento, estaba tentándola a abandonar sus últimas defensas, a dejar al descubierto todas sus emociones.

Si no tenía cuidado, podría terminar siendo como la mismísima Irene Walker, reflexionó. Cuando una mujer se dejaba llevar por sus sentimientos, era capaz de abrirse a cualquier cosa que un hombre hubiera decidido para ella.

Cerró los ojos y se mordió el labio. No podía permitírselo. Durante toda su vida, se había visto obligada a aceptar lo que los demás habían decidido para ella.

Había sido un error, se dijo a sí misma, un error que podría haber evitado si no hubiera bajado la guardia. Y tenía todo, el derecho del mundo a estar enfadada con Caine. El había explotado la situación, la había excitado cuando estaba medio dormida y completamente indefensa.

Pero en realidad no podía culparlo más que a sí misma, admitió. ¿Acaso no estaba también ella medio soñando cuando había deslizado las manos por su espalda desnuda? ¿O cuando había presionado su cuerpo contra el suyo? En el fondo de su mente, sabía exactamente lo que estaba haciendo, pero aun así, no había hecho nada para intentar detenerse. Y después le había echado la culpa a Caine porque era más fácil que admitir que había deseado hacer el amor con él.

Cerró los ojos con fuerza y se llevó la mano a la frente. Oh, ¿cómo podía haberle hablado de esa forma? ¿Cómo podía haberse comportado como una hipócrita indignada cuando él estaba tan abrumado como ella por lo ocurrido?

Se apartó el pelo de la cara y miró la habitación vacía. «Y ahora qué?», se preguntó. Le pediría disculpas. Se había equivocado y admitirlo era la única forma de superar su error. Al recordar sus duras palabras de acusación, supo que no podría culpar a Caine si la mandaba al infierno con sus disculpas.

Diana se levantó con un suspiro. Se daría una ducha y esperaría a que Caine regresara.

Dos horas más tarde, Diana caminaba por aquella agobiante habitación, atrapada entre la preocupación y el enfado. ¿Qué estaría haciendo Caine allí fuera?, se preguntó por enésima vez. Se asomó a través de las cortinas y vio que la nieve continuaba cayendo con la misma fuerza que el día anterior. Consideró una vez más la posibilidad de ir a buscarlo y una vez más se repitió que Caine era el único que tenía llave de la habitación.

No podía haber ido muy lejos de allí, se dijo a sí misma, mientras corría nuevamente las cortinas. En el aparcamiento, los coches estaban medio enterrados por la nieve. No veía ninguna señal de vida, solo aquella interminable cortina de nieve. Se imaginó a Caine sentado en el comedor, disfrutando de uno de sus

suculentos desayunos. Su irritación creció ante aquella imagen, especialmente porque su estómago insistía en recordarle que estaba vacío.

Caine lo estaba haciendo a propósito, decidió, mientras colocaba las cortinas en su lugar. Lo hacía para castigarla. El sentimiento de culpabilidad de horas antes había sido completamente derrotado por el resentimiento y un hambre mortal.

Furiosa y atrapada entre aquellas cuatro paredes rosas, Diana tomó el maletín y lo dejó en medio de la cama. No iba a perder el tiempo preocupándose por Caine MacGregor. Pondría al día sus papeles y esperaría a que amainara la tormenta. Y si Caine decidía no regresar, mejor para ella. Sacó el bloc y desahogó toda su frustración y su enfado en el trabajo.

Pasó casi otra hora hasta que Diana oyó la llave en la cerradura. Apartó el cuaderno y continuó sentada en medio de la cama mientras Caine entraba. Cubierto de nieve y con un humor similar al que lo acompañaba cuando había abandonado la habitación tres horas antes, Caine la miró y se quitó el abrigo.

La intención inicial de Diana de recibirlo con una disculpa estaba ya completamente anulada, y también la idea de ignorarlo.

—¿Dónde has estado? —le preguntó.

Caine dejó el abrigo empapado sobre la cómoda.

—La tormenta continuará hasta esta tarde —le informó brevemente—. Y no hay habitaciones vacías ni en este hotel ni en quince kilómetros a la redonda.

Diana volvió a sentirse culpable, sensación que desapareció en cuanto Caine se dejó caer en una silla y encendió un cigarro.

—¡No creo que hayas tardado tres horas en averiguarlo —estalló—. ¿Y no se te ha ocurrido pensar que yo estaba aquí encerrada?

Caine le dirigió una mirada que podría haber parecido apacible si su semblante no hubiera sido tan sombrío.

—¿No eras capaz de encontrar la puerta?

En un arranque de furia, Diana se levantó de la cama.

—¡Te has llevado la única llave que teníamos!

Caine se encogió de hombros, sacó la llave del bolsillo del pantalón y la dejó en la mesa.

—Toda tuya —le dijo mientras se inclinaba para sacar una bolsa del bolsillo de su abrigo—. He comprado un par de cepillos de dientes.

Diana tomó uno de ellos.

—Gracias —dijo con voz glacial. No se disculparía, pensó, aunque tuvieran que continuar encerrados un mes en aquella habitación—. Y puesto que parece que vamos a tener que pasar otra noche aquí encerrados, podríamos hablar de cómo nos las vamos a arreglar.

Caine luchaba contra la furia que bullía nuevamente en su interior. Si perdía la paciencia, se advirtió, probablemente terminaría estrangulándola.

—Haz los arreglos que consideres convenientes —le dijo fríamente—. Yo voy a afeitarme —tomó la bolsa y se levantó.

—Espera un momento —Diana posó la mano en el pecho de Caine cuando este comenzó a alejarse—. Antes tenemos que arreglar esto.

El frío de los ojos de Caine se transformó rápidamente en fuego.

—No me presiones, Diana.

—¡Presionarte! —replicó—. ¿Crees que puedes darme la espalda tranquilamente, diciendo que te vas a afeitar, después de lo que ha pasado esta mañana? ¿Y crees que voy a quedarme aquí, encogiéndome ligeramente de hombros como si solo hubiera sido un pequeño error?

—Eso —respondió él, agarrándola por la muñeca—, sería lo más inteligente.

—Pues a mí no me lo parece. Y no vas a ir a afeitarte ni a hacer ninguna otra cosa hasta que no oigas exactamente lo que tengo que decirte.

—Ya he oído todo lo que tenía que oír esta mañana —le dio un empujón, no demasiado amable, y comenzó a caminar hacia el baño.

—No te atrevas a huir de mí de esa forma! —perdiendo completamente la paciencia, Diana lo agarró del brazo.

—¡Ya he tenido suficiente! —Caine dio media vuelta y la agarró por los hombros con tanta fuerza que la hizo gemir alarmada—. ¡No tengo por qué soportar esto! —gritó—. No voy a quedarme tranquilamente aquí mientras me acusas de haber urdido los más viles planes para que te acostaras conmigo. No necesito

ningún plan, ¿lo comprendes? Podría haberme acostado contigo media docena de veces sin necesidad de elaborar ninguna estratagema —la sacudió con dureza—. Los dos lo sabemos. Maldita sea, yo te deseaba y tú me deseabas, pero tú no tienes suficientes agallas para admitirlo.

Con los ojos ardiendo de furia, Diana se liberó de sus manos.

—No me digas lo que tengo que admitir o dejar de admitir! Esta mañana estaba dormida

—¿Y ahora estás despierta?

—Sí, maldita sea. Ahora estoy despierta y

—Bien.

Con un rápido movimiento, Caine la agarró entre sus brazos y se apoderó de sus labios con un beso salvaje. Oyó sus protestas amortiguadas contra sus labios, pero continuó besándola con más fuerza.

Quería castigarla, quería liberar el enfado y la tensión que habían ido cimentándose en su interior desde aquella mañana. Pero al besarla pensó en lo mucho que la deseaba, y ya no fue capaz de pensar en ninguna otra cosa.

Mientras hundía los dedos en sus hombros, la separó ligeramente de él. Con la respiración agitada, se miraron el uno al otro. Diana sentía el deseo palpitando en su interior, pidiendo ser liberado. Sacudió la cabeza, como si pretendiera negarlo, pero como si de una avalancha se tratara, este ya se estaba abriendo paso en sus entrañas. Rindiéndose a aquel deseo incontenible, Diana buscó sus labios y tomó lo que tanto ansiaba.

No hubo caricias delicadas y somnolientas en aquella ocasión. Ambos estaban despiertos, voraces, hambrientos de los labios del otro como si hubieran pasado años desde la última vez que habían saboreado las mieles del placer. Estrechándose el uno contra el otro, retorciéndose contra la barrera de sus ropas, se tumbaron en la cama. La furia se había transformado en pasión y la pasión en una urgencia irrefrenable.

Impaciente, Diana le quitó el jersey a Caine y de su garganta escapó un sonido ronco y profundo mientras buscaba sus músculos. Desesperada, se tumbó sobre él y buscó ávidamente su boca. Todos los deseos que había negado, todos los deseos que había reprimido estallaron en una violenta explosión. No podía saciarse de él.

Había sabido, casi nada más conocerlo, que él sería el único capaz de abrir la última puerta que con tanto empeño había mantenido cerrada.

Libertad. Gemía con toda la fuerza de aquella intensa y casi dolorosa sensación mientras mordisqueaba su labio, queriendo enloquecerlo como él la enloquecía a ella. Y cuando comenzó a tirar de sus pantalones, Caine gimió, se colocó nuevamente sobre ella y la hundió contra el colchón.

Como amante, no era menos de lo que Diana esperaba: increíblemente vital y excitante. El amor que habían compartido aquella mañana había sido una breve muestra de lo que podía llegar a hacer Caine. Algo salvaje crecía en el interior de Diana, una fuerza latente a la que siempre había temido y que por fin se rebelaba. Con ella, no había reglas. Su cuerpo estaba liberado, palpitaba y se arqueaba, fluía como el viento caliente mientras Caine la desprendía frenéticamente de sus ropas. Oyó una risa ronca que no reconoció como suya cuando Caine maldijo al encontrarse con la última barrera de seda que los separaba.

Como si hubiera enloquecido con aquel sonido, Caine estrujó sus labios mientras, con mano impaciente, intentaba quitarle la camiseta. Y la respuesta de Diana fue igualmente impaciente, idénticamente turbulenta.

Aquellas demandas desesperadas, aquel frenético desafío, parecían propios de una batalla. Caine la recorría con sus manos y ella se estrechaba contra él, retándolo a tomar todo lo que pudiera. Diana oía su respiración entrecortada, jadeante como la suya, mientras Caine buscaba sus senos para devorarlos hambriento hasta que ambos perdieron el control.

La pasión ya era fuego que ardía en su piel. La seda desapareció y Caine cubría su cuerpo con las manos y la boca, deteniéndose solamente para mostrarle nuevas y sorprendentes fuentes de placer.

Diana gritó cuando Caine buscó el centro de su feminidad; pero fue un grito sordo, ahogado, como un gemido amortiguado. Su cuerpo estaba húmedo y se movía con una agilidad nacida del instinto. La excitación la hacía levantarse, inclinarse, y crecía y crecía, haciéndose cada vez más fuerte. Y mientras la almizcleña esencia de la pasión giraba en su mente, no era consciente de sus propias demandas. La realidad había desaparecido para ser reducida a un solo hombre, a un solo deseo. Sentía el nombre de Caine mecidiéndose en sus temblorosos labios, pero sus palabras se convirtieron en un jadeo ininteligible cuando Caine la arrastró hasta la cima del placer.

Después sus bocas se fundieron otra vez y mientras Diana lo rodeaba con los brazos, él la llevó hasta los últimos límites de la razón.

Luchando contra la pesadez de los párpados, abrió los ojos y descubrió su reflejo mirándola desde el espejo que había sobre la cama. Tentativamente, extendió los dedos sobre la espalda de Caine y observó el movimiento en el espejo. Qué oscura parecía la piel de su mano contra su piel, pensó.

Era extraño ver su cuerpo moverse al mismo ritmo que la respiración que ella podía sentir. Deslizó nuevamente la mano por su espalda y observó los músculos tensándose bajo ella. Fuertes músculos, pensó con un cosquilleo de placer. Suspirando, hundió los dedos en su pelo.

Caine hizo un sonido de impaciencia y empezó a incorporarse. Pero ella protestó y lo retuvo entre sus brazos.

—Diana —Caine alzó la cabeza, la miró fijamente y se echó hacia un lado—. No pretendía que fuera esto lo que sucediera. Supongo que es una excusa muy débil después de lo que ha pasado esta mañana, pero...

—Caine —Diana se estiró para colocarse otra vez sobre su pecho—, siento las cosas que he dicho esta mañana. No tenía razón y lo sabía cuando estaba gritándote, pero no podía parar. Si me hubiera detenido, habría tenido que admitir que te deseaba —dejó caer la cabeza sobre su hombro y cerró los ojos con fuerza.

Con un largo suspiro, Caine acarició su pelo.

—No pretendía tocarte cuando he vuelto a la habitación.

Diana rió suavemente mientras presionaba la cabeza contra su hombro.

—Y yo pretendía disculparme cuando volvieras.

—Me parece —susurró Caine—, que esto ha sido una idea mucho mejor que la que cada uno de nosotros tenía, Diana sus ojos volvieron a encontrarse—. Nunca he deseado a nadie como te deseo a ti. No quería hacerte daño, ¿me crees?

Diana abrió la boca para decir algo, pero sabía que Caine nunca podría comprender sus dudas y sus miedos.

—No me hagas preguntas ahora —le pidió, acariciando sus labios.

Luchando contra las ganas de insistir, Caine la estrecho contra él.

—Por ahora —respondió, y encontró una inesperada fuente de placer en permanecer simplemente tumbado a su lado—. ¿Sabes? —comenzó a decir con la mirada clavada en el techo—, está empezando a gustarme esta habitación. Al fin y al cabo, tiene unas vistas fascinantes.

Diana siguió el curso de su mirada y sonrió.

—La próxima vez que me pidas una moneda para ver la televisión, no te la daré —en su reflejo, lo vio arquear las cejas con expresión interrogante—. No.

—De acuerdo —se colocó sobre ella—. Siempre he preferido ser actor antes que espectador.

—Caine —Caine le mordisqueaba el cuello y ella inclinó la cabeza para acomodarse a él—, odio sacar un tema tan mundano... pero estoy hambrienta.

—Mmm —deslizó los labios por su barbilla y descendió hacia su hombro.

—Seriamente hambrienta.

—¿Cuánto?

—Hasta el punto de estar dispuesta a arriesgarme con otra de esas hamburguesas.

—Estás realmente desesperada —musitó y, con un gemido, se echó hacia un lado—. D acuerdo, te compraré otra.

—Gracias —contestó ella secamente y se sentó. El momento de contacto entre ellos había desaparecido; Diana había detectado cierta tensión. Era una tonta; ya era una mujer adulta y hacer el amor era algo que formaba parte de la vida—. Iré contigo.

—Afuera hace un tiempo tan terrible como ayer —respondió Caine mientras buscaba sus pantalones.

Por qué habría sentido el deseo de recomponer la situación otra vez, de asegurarle a Diana y asegurarse a sí mismo que nada había cambiado? Todo había cambiado en realidad.

—Me gustaría salir un rato de esta habitación. El rosa está empezando a darme claustrofobia.

Caine se puso el jersey.

—De acuerdo, desayunaremos en el escenario del crimen —arqueó una ceja mientras Diana examinaba el estado en el que había quedado su camiseta—. Supongo que vas a decirme que te debo una.

—Podría llevarte a los tribunales por lo que has hecho —bromeó Diana, poniéndose la blusa sin nada debajo.

Caine soltó una carcajada y agarró a Diana por la cintura.

—Merecería la pena solo por oírte declarar —cuando Diana inclinó la cabeza y le sonrió, Caine sintió una oleada de emoción demasiado fuerte para resistirla. Era el deseo, se dijo a sí mismo, casi desesperadamente. Solo deseo—. Oh, otra vez —musitó, antes de que sus labios se fundieran.

Diana detuvo la mano con la que estaba abrochándose la blusa e inclinó la cabeza hacia atrás con gesto de sumisión, pero su boca tomó la de Caine con agresividad. A través de sus labios entreabiertos escapó un suspiro de placer que pareció saltar hasta su corazón y expandirse por todo su pecho. Aquella vez el beso de Caine fue infinitamente delicado, pero parecía estar pidiendo algo más que pasión. Cuando se separaron, Diana tuvo que pestañear para aclarar su mirada.

—¿Caine? —dijo en tono interrogante. Quería decirle o preguntarle algo? ¿O ella era misma la que estaba haciendo preguntas?

Caine retrocedió, se sentía incómodo con la sensación de inseguridad que Diana había despertado en él.

—Estoy en posición de pedirte que te vistas otra vez —sonrió, pero había tensión en sus ojos—. En caso contrario, no seré responsable de lo que ocurra con tu apetito.

Con dedos temblorosos, Diana terminó de abrocharse la blusa.

—Creo que te gusta confundirme —musitó—. Cambias constantemente de humor..

—A veces a mí también me despistan mis cambios de humor —dijo él, casi para sí. Cuando Diana lo miró a los ojos, él sofocó conscientemente su propia tensión. Diana era vulnerable y él no estaba seguro de poder asumir esa responsabilidad—. Quizá me guste mantenerte en el mismo estado en el que yo me encuentro.

Diana le dirigió una de sus largas miradas antes de sonreír.

—¿Te confundo, Caine?

Caine la miró a los ojos mientras e ponía los zapatos. Algo vibraba en la habitación, algo que ambos tenían mucho cuidado de no advertir.

—En este momento declino contestar esta pregunta.

—Interesante —Diana se abrochó la cremallera de la falda—. Eso me lleva a asumir que sí —se puso el abrigo—. Y creo que me gusta.

—Necesitarás los guantes —fue todo lo que dijo Caine mientras se guardaba la llave de la habitación.

En el momento en el que salieron, Diana contuvo la respiración ante la fuerza y el frío del viento. Los copos de nieve eran más pequeños, pensó mientras se aferraba con fuerza al brazo de Caine, pero el viento hacía peligroso estar fuera. Aun así, al mirar a su alrededor, incluso el desvencijado motel parecía más limpio y pintoresco cubierto por el manto blanco de la nieve.

—No está tan mal este lugar —comentó, mientras luchaba contra el viento.

—Y después de pasar un rato fuera, te aseguro que tiene mucho mejor aspecto.

Había un pequeño camino entre la nieve abierto por los clientes del motel en sus idas y venidas al comedor. Aun así, la nieve le llegaba a Diana por las rodillas. En un par de ocasiones tuvo que agarrarse a Caine para no caerse.

—¿Estás segura de que no quieres esperarme en el motel? —le gritó Caine al oído.

—¿Estás bromeando? —alzó el rostro, contra la nieve—. ¿Ese es el comedor? —con la mano libre, señaló un edificio con unos potentes focos que resplandecían contra la nieve.

—Sí, y están haciendo un buen negocio con la tormenta. Nuestro «motel» tiene treinta y cinco habitaciones y están todas llenas.

—Eres toda una fuente de información. Dios mío —exclamó, antes de que Caine pudiera contestar—, creo que podría comerme dos hamburguesas.

—Habaremos de tus tendencias suicidas cuando estemos dentro. Y ahora, cuidado —la agarró del brazo para guiarla. Por aquí hay unos escalones enterrados en la nieve.

Diana cruzó la puerta casi sin respiración cuando Caine se adelantó para abrirla. Los recibió un fuerte olor a aceite, con una mezcla de tabaco y algo que podía ser beicon. Había algunas mesas de plástico distribuidas a lo largo y ancho de la habitación, con sillas con asientos de vinilo y manteles de papel. Al final de la sala, había un mostrador con varios taburetes, casi todos ellos ocupados por mujeres que se volvieron rápidamente a ver a los recién llegados.

Detrás de la barra, diferentes letreros anunciaban las especialidades del comedor.

—¿De vuelta otra vez? —una camarera regordeta le dirigió a Caine una sonrisa—. Y esta vez viene con una dama. Entra y caliéntate un poco —le dijo a Diana—. Estoy segura de que te apetece un café.

—Sí, me encantaría —aquel amable recibimiento la hizo olvidarse inmediatamente de lo cargado que estaba el ambiente.

—Mientras dure, habrá café para todos —proclamó la camarera, colocando dos platos y dos tazas en el mostrador—. Yo soy Peggy. Sentaos y disfrutad del café. ¿Tenéis hambre?

—Estoy muerta de hambre —dijo Diana mientras se sentaba en un taburete, al lado de un hombre de aspecto nervioso.

—Hoy tenemos sopa de verduras —le explicó Peggy mientras le tendía la carta, escrita a mano—. Lleva toda la mañana al fuego.

—Eso suena bien —decidió Caine, mirando a Diana de reojo.

—Sí, para empezar —confirmó ella, mordiéndose el labio mientras estudiaba la carta.

—Dos platos de sopa, Hal —gritó Peggy a través de la puerta de la cocina—. Y los sándwiches de beicon, tomate y lechuga también está muy buenos hoy —añadió.

—Sí, también suena bien —Diana cerró la carta y se acercó el recipiente de la leche mientras esperaba el resto de la comida.

Caine se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—Come todo lo que quieras. Para esta noche nos llevaremos barritas dulces y unas latas de refresco.

—Eres tan listo —musitó Diana mientras se volvía para besarle en los labios.

—¿Sois de la ciudad? —preguntó Peggy mientras volvía a llenar la taza de café del hombre que estaba al lado de Diana.

—De Boston —le contestó Caine, encendiendo un cigarrillo. Al oír un sonido de consternación detrás de Diana, se volvió.

—Charlie también iba hacia Boston —le explicó la camarera, dándole al hombre una cariñosa palmadita—. Con su mujer —se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y le guiñó el ojo a Caine.

—Se suponía que ayer empezábamos nuestra luna de miel —murmuró Charlie, con la mirada fija en el café—. En cuanto vio la habitación del motel, Lori se echó a llorar.

—Oh —Diana sonrió comprensiva—, supongo que no era exactamente lo que se esperaba.

—Habíamos reservado una habitación en el Hyatt —alzó la cabeza entonces—. Lori es muy sensible.

—Sí, estoy segura —Diana miró a aquel hombre de aspecto impotente sin saber qué hacer—. Bueno, quizá pueda poner la habitación un poco más... romántica.

—¿Esa habitación? —Charlie soltó un bufido y volvió a concentrarse en su café.

—Velas —sugirió Diana con repentina inspiración mientras les llegaba el plato de sopa al mostrador—. Quizá alguien tenga velas.

—Claro que sí, en el almacén tenemos bastantes —dijo Peggy, dispuesta a colaborar—. ¿A tu mujer le gustan las velas, Charlie?

—Quizá —farfulló, pero continuaba con el ceño fruncido.

—Claro que sí —Diana revolvió la sopa mientras lo observaba—. ¿A qué mujer no le gustan las velas? Y las flores añadió—. ¿Podremos conseguir también flores?

—Tenemos algunas flores de plástico —contestó la camarera con entusiasmo—. Las usamos en Navidad.

—Maravilloso.

—¿Cree que le gustarán? —le preguntó Charlie a Diana.

—Creo que conseguirá conmovérla.

—Bien...

—Voy a buscarlas —Peggy se secó las manos en el delantal y se dirigió hacia el almacén.

Charlie se inclinó entonces hacia Caine.

—¿Y a usted qué le parece?

Haciendo un serio esfuerzo para mantener el semblante serio, Caine alzó la mirada de su sopa.

—En asuntos como estos, prefiero que sea una dama la que opine.

—Adelante, chico —lo animó alguien que estaba en la barra—, Inténtalo.

—Sí —se levantó con repentina decisión, justo en el momento en el que llegaba Peggy con los brazos llenos.

—Aquí tienes, cariño —Peggy le pasó tres velas con sus correspondientes fundas de plástico y varias flores—. Vas a arreglar tu luna de miel, cariño. Estoy segura de que tu mujercita se va a sentir mucho mejor.

—Gracias —sonrió a Diana mientras se guardaba todas esas cosas en los bolsillos—. Muchas gracias.

—Buena suerte, Charlie —le respondió Diana, y comenzó a comer. Al advertir la mirada de Caine, arqueó una ceja—. Creo que era un hambre muy dulce.

—No he dicho una sola palabra.

—No hace falta que digas nada, cínico —como Caine sonrió de oreja a oreja, Diana volvió a concentrarse en la comida. Cómete la sopa. Algunas personas —anunció altanera—, apreciamos el valor de lo romántico.

—¿Debería pedir otra botella de vino? —musitó él, llevándose la mano de Diana a los labios.

—No te atrevas —riendo, se inclinó hacia él y le dio un beso en los labios.

9

Diana trabajaba tranquilamente en su escritorio, frente al alegre fuego de la chimenea. Había dedicado al caso Walker varias horas de meticulosa investigación. Tenía la sensación de que aquella historia era casi un tópico. Irene Walker acababa de salir del instituto cuando se había casado. Nunca había trabajado, pues su marido no se lo había permitido. Se había quedado en casa, dedicada a hacer más cómoda la vida de su esposo. Y cuando su matrimonio estaba a punto de romperse, Irene se encontraba de pronto con un niño pequeño del que cuidar y ninguna preparación para ganarse la vida. Diana quería intentar que fuera compensada por aquellos cuatro años que había dedicado a trabajar de ama de casa. Y, el hecho de que hubiera sido víctima de malos tratos, hacía que estuviera decidida a que su cliente recibiera justicia.

Lo iba a conseguir, se dijo satisfecha mientras cerraba el código. Conseguiría que George Walker pagara por lo que había hecho. Ya solo faltaba que Irene estuviera dispuesta a ir al psicólogo...

Sacudió la cabeza y se recordó a sí misma que tenía que poner freno a su relación con sus clientes. Emocionalmente, ya se había involucrado excesivamente con el caso de Chad Rutledge; y no podía permitirse ese lujo.

Chad, pensó, llevándose las manos a los ojos cansados. Para él las cosas no iban a ser tan sencillas como para Irene Walker. Diana ya había llamado a la mitad de los nombres que aparecían en la lista que le había entregado. Y, de momento, ninguno de sus amigos o de los amigos de Beth podía aportar prueba alguna. Necesitaba algo, se dijo, tirando disgustada el bolígrafo sobre la mesa. Tenía que ir al juicio con algo más que la historia de Chad y sus propios sentimientos. Si pudiera conseguir que Beth declarara...

Se inclinó hacia atrás en la silla y fijó la mirada en el techo mientras pensaba en aquel caso. Una jovencita guapa, rubia, delicada; buena estudiante y perteneciente a una familia adinerada. Y él un chico duro, astuto, con una actitud beligerante y un carácter fuerte. Si el juicio iba a consistir en la palabra del uno contra el otro, Diana tenía pocas dudas de cuál iba a ser la sentencia. Estaban además las pruebas médicas, la condición de Beth cuando había sido admitida en la sala de urgencias del hospital y la admisión de Chad de que había estado con ella. No, no podía presentarse ante el tribunal con una historia de amor y esperar que funcionara. Sobre todo cuando confiaba tan poco en su cliente.

Por supuesto, era inocente, pensó Diana con el ceño fruncido. Eso no lo dudaba. Pero tenía miedo de que perdiera la cabeza si la veía presionando demasiado a Beth y terminara confesando su culpa ante el tribunal.

Con un suspiro de cansancio, Diana se recordó a sí misma que todavía le quedaban algunos nombres en la lista de contactos que Chad le había proporcionado. Había dos a los que les faltaba el apellido, lo que significaba que tendría que ir a la universidad a hacer de detective. Quién había dicho que la abogacía consistía en encerrarse entre libros?, pensó, y consiguió sonreír por primera vez en más de una hora.

—¿Diana?

Diana alzó la mirada de sus libros.

—¿Sí, Lucy?

—Me voy, a menos que me necesites para algo —encontró una hebra colgando de la manga de su vestido, se la enrolló en un dedo y la arrancó—. Caine se ha ido hace media hora a una reunión, pero ha dicho que pasaría por aquí antes de ir a casa.

—Oh —Diana, que tenía la mirada clavada en el fuego, no advirtió la mirada especulativa de Lucy—. No, Lucy, puedes irte a casa. Yo todavía tengo algunas cosas que hacer; cerraré yo la oficina.

—¿Quieres que te haga un café antes de irme?

—¿Hmm? Oh, no —sonriendo, alzó la mirada—. No, gracias, que pases una buena noche:

—Y tú también —respondió Lucy, dirigiéndole una significativa mirada antes de dar media vuelta—. Y dile a Caine que le he dejado un mensaje en su escritorio.

—De acuerdo.

Diana se quedó mirando fijamente la puerta. Lucy, decidió, era mucho más astuta de lo que su plácido rostro indicaba. Y ella que pensaba que había sido tan discreta, se dijo con una pesadosa sonrisa. Había trabajado codo a codo con Caine manteniendo un tono educado y amistoso, como si su relación con él fuera únicamente de trabajo. Pero al parecer, Lucy había advertido algo: una mirada, un gesto, un tono de voz,

quizá. Diana se preguntó si habría sido realista al pensar que podía mantener en secreto su relación. Y también, por qué le había parecido necesario que así fuera.

Se acercó pensativa a la chimenea. El fuego ardía tranquilamente en ese momento y las brasas iban acumulándose en el hogar. Se agachó y añadió un tronco a la chimenea; el fuego siseaba y crepitaba mientras lo envolvía en sus violentas llamas. Así habían sido sus propios sentimientos, se dijo Diana: discretos y apacibles hasta que Caine había entrado en su vida. Elle había enseñado lo que era arder de pasión. Cuando estaba a su lado, le resultaba completamente imposible mantener la calma y el control. Y la asustaba, la asustaba terriblemente la capacidad de Caine para hacerle desearlo de una forma tan desinhibida. Caine y su capacidad para hacerle pensar en él en los momentos más extraños.

A su lado, los sentimientos parecían fluir sin esfuerzo. Y eso era algo nuevo para Diana, que había sido educada para reprimir cualquier pasión. Incluso en aquella etapa de su vida en la que podía dar rienda suelta a sus sentimientos, se sentía muy distinta de Caine. Ella nunca tendría su espontaneidad. Diana lo envidiaba, pero no terminaba de comprenderlo. Entendía, sin embargo, que Caine podía dominar a cualquiera con la única fuerza de su personalidad.

Quizá por eso había insistido ella en mantener su relación a un nivel puramente profesional durante las horas de trabajo. Diana necesitaba saber que en aquellas horas tenía un completo control sobre sus acciones, sobre sus pensamientos y sus emociones.

Iba a enamorarse de él como no tuviera cuidado, pensó con un repentino ataque de pánico. Se mordió el labio inferior e intentó pensar con claridad, pero descubrió, como le pasaba a menudo cuando intentaba razonar sobre lo que sentía por Caine, que la lógica no servía de nada en aquel tema.

Deseaba que hubiera alguna forma de escapar de él. Y al mismo tiempo, deseaba que Caine regresara para poder estar con él.

Con un sonido de enfado, se apartó del fuego. Oyó entonces que sonaba el teléfono del despacho de Caine. Una mirada al reloj le indicó que eran las seis de la tarde, lo que significaba que la oficina debía estar cerrada. Se encogió de hombros, y se acercó al despacho de Caine a contestar.

—Despacho de Caine MacGregor —dijo, mientras buscaba el interruptor de la lámpara.

—¿Todavía no ha vuelto? —tronó una voz.

—No, lo siento —Diana tomó un bolígrafo y se sentó en la silla de Caine—. En este momento no está en su despacho, ¿quiere dejarle algún recado?

—¿Dónde se habrá metido ese chico! —la exasperación de su interlocutor llegaba claramente a través del cable, tan claramente, de hecho, que Diana tuvo que separar el auricular varios centímetros de su oreja—. Llevo toda la tarde intentando localizarlo.

—Lo siento, el señor MacGregor está ahora mismo en una reunión. ¿Quiere que le diga que lo llame mañana?

—Ese maldito chico nunca puede estarse quieto.

—¿Perdón?

—¡Ja!

Diana arqueó las cejas al oír aquella exclamación.

—Estaré encantada de poder darle cualquier recado de su parte.

—No eres Lucy, ¿verdad? —declaró el hombre de pronto—. ¿Dónde diablos está Lucy?

Divertida, y un poco perpleja, Diana dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—Lucy ya ha terminado de trabajar. Yo soy Diana Blade, si hay algo que...

—¡La hermana de Justin! —la interrumpió la voz con un rugido—. ¡Maldita sea! Ah, llevo tiempo queriendo tener unas palabritas contigo, muchacha. He oído decir que estás trabajando con Caine.

—Sí —frunció el ceño, cada vez más aturdida—. ¿Conoce a mi hermano?

—¿Que si lo conozco? —estalló en carcajadas—. Por supuesto que lo conozco, muchacha. Dejé que se casara con mi hija.

—Oh —en cuanto comprendió lo que estaba pasando, Diana se recostó en la silla. ¡Ya le habían advertido el carácter que tenía Daniel MacGregor!—. ¿Cómo está, señor MacGregor? He oído hablar mucho de usted.

—¡Ja! —bufó—. ¿No habrás hecho caso de lo que dice mi hijo, verdad?

Diana soltó una carcajada mientras jugueteaba con el cable del teléfono, sin ser siquiera consciente de que se estaba relajando por primera vez en veinticuatro horas.

—Caine habla muy bien de usted, señor MacGregor. Y siento que no haya podido localizarlo.

—Hmm, bueno —se interrumpió mientras comenzaba a cobrar forma una idea en su cabeza—. Así que tú también eres abogada, ¿verdad?

—Sí, estudié en Harvard pocos años después que Caine.

—Qué pequeño es el mundo. Rena me ha dicho que te pareces mucho a Justin. Buena marca.

—Ah... bueno —Diana se interrumpió, un tanto desconcertada por la frase.

—Bien, la sangre es una cuestión importante, ¿no te parece?

—Sí, supongo que sí.

—No lo supongas, muchacha, hay que mantener el linaje. Dentro de poco será mi cumpleaños —anunció de pronto.

—Felicidades.

—Yo no quiero montar mucho lío —comenzó a decir con aparente despreocupación—, pero a mi mujer le encantan las fiestas. Y no quiero desilusionarla.

—No —se mostró de acuerdo Diana y empezó a sonreír—, por supuesto que no.

—Ella echa mucho de menos a los chicos. Sí, cada uno de ellos ha volado ya en su dirección —dijo con voz entristecida—, y todavía no tenemos nietos.

—Ah... —contestó Diana, incapaz de decir nada mejor.

—Unos cuantos nietos a los que mimar durante el invierno —continuó diciendo con un suspiro—. ¿Pero cuando piensan los hijos en las necesidades de los padres? Eso me gustaría saber a mí.

—Bueno...

—Anna quiere que vengan todos su hijos la semana que viene —la interrumpió—, que se reúna toda la familia. Y queremos que vengas con Caine.

—Gracias, señor MacGregor, yo...

—Daniel, muchacha, llámame Daniel; al fin y al cabo ya eres parte de la familia —Daniel esbozó una misteriosa sonrisa. A los MacGregor les gusta cuidar de los suyos.

—Sí, estoy segura —musitó Diana y se echó a reír—. Me encantaría ir a su cumpleaños, señor MacGregor.

—Bien, entonces todo arreglado. Dile a Caine que su madre quiere que venga el viernes por la noche. Así que también eres abogada, ¿eh? Eso es muy conveniente, mucho, sí. Hasta el viernes por la noche, Diana.

—Sí —Diana fijó la mirada en el escritorio de Caine, nuevamente confundida—. Buenas noches, Daniel.

Colgó el teléfono con la sensación de que se había mostrado de acuerdo en algo completamente diferente a pasar un fin de semana en Hyannis Port. Se reclinó en la silla y pensó en aquella conversación. Al parecer, pensó, Daniel MacGregor era tan excéntrico como su leyenda proclamaba.

Se preguntaba cuánto se parecería Caine a su padre. Desde luego, Caine había heredado la capacidad de su padre para dominar una conversación. Y también había algún parecido en su risa. Si no hubiera estado tan despistada nada más descolgar el teléfono, habría reconocido al patriarca de los MacGregor por la peculiar forma de pronunciar las erres que delataba su origen escocés. ¿Y qué diablos habría querido decir con eso de la marca?

Al oír que se abría la puerta principal, Diana se levantó del escritorio y salió a las escaleras.

—Hola.

Caine, que estaba colgando el abrigo en el perchero del vestíbulo, alzó la mirada.

—Hola.

Diana reconoció inmediatamente el cansancio en su voz y bajó a su encuentro.

—¿Cómo te ha ido?

—He estado tres horas con Ginnie Day.

Diana no necesitaba que le dijera nada más. Alzó las manos e intentó aliviar la tensión de sus hombros.

—No te gusta, ¿verdad? —dijo, mientras Caine dejaba escapar un suspiro.

—No, no me gusta —se estiró bajo las manos de Diana—. Es una mujer mimada, egoísta y vanidosa. Tiene la educación de una mocosa de cinco años.

—Debes haber pasado una tarde muy agradable —murmuró Diana, Caine rió y le agarró las muñecas.

—No tiene por qué gustarme, solo tengo que defenderla. Aunque sería más fácil que ella misma no fuera la mejor arma del fiscal. Va a ser imposible que el jurado la vea como la víctima digna de compasión.

—Tendrás que intentar convencer al juez —comentó Diana mientras estudiaba su rostro.

En los labios de Caine apareció una sonrisa y asintió mostrando su acuerdo.

—Sí, preferiría tener que vérmelas solo con el juez. Y cuando se lo he dicho a Ginnie, ha tenido un arranque de genio y me ha echado —se echó a reír al ver la expresión de Diana, le enmarcó el rostro con las manos y la besó—, durante cinco minutos. Es posible que sea una maleducada, pero no es una estúpida.

—Quizá hubiera sido mejor que te hubieras ido definitivamente cuando te ha despedido.

—¿Tú crees?

—No, pero a mí me habrían entrado ganas de hacerlo. ¿Ya has terminado de trabajar?

—Sí —deslizó las manos hasta la cintura de Diana y la atrajo hacia él—. Absolutamente.

—Entonces ponte el abrigo —le ordenó en un impulso que semanas atrás a ella misma la habría sorprendido—. Voy a llevarte a cenar. Y después —añadió, mientras descolgaba el abrigo de su percha—, te llevaré a mi casa.

—¿De verdad?

—De verdad. Toma —le tendió su abrigo muy seria.

Caine la miró, advirtiendo que sus ojos reflejaban tanta confianza como sus palabras.

—Me gusta tu estilo, abogada.

—MacGregor —respondió ella mientras se abrochaba el abrigo—, todavía no has visto nada.

Diana abrió la puerta de su apartamento; el frío había teñido de rubor sus mejillas y llevaba en la mano una botella de champán. La cena había servido para relajarlos y desplazar tanto a las exigencias del trabajo como a aquellas personas cuyos problemas dominaban tantas horas de su vida al fondo de sus respectivas mentes. En aquel momento eran simplemente un hombre y una mujer con sus propias vidas y problemas.

—Voy a buscar las copas —declaró Diana, tendiéndole la botella a Caine.

Caine miró la etiqueta.

—Supongo que no pretenderás embotarme la cabeza con champán...

Diana regresó con dos copas.

—Puedes contar con ello —contestó, sonriente—. ¿Por qué no la abres?

Arqueando una ceja, Caine arrancó el papel de aluminio que cubría el tapón.

—Es posible que no sea tan fácil de manipular como te crees.

—¿Ah no?

Diana dejó las copas en la mesa y deslizó las manos por el pecho de Caine. Aquella vez, quería demostrarle sus propias fuerzas. En aquella ocasión, llevaría ella las riendas. Mordisqueó suavemente el labio inferior de Caine y le desató el nudo de la corbata. Cuando sintió sus brazos a su alrededor, echó la cabeza hacia atrás.

—¿Qué me dices del champán?

—¿No lo hemos bebido ya? —preguntó Caine.

Diana rió y atrapó el final de la corbata de Caine con el pulgar y el índice.

—No —lentamente, le quitó la corbata. Sintió una intensa emoción ante aquel gesto y se preguntó si Caine habría sentido algo parecido—. ¿Por qué no sirves las copas? —murmuró, mientras le desataba los tres primeros botones de la camisa—. Yo iré a poner algo de música.

—Creo —comentó Caine quedamente, mientras llenaba las dos copas—, que voy a tener serios problemas.

Con una risa que fue poco más que un suspiro, Diana se acercó de nuevo a él.

—Sí, tienes serios problemas —tomó la copa, se sentó en el sofá y tiró de Caine para que se sentara a su lado—. Problemas muy serios —añadió, mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

—Quizá debería ponerme completamente en tus manos —volvió la cabeza y buscó sus labios, pero Diana solo le permitió un beso fugaz.

—Eso es exactamente lo que pienso —acercó el borde de su vaso al suyo y bebió—. ¿Alguna vez te he dicho comenzó a decir mientras acariciaba los rizos que cubrían la oreja de Caine—, que me fascinas?

—No. ¿Y es cierto? —Caine alzó la mano para atraerla hacia él, pero Diana se la atrapó.

—Sí —lentamente, se llevó la mano de Caine a los labios, presionando su palma contra ellos. Aquella vez iba a ser toda una mujer, solo una mujer—. Manos fuertes —mirándolo a los ojos, besó uno a uno sus dedos—. Una de las primeras cosas que me llamaron la atención cuando te conocí, fue que tus manos no eran las manos suaves de un abogado que me esperaba. Y me pregunté lo que sentiría al ser acariciada por ellas —entrelazó los dedos con los suyos y se llevó la copa a los labios.

Caine la miró, sintiendo cómo crecía el deseo dentro de él. Lo estaba hechizando. Hasta entonces no sabía que pudiera hacerlo y se sentía ardiendo de deseo y extrañamente débil al mismo tiempo. Bajo aquella tenue luz, los ojos de Diana eran dos pozos oscuros y misteriosos, y conservaban la seductora languidez que lo había agitado desde el primer momento.

—Diana...

—Después me fijé en tu boca —continuó, clavando la mirada en sus labios—. Una boca tan inteligente... —rozó sus labios con los suyos—. La primera vez que me besaste no era capaz de pensar en otra cosa. Es excitante —susurró, inclinando la cabeza hacia atrás cuando Caine se propuso profundizar su beso—; y, a veces, increíblemente delicada. Podría pasarme horas y horas sin hacer otra cosa más que besarte —se apartó de él y lo observó por encima del borde de su copa mientras bebía champán.

—Diana —susurró Caine y le rodeó el cuello con las manos para besarla.

Diana se mantuvo a una frustrante distancia de él, posando la mano en su pecho. Necesitaba más tiempo. Quería explorar aquel poder que acababa de descubrir.

—Me gustan tus ojos —musitó.

Podía sentir su deseo, la tensión de su deseo, en la presión de sus dedos. Hasta entonces, era Diana la que perdía el control cada vez que él la tocaba. Pero aquella vez, pensó, aquella vez sería ella la que lo volvería loco.

—Y me gusta cómo se te oscurecen los ojos cuando me deseas. Puedo verlo —extendió los dedos sobre su pecho—. Y me encanta verlo. Estás tenso —sentía el corazón de Caine latiendo furiosamente bajo su mano; su propio corazón podía competir con él en la velocidad de sus latidos—. Deberías beber un poco de champán para intentar relajarte.

Palpitando de deseo, Caine miró sus ojos desafiantes. Haciendo uso de toda su fuerza de voluntad, aflojó la mano y luchó contra el primer impulso del deseo. Diana estaba intentando enloquecerlo, pero Caine estaba decidido a no perder el control.

—Sabes que te deseo —la miró a los ojos y alzó su vaso—. Y sabes que te tendré.

—Quizá —Diana volvió a sonreír y se echó el pelo hacia atrás. Su fragancia lo envolvió—. Cuando pienso en hacer el amor contigo, pienso en las tormentas —lentamente, deslizó un dedo por la pechera de la camisa de Caine y después comenzó a desabrocharle el resto de los botones—. Aquella mañana en la playa, la primera vez que nos besamos... y en la habitación del motel., siempre ha habido nieve. Tormentas y viento. Es extraño, nunca me imagino algo tranquilo —deslizó la mano por su pecho desnudo y continuó lenta, muy lentamente, hacia abajo.

—Si quieres que sea más delicado —consiguió decir Caine—, esta no es la forma de hacerlo.

—Acaso he dicho que es eso lo que quiero? —preguntó Diana, riendo. Lo miró y tomó sus labios, permitiendo en aquella ocasión que se prolongara el beso.

A Caine se le nubló el cerebro... aquel sabor, aquella excitante fragancia. Dejó su copa y hundió las manos en su pelo. «Más», eso era lo único que era capaz de pensar. Tenía que tener más y más. La boca de Diana se había suavizado seductoramente bajo la suya en una engañosa sumisión que Caine habría reconocido al instante si su mente hubiera estado tan despejada como su deseo. Con la respiración agitada, Caine buscó la cremallera de su vestido.

«No, todavía no», se ordenó Diana a sí misma, mientras sentía cómo comenzaban a girar sus pensamientos. La pasión comenzaba a lamerla, de la misma forma que las llamas habían lamido el fuego que había observado arder en la chimenea. Pero aquella noche ella quería algo más. Quería seguir controlando la situación, quería demostrarse a sí misma que podía borrar todas y cada una de las capas bajo las que se escondía el Caine más peligroso y salvaje. Tiempo atrás, había temido lo que podría suceder si los dos llegaban a unirse sin el freno de su sofisticada educación. En ese momento, ansiaba que lo hicieran. Al sentir que el vestido comenzaba a aflojarse, se apartó.

—Diana... —comenzó a gemir Caine, pero Diana lo evitó y se levantó.

—¿Quieres más champán? —le preguntó, mientras llenaba su copa.

Con un rápido movimiento, Caine se levantó y la agarró del brazo.

—Sabes condenadamente bien lo que quiero.

Una nueva punzada de excitación atravesó su cuerpo y se reflejó en su mirada, a pesar de que fue capaz de mantener la voz queda:

—Sí —en un impulso, yació su copa, que mantuvo vacía frente a ella—. Llévame a la cama —lo invitó suavemente, mientras se acercaba a él—. Quiero hacer el amor contigo.

Perdido hasta el último vestigio de control, Caine la estrechó contra él. La copa cayó a la alfombra y rodó por ella.

—Aquí —exigió—, y ahora —buscó sus labios y la arrastró hasta el suelo.

Sus manos parecían estar por todas partes, buscaba y encontraba mientras su boca permanecía unida a la de Diana. Diana gozaba y su cuerpo respondía de forma salvaje, intentado llevar a Caine más allá de la razón. Su boca era agresiva, besaba la de Caine con una furia hambrienta que solo era capaz de demostrar parcialmente su deseo.

Le quitó la camisa y le mordió sensualmente los hombros. Con un amortiguado juramento, Caine estrujó nuevamente su boca; la despojó del vestido y deslizó las manos por su piel desnuda. El deseo lo atenazaba, forzándolo a precipitarse cuando habría querido prolongar todo lo posible aquel placer, lo obligaba a tomar rápidamente lo que habría querido saborear con deleite. Creía haber sentido antes el deseo, pero hasta entonces no había experimentado nada igual a aquella sensación incontrolable. Y una fiera urgencia sustituyó a todas sus habilidades para el amor cuando por fin la sintió desnuda bajo él.

Su sabor lo llenaba, pero no tenía la paciencia que necesitaba para disfrutarlo. Sus curvas suaves y redondeadas lo extasiaban, pero tenía voluntad suficiente para esperar. De la música susurrante que minutos antes los envolvía, ya solo oía los primitivos sonidos de la percusión. Y la fragancia de Diana prometía exactamente la pasión de la mujer que tenía bajo él.

Maldijo en voz alta, sin saber a quién o qué estaba maldiciendo, y después se hundió en ella con una fuerza que hizo a Diana jadear su nombre. Medio loco, cubrió sus labios, bebiéndose cualquier sonido que de ella escapara. Deliraba y arrastraba a Diana a aquel delirio que había transformado la realidad en una amasijo de calor y colores. Caine no sabía nada más, no deseaba nada más. Atrapados en el vórtice de la tormenta, se movieron como relámpagos hasta que se agotaron sus fuerzas. Entonces, con algo parecido al dolor, Caine sintió que retornaba la cordura.

Aun así, no era capaz de moverse. Su respiración era una sucesión de jadeos que era incapaz de controlar. Enterró la cabeza en el pelo de Diana. Estaba temblando, advirtió con un ligero estremecimiento de terror. Ninguna mujer lo había hecho temblar. ¿Qué le estaba haciendo Diana?, se preguntó, mientras intentaba recuperar el ritmo normal de la respiración. Lo último que recordaba con claridad era que la había arrastrado a la alfombra. Todo lo demás eran sensaciones. No sabía si llevaban allí minutos u horas. No podía pensar... ni siquiera cuando había vencido ya la desesperación podía pensar.

¿Le habría hecho daño? Quizá había sido un poco violento cuando la había tirado al suelo. Había sido por algo que había visto en sus ojos cuando le había pedido que la llevara a la cama. En ese momento había perdido el sentido del tiempo y el espacio y cualquier vestigio de civilización.

Aturdido, alzó la cabeza y la miró. Diana tenía los ojos abiertos, aunque sus espesas y largas pestañas los ocultaban casi por completo. Su piel tenía el brillo húmedo de la pasión que habían compartido. Increíblemente, Caine sintió que renacía el deseo en su interior. Dejó caer la cara sobre su pelo y tomó aire. Necesitaba un minutos, se dijo a sí mismo. Dios, necesitaba un minuto de tranquilidad o volvería a hacer el amor como un loco otra vez.

Diana susurró su nombre y deslizó la mano por su espalda. Había visto en sus ojos algo con lo que no esperaba encontrarse: vulnerabilidad. Ya no se sentía poderosa, simplemente, estaba asombrada. No, no esperaba ver vulnerabilidad y mientras se acurrucaba contra él, pensaba que tampoco estaba segura de que quisiera verla. El verla en sus ojos la obligaba a enfrentarse a su propia debilidad. Lentamente, y con un éxito asombroso, Caine había ido escalando todas sus defensas. Y las cosas ya nunca serían tan fáciles como antes.

Sentía tranquilizarse el agitado corazón de Caine. Su respiración también era más lenta, más rítmica. Y cuando volvió a levantar la cabeza, sus ojos ya no encerraban ningún secreto.

—Eres una mujer sorprendente —la besó, pero aquella vez acarició su boca con una delicadeza extrema.

—¿Por qué?

—Toda esa pasión, ese... fuego —añadió mientras mordisqueaba sus labios—, en una mujer que se esfuerza tanto en parecer fría... imperturbable.

Diana suspiró mientras Caine comenzaba a besar su cuello. Se sentía triunfante; había descubierto una nueva faceta de Diana Blade.

—Y te he vuelto loco.

Caine sonrió antes de volver a alzar la cabeza.

—Podemos terminarnos el champán antes de llevarte a la cama, como tú misma me has pedido —llenó la copa que quedaba en la mesa y se la tendió—. Como hemos perdido la otra copa, compartiremos esta.

Diana se sentó y bebió, dejando que el champán la llenara de su fría efervescencia.

—Sabe incluso mejor que antes —dijo con una sonrisa, mientras le pasaba la copa a Caine.

—Como tú misma has dicho —bebió mientras sus ojos sonreían—, una bebida civilizada. Diana... —Caine acarició su pelo y observó sus dedos hundiéndose en él—, quédate en mi casa este fin de semana. Podemos comer allí, ver películas —la sonrisa volvió a sus ojos—, besuquearnos en el sofá. Durante las siguientes semanas, vamos a estar sometidos a muchas presión. Este puede ser el último fin de semana durante una buena temporada en el que tengamos tiempo para estar juntos.

La imagen era tentadora. Y aterradora. Un paso más hacia la intimidad. Pero incluso aunque una parte de ella quería resistirse, no, la tentación era demasiado fuerte.

—No puedo imaginarme nada que me... ¡Oh! —Diana se interrumpió con una mirada de gracioso desconcierto—. Tu padre.

Caine se echó a reír y bebió un sorbo de champán antes de tenderle la copa.

—¿Qué tiene que ver mi padre con esto?

—Ha llamado esta tarde. Me había olvidado por completo —sus ojos reían mientras miraba a Caine—. Creo que hemos recibido una invitación oficial.

—¿Sí? —Caine deslizó un dedo por su hombro, deleitándose en el color cobrizo de su piel.

—Para este fin de semana —le aclaró Diana y se echó a reír.

—¿Para este fin de semana?

—Es el cumpleaños de tu padre —se inclinó hacia él y volvió a llenar su copa—. El no quiere complicaciones, ya sabes, pero tu madre...

—Por supuesto —con una sonrisa irónica, recorrió con los labios el camino que acababa de hacer su dedo—. Mi modesto y poco exigente padre, pasaría su cumpleaños como si fuera cualquier otro día del año. El solo organiza todo este alboroto por el bien de mi madre. Y, naturalmente, acepta los regalos porque a ella le hace ilusión. Si por él fuera, ni siquiera se acordaría de que es su cumpleaños.

Diana reía e intentaba concentrarse en sus palabras mientras él continuaba acariciándola.

—Bueno, en cualquier caso, ha sido muy amable al incluirme en la invitación. Estoy deseando conocerlo. Me he divertido mucho hablando con él, aunque la conversación me ha resultado un poco confusa.

—¿En qué sentido? —dibujó con la lengua el lóbulo de la oreja de Diana.

—Mmm... Ha dicho algo sobre que Jutsin y yo somos una buena marca. Caine... —se interrumpió cuando Caine le mordisqueó la oreja.

—¿Qué más? —preguntó Caine complacido por el temblor de su voz.

No conseguía rendirla de aquella manera con mucha frecuencia. En aquella ocasión, irían lentamente y él saborearía cada momento.

—También ha dicho algo... algo sobre la conveniencia de que ambos fuéramos abogados —de alguna manera, se encontró acurrucada entre sus brazos, sintiendo sus labios vagando por su rostro y sus manos por su cuerpo. Estaba completamente indefensa.

—Ya entiendo —y, sí, lo comprendía. Con un suspiro medio divertido y medio exasperado, continuó acariciándola—. ¿No te contó Rena cómo llegó a conocer a Justin?

—¿Qué? —embriagada, con los ojos ya cerrados y a punto de derretirse, Diana no era capaz de comprender aquella pregunta—. No, no me lo contó. Caine, hagamos en amor.

Caine se preguntaba cómo reaccionaría Diana cuando se enterara de que su padre se las había ingeniado para que Rena y Justin se conocieran con la esperanza de que hicieran una buena pareja. O cuando supiera que Daniel MacGregor no había vacilado en presionar para conseguir lo que consideraba mejor para su hijo pequeño. Y que ella reunía todos los requisitos que su padre podía esperar de una nuera. Se preguntó, mientras besaba sus labios, cómo se sentía él mismo ante aquella posibilidad que su padre ya había anticipado.

Pero aquella noche no era para pensar, decidió, mientras Diana le rodeaba el cuello con los brazos.

Se levantó y la llevó a la cama.

10

Diana permanecía detrás de su escritorio, completamente paralizada mientras contemplaba el fuego de la chimenea. En la mano, tenía el informe de Irene Walker.

No se lo podía creer; la conversación de la tarde anterior se repetía en su mente una y otra vez y aun así continuaba sin dar crédito a lo ocurrido: Irene Walker había retirado la denuncia y había paralizado los trámites de divorcio.

Bajó la mirada hacia el cheque que tenía en su escritorio. Irene Walker había decidido darle una oportunidad a su marido.

«Está tan arrepentido de lo que hizo», Diana escuchaba la disculpa de su antigua cliente como si esta estuviera todavía en la habitación. Ni terapias ni psicólogos, pero no volvería a ocurrir. Irene Walker vivía en un mundo de ensueño, pensó Diana sombría y clavó la mirada en su informe, sabiendo exactamente lo que contenía. Sí, volvería. Era inevitable.

Frustrada, se acercó a la ventana y fijó la mirada en las ramas desnudas de los árboles. Cómo podría querer a su marido después de lo que le había hecho? ¿Cómo podía volver a su lado y condenar a su hijo a aquella clase de vida? «Dios mío», pensó Diana con un suspiro de disgusto, «qué pena de vida».

Llamaron a la puerta, pero ella continuó con la mirada fija en los árboles.

—¿Sí?

—¿Estás pasando un mal momento? —preguntó Caine, cruzando la puerta, pero sin adentrarse en la habitación.

Diana se volvió hacia él con el genio a flor de piel.

—Irene Walker —dijo, acercándose al escritorio y levantando su informe—. Se ha reconciliado con su marido.

Caine miró el informe y después los ojos de Diana, oscurecidos por la ira.

—Ya veo.

—¿Cómo puede ser tan tonta? —dejó el informe y se acercó a la chimenea a grandes zancadas—. La llamó, le dijo unas cuantas palabras para que fuera a verlo, le regaló unas rosas y la convenció de que era un hombre nuevo.

Caine se acercó al escritorio y se fijó en el cheque.

—Quizá lo sea.

—¿Estás bromeando? —preguntó Diana, girando sobre sus talones—. ¿Y qué diferencia pueden haber establecido varias semanas de separación? Irene ya lo había dejado otras veces.

—Pero esta era la primera vez que iniciaba los trámites de divorcio —señaló—. Eso, sumado a la amenaza de ser condenado por un delito puede hacer reflexionar a un hombre.

—Oh, desde luego que ha reflexionado —respondió con amargura—. No quería enfrentarse a la posibilidad de verse entre rejas y tampoco quería perder a su esposa, a su hijo y una buena parte de sus ingresos, ¿pero lo que ha hecho se merece clemencia? ¡No! —se pasó la mano por el pelo con gesto frustrado y continuó caminando por la habitación—. No ha querido hacer terapia, ni consultar a ningún consejero matrimonial. Irene dice que no quiere hacer públicos sus problemas. ¡Públicos! —repitió con un gesto exagerado—. Le da una paliza en el patio, a la vista de sus vecinos, pero no quiere hablar con un profesional. Y ella... —Diana se interrumpió y se dejó caer en una silla—. Ella es un caso perdido. ¿Cómo puede amar a alguien que le pega periódicamente?

—¿Crees que lo ama? —la contradijo Caine—. ¿De verdad crees que el amor tiene algo que ver con esto?

—¿Qué si no?

—¿No te parece más sensato pensar que tiene más miedo de quedarse sola que de arriesgarse a que le den otra paliza? —se agachó frente a ella y le tomó la mano—. Diana, el amor es una motivación muy fuerte, pero no siempre es la razón para quedarse con alguien aunque se esté sufriendo.

—Quizá no... no lo sé —el sentimiento de impotencia volvía a mundana.

Amor. Ella no lo comprendía porque durante la mayor parte de su vida había vivido sin él. Pero al parecer, el amor era un sentimiento capaz de hacer comportarse como una estúpida a una persona razonable. Era un laberinto lleno de callejones sin salida.

—Ella dice que lo quiere —dijo por fin—. Por eso está dispuesta a arriesgarlo todo.

—Somos abogados, no psiquiatras —le recordó Caine—. El problema de Irene Walker no solo es un problema legal.

—Lo sé —respiró hondo—. Pero es tan frustrante saber que podía haber recibido ayuda y que ahora...

—Ahora agarra ese portafolios, archívalo y olvídate del caso —Caine la miró con firmeza—. No tienes otra opción.

—Es duro.

—Sí, pero necesario. Nosotros solo podemos dar consejos legales, Diana. Solo podemos trabajar con la ley. Todo lo demás está fuera de nuestro alcance y así tiene que ser.

—¿Por qué no habremos elegido una profesión más simple? —musitó—. O menos dolorosa. Desde fuera parece tan sencillo, esto está bien y esto está mal según la ley. Y así es legalmente hablando —sacudió la cabeza con un suspiro de frustración—. Pero de pronto aparecen las personas y te das cuenta de que la cosa no es tan fácil. Quiero ayudarla, Caine. Maldita sea, de verdad quiero ayudarla.

—No puedes ayudar a alguien a menos que esté preparado para recibir tu ayuda.

—E Irene Walker no esta preparada para recibir ayuda.

Diana asintió, pero tenía los ojos todavía nublados por la tristeza. ¿Cómo podía explicarle que había vivido el caso de Irene Walker, su primer caso propio, como un fracaso tanto personal como profesional? Diana había sentido que liberar a Irene de la esclavitud simbolizaba su propia liberación de otra clase de dominación. La de Irene era física, la suya había sido emocional, pero ninguna de las dos era en absoluto saludable.

—Yo estaba dispuesta a ayudarla —dijo después de un largo suspiro—. Necesitaba ayudarla.

Entonces vio Caine aquella vulnerabilidad que aparecía de forma inesperada en sus ojos y despertaba en él la urgencia de protegerla y al mismo tiempo de salir corriendo en busca de refugio. Permaneció donde estaba, mientras se libraba aquella violenta batalla en su interior.

—No puedes establecer paralelismos.

Diana se cerró al instante. Aquella retirada emocional debería haber aliviado a Caine. Pero no lo hizo en absoluto.

—Yo trabajo a mi manera —replicó con rotundidad.

—Todos lo hacemos —respondió Caine en el mismo tono. Debería haberlo dejado allí, pero aunque era consciente de ello, continuó intentando acercarse nuevamente a ella—. Una vez defendí a un chico... por haberse embriagado. Era su primer delito y conseguí que le pusieran la pena mínima. Tres meses más tarde, chocó contra un poste telefónico conduciendo bebido y murió la chica que iba con él —sus ojos se oscurecieron al recordarlo, pero no los apartó de los de Diana—. La chica tenía diecisiete años.

—Oh, Caine —sin saber qué hacer, Diana solo acertaba a tomarle la mano.

—Todos llevamos una u otra carga, Diana. Lo único que podemos hacer es trabajar lo mejor que esté en nuestras manos y confiar en estar haciendo las cosas bien.

—Tienes razón —el enfado parecía irse alejando mientras se levantaba—. Tienes razón —tomó el informe Walker y lo metió en un cajón de su escritorio—. Caso cerrado —musitó mientras cerraba el cajón.

—Lucy me ha dicho que tienes otros dos clientes la semana que viene.

Haciendo un esfuerzo por sacudirse la depresión, Diana lo miró.

—Son dos clientes de cuando trabajaba en Barclay. Debieron quedar satisfechos con mi trabajo.

Caine sonrió de oreja a oreja al ver su expresión.

—¿Y tú estás satisfecha de ti misma?

—Bueno, al fin y al cabo, quieren que los defienda yo, y no Barclay, Stevens y Fitz.

Caine se acercó a ella y posó las manos en sus hombros. La tensión había desaparecido.

—Vas a estar muy ocupada.

—Eso espero —Diana sonrió y deslizó las manos por su cintura—. Para convertirme en la mejor abogada de la costa este, necesito clientes.

—Sí, eso ayuda —se mostró de acuerdo Caine, y le dio un beso en la nariz—. Y, mientras tanto; son... —miró el reloj—, las cinco menos diez del viernes por la tarde.

—¿Tan tarde? —Diana sonrió con pesar—. Me temo que llevo mucho tiempo lamentándome.

—¿Y ya has terminado de lamentarte por hoy?

—Sí, absolutamente.

—Entonces vamos. Mi padre se estará quejando durante más de una hora si llegamos tarde.

—¿No me digas que tienes miedo de que te azote con su lengua? —preguntó Diana riendo mientras sacaba su bolso de un cajón.

—Tú no conoces a mi padre —replicó Caine, y la empujó hacia la puerta.

Diana encontró el viaje tan rápido como relajante. Caine tenía razón, decidió, al decirle que archivara y olvidara el caso de Irene Walker. Y durante el fin de semana, dejaría el caso de Chad y todos los que tenía pendientes en el fondo de su mente. Ya era hora de que la abogada desapareciera para que la mujer pudiera respirar.

Estaba deseando volver a ver a Justin, sin las dudas y el dolor que habían ensombrecido su primer encuentro en Atlantic City. Quizá en aquella ocasión les resultara más fácil comportarse como hermanos. Una familia..., aunque no del mismo tipo que el clan MacGregor.

Era natural pensar en ellos como un clan. Diana siempre había sido consciente de la estrecha relación de Caine con sus hermanos. Aunque no hubiera sido obvio por la forma en la que Caine hablaba del resto de su familia, la llamada de Daniel mostraba claramente hasta qué punto los MacGregor eran una familia en el pleno sentido de la palabra. Diana se sentía intrigada y un poco intimidada ante la idea de encontrarse con todos ellos. Todo lo que sabía de relaciones familiares era a través de terceros. Lo que en la práctica era como no saber absolutamente nada.

En Boston Caine MacGregor eras un abogado exitoso y dinámico, con una notable fama de mujeriego. En Boston era su amante y su socia. En Hyannis Port, sería solamente hijo y hermano. Diana sabía muy poco de aquella faceta de su personalidad. ¿Sería diferente?, se preguntaba. En casa de su tía, Diana siempre se había sentido como una persona diferente. Y, lógicamente, pensaba que lo mismo tendría que pasarle a Caine.

La casa de los MacGregor se recortaba majestuosa contra el frío cielo del invierno. Enorme y con la estructura de una fortaleza, permanecía de espaldas al mar. Tenía el aspecto de un edificio de cuento de hadas, erguido contra aquel cielo sin luna y con las ventanas iluminadas. Era un edificio ostentoso, un poco ridículo y definitivamente pretencioso.

—¡Oh, Caine, es maravilloso! —Diana se inclinó hacia delante a medida que el Jaguar se acercaba—. Qué lugar más maravilloso para crecer. Es lo más parecido que he visto en mi vida a un castillo escocés que aparecía siempre en la portada de un cuento de mi infancia.

—A mi padre le vas a encantar —Caine la miró con una media sonrisa—. Nadie ha tenido esa impresión nada más verlo. Mi padre es un poco... caprichoso —decidió al cabo de un momento—. Construyó esta casa para darse gusto.

—Creo que no hay un motivo mejor para construir una casa —inclinó la cabeza para poder ver el final de la torre. Había una bandera ondeando al viento—. Debe haberte encantado vivir aquí.

—Sí —Caine miró hacia la torre.

Era extraño, pensó, la reacción de Diana le había producido placer y alivio. Hasta ese momento no se había dado cuenta de la desilusión que le habría causado que se hubiera mostrado educadamente perpleja.

—Sí —repitió sonriendo—, supongo que a todos nos gustó. Es enorme, todo está a gran escala, pasillos anchísimos, techos altos y chimeneas en las que se podría asar un buey. Arcos góticos, columnas de granito y una bodega que es lo más parecido a una mazmorra que he visto en mi vida. Lo usábamos para jugar a la Inquisición.

—Oh —Diana lo miró horrorizada—. Debíais ser unos niños adorables.

—Creo que teníamos mucha imaginación.

Riendo, Diana volvió a prestar atención a la casa.

—Debe de resultarte muy difícil estar lejos de aquí.

—No, porque sabes que siempre está aquí y puedes regresar cuando quieras. Todas las habitaciones encierran algún recuerdo —Caine giró con el coche y se detuvo—. Quizá deba advertirte que el interior es exactamente lo que se espera uno por fuera.

—Con mazmorras y todo —contestó Diana con un asentimiento de cabeza mientras sallan del coche.

—Sacaremos más tarde las maletas —Caine entrelazó los dedos en los de Diana y comenzó a subir los escalones de granito.

En la puerta había una enorme aldaba con forma de cabeza de león. Caine la golpeó contra la madera mientras leía la inscripción en gaélico que había sobre ella.

—Real es mi raza —le tradujo a Diana con una sonrisa.

—Estoy impresionada.

—Por supuesto que sí —inclinó la cabeza, rozó sus labios y con un suave gemido de placer la atrajo hacia sí—. Y yo también —musitó antes de profundizar su beso.

Instintivamente, Diana le rodeó con los brazos y presionó su cuerpo contra el calor del suyo, mientras el viento de la noche los rodeaba. Era fácil, siempre era tan fácil olvidarse de todo, salvo del sabor de sus besos. Sentía los dedos de Caine sobre su cuello e inclinó la cabeza, invitándolo a más mientras sentía cómo empezaban a relajarse sus músculos.

—Es una buena forma de luchar contra el frío.

Diana volvió la cabeza al oír aquella voz. Inclinado contra el marco de la puerta, había un hombre alto y anguloso, de aspecto sombrío, con una bonita boca curvada en una sonrisa.

—Sí, la única forma, de hecho —Caine se volvió hacia el hombre y le dio un enorme abrazo—. Este es mi hermano Alan —le dijo a Diana mientras pasaban al interior de la casa—. Diana Blade.

Mientras estrechaba la mano del senador, Diana lo catalogó al instante. Había algo en aquella mirada oscura e intensa, pensó con una ligera incomodidad, parecía capaz de prescindir de lo superficial para ir directamente al corazón. Alan se parecía más a Caine de lo que había imaginado, aunque en realidad el parecido físico entre ellos era casi inexistente.

—Me alegro de que estés aquí —la mirada de Alan cambió tan rápidamente para darle una expresiva bienvenida, que Diana se preguntó si su primera impresión no habría sido equivocada—. Todo el mundo está en la habitación del trono.

Caine se echó a reír al ver la expresión de asombro de Diana.

—Un término familiar para designar al salón —con cuidado, colgó los abrigos sobre otra cabeza de león tallada que servía de perchero—. ¿Ya ha llegado Rena?

—Ella y Justin ya se habían instalado cuando he llegado yo —contestó Alan. Diana observó la mirada silenciosa y sutil que intercambiaron los hermanos.

—Bueno, supongo que esto me sitúa a mí en el primer lugar de la lista, entonces.

Alan sonrió; fue una rápida e inesperada expresión que iluminó sus facciones.

—Sí.

Caine le pasó a Diana el brazo por los hombros mientras comenzaban a caminar hacia el pasillo.

—Supongo que el traer a Diana me redime de alguna manera —miró nuevamente a su hermano—. Veo que tú has venido solo.

—Y ya me he llevado mi correspondiente regañina —contestó Alan secamente—. Treinta y cinco años y soltero repitió con el marcado acento de su padre—. He caído en desgracia.

—Mejor que te toque a ti que a mí —murmuró Caine.

—Debería saber de qué estáis hablando? —preguntó Diana con una sonrisa de extrañeza.

Caine la miró, y después miró de nuevo a su hermano.

—Pronto lo verás.

Diana abrió la boca para preguntar, pero fue interrumpida por el sonido de una voz atronadora que llegaba desde el otro lado de la pared.

—Ese chico debería venir más a menudo a ver a su madre. Los hijos de hoy son una desgracia. ¿Es que nunca piensan en sus ancestros ni en las generaciones futuras? ¿Dónde queda entonces el orgullo de la familia?

—Esto forma parte de su discurso habitual —dijo Caine en voz baja y, sin soltar a Diana, se detuvo en la entrada de la habitación.

Decir que la habitación era impresionante habría sido poco. Tenía las dimensiones de un salón de baile y una alfombra rojiza extendida de pared a pared. Al final, había una enorme chimenea de piedra, llena de troncos ardiendo. Las ventanas iban desde el suelo hasta el techo y las cubrían pesados cortinajes rojos.

El tamaño de los muebles, de estilo gótico, era acorde con el de la habitación. Y aunque había más de una docena de sillas y sofás esparcidos por todo el salón, la familia estaba agrupada en una sección, alrededor de una silla de respaldo alto, tallada como un trono y tapizada en el mismo olor que las cortina y las paredes. Sobre ella estaba sentado un hombre enorme, de barba pelirroja y con un atractivo aspecto de guerrero. A Diana no le costó nada imaginárselo con una falda escocesa en vez de con el traje de corte italiano que llevaba.

A su derecha, había una mujer de facciones suaves y pelo oscuro, con algunas canas. Mientras Daniel continuaba quejándose, ella permanecía serena, concentrada en el bordado que tenía sobre sus rodillas.

A su izquierda, estaba Serena, acurrucada en un sofá. Justin estaba a su lado, con el brazo apoyado en el respaldo y jugueteando con aire ausente con el cabello de su esposa.

Eran como el rey y su corte, pensó Diana sonriendo. Y seguramente le habrían oído aquellas quejas cientos de veces. Qué hombre tan magnífico, pensó, observando cómo vaciaba Daniel su vaso antes de continuar con la perorata.

—No creo que sea mucho pedir —prosiguió—, que un hijo le ofrezca sus respetos a su padre el día de su cumpleaños. Este podría ser el último —añadió, dirigiéndole una mirada a su hija.

—Todos los años dices lo mismo —comentó Caine, antes de que Serena pudiera contestar.

—Es la amenaza tradicional —Serena se levantó para acercarse a Caine. Lo abrazó con cariño y lo besó antes de abrazar a Diana—. Me alegro de que hayas venido —le dijo, y le tomó las manos.

Diana estaba un poco abrumada por aquel recibimiento. Nunca sabía si iba a ser capaz de responder como debía a las muestras físicas de afecto de los MacGregor.

—Me alegro de estar aquí. ¡Tienes una aspecto maravilloso!

Serena rió y la besó otra vez.

—Os serviré unas copas. Échame una mano, Alan.

—Diana.

Al volverse, Diana vio a Justin tras ella. La alegría y una repentina sensación de torpeza se apoderaron al mismo tiempo de ella, de modo que, mientras sus ojos se iluminaban, le tendió las manos a su hermano con cierto pudor. Justin entrelazó los dedos con los suyos y la atrajo hacia él.

—¿No vas a besarme, hermanita?

Justin era capaz de pedirlo, pensó Diana mientras veía los ojos verdes de su hermano fijos en ella, ofreciéndole la oportunidad de retroceder. Se puso de puntillas, le dio un beso en la mejilla y sintió que toda la vergüenza desaparecía.

—Oh, me alegro de verte, Justin —en un impulso, lo abrazó con fuerza—. Me alegro tanto de verte...

Justin le dio un beso en la cabeza y le devolvió el abrazo mientras su mirada volaba hacia Caine. Había sentido algo, el instinto le decía que aquellas dos personas tan cercanas a él habían intimado.

Caine comprendió rápidamente la expresión de Justin, pero no dijo nada. Recordaba perfectamente lo que había sentido cuando había descubierto que Serena compartía con Justin la suite principal del Comanche. Estaba entonces enfadado e incómodo, se sentía posesivo, protector... Se había desencadenado en él todo lo que un hermano mayor podía sentir al descubrir que su hermana había crecido ante sus propios ojos. Su amistad había durado durante más de una década, y de pronto, el destino le hacía enamorarse de su hermana y los lazos de sangre terminaban reforzando su amistad.

—Caine —Justin dejó a Diana a un lado, pero no paró de abrazarla mientras intentaba dominar sus sentimientos.

—Bueno, maldita sea, ¿vais a dejar a esa chica en el marco de la puerta o pensáis dejarla entrar? —pidió Daniel con impaciencia, mientras se levantaba de la silla—. Déjame ver a tu hermana, Justin. Rena, tengo el vaso vacío.

—Yo también me alegro de verte —replicó Caine mientras cruzaba la habitación.

—¡Ja! —exclamó Daniel, mientras le dirigía una mirada severa, que no tardó en dar paso a una sonora carcajada—. Qué chico tan poco respetuoso —le dio a su hijo un abrazo de oso y tres palmadas en la espalda—. Llegas tarde, tu madre tenía miedo de que no vinieras.

—Mientras no me haya perdido la cena... —Caine se separó de Daniel para acercarse a Anna.

—Así que esta es Diana —Daniel la agarró por los hombros—. Una chica muy guapa —decidió con un asentimiento de cabeza—. Te pareces a tu hermano. Alta, fuerte —continuó—, estoy seguro de que corre buena sangre por tus venas.

Diana lo miró sorprendida ante aquel recibimiento.

—Gracias, Daniel. Te agradezco que me hayas incluido en este fin de semana familiar.

—Ah, pero tú ya formas parte de la familia, ¿no? —se volvió para mirar a su esposa—. Es una guapa chica, ¿verdad, Anna?

—Encantadora —se mostró de acuerdo Anna, y le tendió las manos—. No dejes que te haga sentirte como un pura sangre en una subasta, Diana. Simplemente tiene esa costumbre. Siéntate.

—¿Un pura sangre en una subasta? —farfulló Daniel—. ¿Y ahora de qué demonios estáis hablando?

—Estamos diciendo las cosas claras —respondió Caine mientras se sentaba en el brazo del sofá de su madre—. Gracias, Rena —le guiñó el ojo a su hermana mientras esta le pasaba una copa.

Daniel se sentó nuevamente en su silla.

—Así que tenemos otra abogada en la familia —comenzó a decir. Caine le dirigió una mirada mortífera, pero él continuó hablando plácidamente—. Yo tengo un gran respeto por la ley, ya sabes, al fin y al cabo tengo dos hijos abogados. Aunque, por supuesto, Alan está tan ocupado con los políticos que no tiene tiempo para nada más.

—Ahora eres tú el primero —de la lista —musitó Caine, haciendo que su hermano se encogiera de hombros.

—Y tu también estudiaste en Harvard —comentó Daniel, entre dos sorbos de whisky—. Qué coincidencia, ¿verdad? El mundo es un pañuelo, un pañuelo, sí —miró brevemente a su hijo pequeño—. Y ahora sois socios.

—No somos socios —dijeron Caine y Diana al unísono, y se miraron el uno al otro con pesar.

—¿Ah, no? —la sonrisa de su padre, pensó Caine, era completamente insulsa—. ¿De dónde habré sacado yo esa idea? Bueno... —le dirigió a Diana una sonrisa paternal.

—Rena me ha dicho que creciste en Boston, Diana —la interrumpió Anna tranquilamente, y continuó bordando—. ¿Conoces a la familia O'Marra?

—Mi tía tiene mucha relación con Louise O'Marra.

—Sí, Louise, ¿y cómo se llamaba su marido?... Ah, sí Brian. Brian y Louise O'Marra. Gente extraña Anna sonrió y terminó de dar otra puntada—, disfrutaban jugando al bridge.

Diana no fue capaz de contener una carcajada. Alzó la mirada y Anna le guiñó un ojo.

—Yo lo odio —comentó y continuó bordando—, quizá porque se me da mal.

—No —la corrigió Caine—, se te da mal porque lo odias.

—Los O'Marra tienen tres nietos si no me equivoco —intervino Daniel, y miró a su alrededor con los ojos entrecerrados.

—Ya empezamos —le susurró Caine a su madre.

—¿Te gustan los niños, Diana? —Daniel se recostó en la silla y fijó en ella la mirada.

—¿Los niños? —oyó una risa amortiguada tras ella, que Alan no tardó en disimular fingiendo un ataque de tos. Caine musitó algo entre dientes que sonó sospechosamente parecido a un juramento—. Bueno, no he tenido mucha experiencia con ellos —comenzó a decir, mirando a Caine perpleja.

—¿A dónde iremos a parar sin niños? —preguntó Daniel, inclinándose otra vez hacia delante—. ¿Quién puede darnos sino ellos la sensación de continuidad, de responsabilidad? —mientras hablaba, iba puntualizando sus palabras golpeando con un dedo el brazo de la silla.

—Ya has terminado tu copa —dijo Caine bruscamente y se levantó —tomó la copa de la mano de su padre—, sigue así y llenaré de agua todas las botellas de whisky de la casa.

—Bueno —Daniel se aclaró la garganta como si estuviera considerando esa posibilidad—. La cena ya debe de estar lista, ¿verdad, Anna?

—Creo —le susurró Serena a Justin—, que podríamos evitarles un poco de presión a nuestros hermanos.

—Adelante —Justin le dio un beso en la mejilla—. Me muero de ganas de ver la cara que pone.

—Hablando de niños —dijo Serena, ignorando la mirada que Caine le dirigió—, creo que papá tiene razón.

—¿Que tengo razón? —repitió Daniel, volviendo complacido al tema—. Por supuesto que tengo razón. Es una desgracia que tu madre no tenga un solo nieto al que mimar.

—Es desgarrador —susurró Serena, guiñándole el ojo a su madre—. Pues bien, Justin y yo hemos decidido poner remedio a eso dentro de seis meses y medio.

—Eso es mucho tiempo... —comenzó a decir Daniel, pero se interrumpió bruscamente y miró a su hija boquiabierto.

—Mejor tarde que nunca —lo contradijo Serena. Riendo ante su expresión de asombro, se levantó y se acercó a él—. ¿No tienes nada que decir, MacGregor?

—¿Estás embarazada?

Serena sonrió y se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Sí. Tendrás un nieto antes de que llegue el otoño.

Diana observó cómo se llenaban de lágrimas los ojos de Daniel.

—Mi pequeña —musitó, se levantó y le enmarcó el rostro entre las manos—. Mi pequeña Rena.

—Dentro de poco dejaré de ser tan pequeña.

Daniel la abrazó con fuerza.

—Siempre serás mi pequeña.

Diana desvió la mirada, sintiéndose extrañamente incómoda ante aquella escena. Miró a Caine, que fijaba la mirada en su hermana, con una expresión oscura e intensa, como cuando discutían algún aspecto complicado de la ley. Estaba intentando verla como una futura madre, se dijo Diana. Y estaba intentando imaginarse a sí mismo como tío. Un hijo de Justin, advirtió sobresaltada. Un hijo de su hermano. Algo se revolió en su interior..., esa antigua y enterrada necesidad de familia. Sin darse apenas cuenta de que se movía, Diana se acercó a Justin.

—Por vuestro hijo —dijo quedamente, alzando su copa—. Por la salud y la belleza de vuestro futuro hijo, y por nuestros padres, que lo habrían adorado.

—Justin se levantó, la tomó de la mano y dijo algo en comanche—. No recuerdo nada de esa lengua —le dijo Diana.

—Gracias —le tradujo él—, tía de mi hijo.

—Esta noche tomaremos champán —bramó Daniel de pronto, y abrazó de nuevo a Serena—. ¡Otro MacGregor está en camino!

—Otro Blade —lo corrigieron Justin y Diana a un tiempo.

—Ah, sí, Blade —sonrojado de placer, envolvió a Justin en uno de sus enormes abrazos de oso—. Buena sangre —declaró —y abrazó a Diana, que reía y jadeaba intentando tomar aire—, buena marca.

Cuando la soltó, aquellas palabras se repitieron en su cerebro. Y de pronto comprendió lo que Daniel estaba intentando decirle. Oh, Dios mío, pensó, estaba hablando de ella... y de... Estupefacta, se volvió para mirar a Caine.

Este la estaba observando, al tiempo que le pasaba el brazo por los hombros a su hermana. Al comprender la expresión de Diana, le sonrió y alzó su copa.

Caine no podía dormir. Y no tenía por qué quedarse tumbado en la cama mirando al techo, sabiendo que no podía conciliar el sueño. Así que permanecía sentado en una silla, fumando lentamente y observando la luna asomarse entre las ramas de los árboles. La casa estaba en silencio, un silencio que parecía especialmente intenso después de las risas de la cena.

Era extraño lo bien que encajaba Diana en aquel enorme salón. Lo bien que encajaba en el hogar de su infancia. Caine había conseguido, o casi lo había conseguido, racionalizar sus sentimientos hacia ella durante semanas. Se sentía atraído hacia ella, disfrutaba de su compañía, le gustaba verla reír y encontraba placer en su pasión. Había podido hacerlo con otras mujeres. Quizá, pensó Caine mientras miraba la brasa de su cigarro, había sido verdad con demasiadas mujeres.

¿Por qué no podía dejar de pensar en ella, hora tras hora, día tras día? ¿Y por qué sabía, antes de haberlo intentado siquiera, que no podría apartarla de su lado? Y tampoco permitiría, Dios, no lo permitiría, que ella se alejara de él.

Con un sonido de enfado, apagó el cigarro y se levantó. Había veces en las que no podía racionalizar sus sentimientos. No podía convencerse a sí mismo de que simplemente disfrutaba ayudándola en el camino del autodescubrimiento. A veces sabía, y lo aterraba, que estaba enamorado de ella.

Deseo, cariño, esas eran palabras fáciles. El amor no lo era... al menos para Caine. El amor significaba compromiso. Eso quería decir compartir intimidades que había procurado que no salieran a la superficie con ninguna mujer... hasta que había conocido a Diana.

El camino del deseo estaba claro, pero el del amor era mucho más tortuoso y contaba con numerosas curvas traicioneras. Parecía una palabra fácil, sobre todo cuando se le aplicaba a otro, pensó. Pero él amaba y no estaba seguro de cuál tenía que ser su siguiente paso.

¿Y qué sentiría Diana Blade por él?, se preguntó Caine. Fijó la mirada en la ventana y apoyó las manos en el alféizar. Ella era una mujer que medía meticulosamente sus afectos. Sabía que lo apreciaba, y lo deseaba, pero... Con una sonrisa, Caine se alejó de la ventana para encenderse otro cigarrillo. Amor... ¿cómo podía convencer un hombre a una mujer para que lo amara? El amor era algo que él siempre había querido evitar y no creía que pudiera convencer a Diana de que lo amara.

En realidad, el amor ya estaba allí, continuó pensando, pero Diana jamás lo admitiría.

De pronto, la deseó intensamente, la necesitaba, necesitaba su suavidad, su corazón. Y sabía que estaba durmiendo en la habitación de al lado. Sin darse tiempo para pensárselo, apagó el cigarro y salió al pasillo.

Conocía cada centímetro de aquella casa. Encontró la puerta de Diana sin vacilar, entró en el dormitorio y la cerró silenciosamente tras él. Solo la luz de la luna iluminaba la habitación. El fuego de la chimenea se había reducido a unas minúsculas brasas que no daban ni luz ni calor.

Diana se acurrucaba debajo de las sábanas buscando calor. Su respiración, rítmica y lenta apenas se notaba. Al mirarla, el deseo de Caine se transformó en una inmensa ternura. Supo inmediatamente lo que sería poder verla así noche tras noche y saber que cada mañana despertaría a su lado. Y sabía también lo que sería la vida sin ella. Se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

—Diana —susurró mientras ella suspiraba en medio del sueño.

Volvió a susurrar su nombre otra vez y cubrir su rostro de besos hasta que sintió que respondía.

—Te deseo, Diana —presionó su boca contra sus labios y deslizó la lengua en su interior.

Diana emitió un suspiro de placer y su respuesta se hizo más activa. Pero cuando se despertó del todo, dejó escapar un jadeo de sorpresa y se sentó en la cama.

—¡Caine! —siseó, consciente de que su corazón latía con una mezcla de miedo y deseo—. Me has dado un susto de muerte.

—A mí no me ha parecido que tuvieras miedo —dijo él quedamente y se sentó en la cama. La tomó por los hombros y la abrazó.

—¿Qué estás haciendo aquí? En medio de... —Caine la silenció con un beso. Lentamente, deslizó las manos por su cuerpo, descubriendo con placer que estaba desnuda—. Caine —Diana liberó su boca y Caine saboreó la curva de su hombro—. No podemos... estamos en casa de tus padres.

—Claro que puedo —la corrigió—. En cualquier parte. Te deseo, Diana, déjame mostrarte cuánto.

—Caine —pero Caine había vuelto a besarla. No hubo más protestas mientras la empujaba contra la almohada.

¿Alguna vez habían hecho así el amor?, se preguntaba Diana mientras él movía sus labios lentamente sobre ella. En una ocasión, al principio, habían hecho el amor como si estuvieran en medio de un sueño, sin urgencia, sin prisas. Había sido como si hubieran estado años juntos y todavía tuvieran un largo futuro por delante. Lentamente, Caine saboreaba su boca, saboreaba su piel e iba susurrando su rendida admiración.

Y ella tampoco necesitaba urgirlo. La ardiente pasión que normalmente la impulsaba, parecía haberse transformando en una acogedora hoguera en su corazón. Se movían al mismo ritmo, susurrando sus solicitudes y suspirando de placer.

Hasta ese momento, Diana no había sido consciente de la ternura de la que Caine era capaz... de la ternura que ella misma albergaba. Quería complacerlo y también tranquilizarlo. Y a medida que continuaban aquellas lentas caricias, Diana parecía ser cada vez más consciente de su cuerpo, de cada poro, de cada latido... Con un largo y quedo gemido, se sumió en la siguiente fase de la pasión.

Caine advirtió el cambio en su respiración, la sutil alteración en el ritmo de su cuerpo. La fragancia de Diana, combinada con el ligero toque a leña quemada que llegaba desde el fuego, lo embriagaba. Las sábanas de lino, suavizadas por los años, rozaban su piel mientras la estrechaba contra ella. El deseo crecía y con él se hacía más dulce y misterioso el sabor de Diana. Caine mantenía sus labios presionando ligeramente su boca y jugaba con su lengua, que mordisqueaba suavemente mientras ella hundía las manos en su pelo.

Caine se deslizó lentamente en su interior, excitado por el gemido de sorpresa que escapó de su garganta. Y aunque ella se arqueó contra él, invitadora, Caine continuo moviéndose lentamente, murmurando promesas sin sentido contra sus labios mientras ella se estremecía pidiendo más. Cuanto mayor era su deseo, más férreo era su control. La pasión lo atenazaba mientras sentía a Diana acercándose al clímax, pero la guiaba lentamente una y otra vez, una y otra vez.

Saturada de deseo, Diana repetía constantemente su nombre, hasta que Caine la acalló con un largo y lujurioso beso. Sintió en aquel momento que tenía el poder de hacerla derretirse y borrar de su mente todo pensamiento que no fuera para él. Y fue entonces cuando liberó su propio deseo.

Las llamas rojas, cálidas, que los envolvían, se convirtieron en un furioso fuego azul que los consumió a los dos.

11

Le habría llevado días explorar cada rincón de aquella casa. Cuanto más veía, más quería ver. Ella había pasado la mayor parte de su infancia y adolescencia en elegantes salones, admirando cuadros de Reynolds o Gainsborough, espejos de Steuben y muebles estilo Reina Anna, pero nada la había preparado para el estilo de la casa de los MacGregor. Era una casa de techos enormes, con arcos y gárgolas, puertas talladas, chimeneas de piedra y alguna que otra armadura. Era una extraña mezcla, una cueva de Aladino, bárbara y sofisticada al mismo tiempo.

Y si encantada estaba con la casa, más lo estaba con los MacGregor. No sabía si el ambiente los había influido a ellos o viceversa, pero el caso era que los veía como una intrigante mezcla de sofisticación y primitivismo. Y por encima de todos ellos, estaba la fuerza de Daniel, su innato orgullo en su linaje, en su clan y en sus hijos.

Diana se había equivocado en una cosa: Caine no era diferente a como era en Boston o en Atlantic City. Continuaba siendo exactamente como era sin necesidad de cambiar de personalidad según con quién tratara. La seguridad que había recibido en su infancia, el amor fuerte y ciego de su familia, le habían brindado aquel regalo. Y Diana se preguntaba si sabría lo valioso que era aquel don.

Como tenía ganas de pensar, Diana se había dirigido sola a una habitación a la que Caine se refería en broma como la Habitación de la Guerra. Allí guardaba Daniel su colección de armas, espadas, pistolas, rifles, puñales, y... para absoluto asombro de Diana, un pequeño cañón. La chimenea estaba apagada, de modo que hacía frío en la habitación.

Así que, pensó Diana mientras admiraba un puñal italiano, con piedras preciosas en la empuñadura, Daniel MacGregor tenía planes de boda para ella. Caine debería habérselo advertido, pretendía haber hablado de ello con él la noche anterior, pero no habían estado a solas en ningún momento. Y después, cuando había ido a su habitación...

No podía, no debía, sentirse presionada por personas a las que apenas conocía para tomar una decisión que comprometería el resto de su vida. Ella nunca había pensado en casarse con Caine... o al menos, nunca lo había pensado en serio, se corrigió. El matrimonio y los hijos eran cuestiones que ni siquiera podía permitirse el lujo de considerar. Acaso no significaba el matrimonio renunciar a parte de sí misma? Y había luchado durante tanto tiempo para mantener esa parte de sí misma tan oculta, que a veces incluso se había llegado a olvidar de quién era realmente.

Y el matrimonio implicaba un riesgo, el riesgo de confiar en que alguien iba a permanecer a su lado. Y Diana pensaba que solo había una persona en la que podía confiar completamente, y era ella misma. Lo había aprendido años atrás, cuando había conocido el dolor y el abandono, el miedo y la soledad. Y no iba a ocurrirle otra vez.

Amor. No, no podía pensar en el amor, se dijo a sí misma mientras contemplaba aquel hogar sin fuego. Ella no estaba enamorada de Caine... no había decidido enamorarse de Caine. Pero algo latía en su interior, amenazando con nublar su capacidad de lógica. Asustada, se obligó a mantener la razón. No, no podía enamorarse, no podía pensar en el matrimonio. Y, en cualquier caso, tampoco Caine estaba presionándola. El no le había prometido nada, no había hecho promesas ni había pedido nada a cambio.

Era una tontería preocuparse por ello, se recordó a sí misma. Había dejado que la unidad de aquella familia, la intimidad que compartían, la influyera. Pero esos eran sentimientos que la atraían tanto como la asustaban.

La tentaban a soñar despierta, sí, pero hacía años que había renunciado a las fantasías.

—¿Estás sola, Diana?

Diana se volvió sonriente y vio a Justin entrando en la habitación.

—Nunca podría aburrirme de esta casa —le dijo a su hermano—. Es como estar en la Edad Media, con algún que otro toque inesperado del siglo veinte. Los MacGregor forman una familia fascinante.

—La primera vez que vine aquí, me pregunté si Daniel MacGregor era un loco o un genio —escrutó la habitación con una de sus encantadoras sonrisas—. Y todavía no lo tengo claro.

—Pero lo quieres, ¿verdad?

Justin arqueó una ceja ante la seriedad de su pregunta.

—Sí. Es un hombre que demanda sentimientos fuertes. Bueno, en realidad toda la familia es así —añadió pensativo—. Creo que no me di cuenta realmente, hasta que secuestraron a Serena, de que en realidad se habían convertido en mi familia desde hacía diez años. Me gustaría que tú también hubieras tenido algo parecido.

—He tenido otras cosas —Diana se encogió de hombros y se acercó a una rústica armadura—. Fui una niña muy autosuficiente.

—Lo eras y lo eres —murmuró Justin—. ¿Alguna vez has pensado en ello?

Diana se volvió y arqueó una ceja con un gesto casi idéntico al de su hermano.

—¿Tú también, Justin? ¿También se te ha metido en la cabeza emparejarme con Caine?

Justin continuaba mirándola con una fría calma.

—Al parecer, eso habéis conseguido hacerlo completamente solos.

—Eso es asunto mío.

—Desde luego —se metió las manos en los bolsillos y la miró. Su hermana estaba enfadada y sospechaba que también asustada—. No estuve a tu lado mientras crecías, Diana, y quizá sea ya un poco tarde para hacer el papel de hermano mayor, pero te prometí ser tu amigo.

Diana se acercó rápidamente a él y lo abrazó:

—Lo siento. Para mí es muy difícil todo esto... Me da miedo necesitarte.

—¿A mí o a cualquiera? —le preguntó Justin, inclinando su rostro hacia ella. Aunque Diana permanecía en silencio, la respuesta estaba en sus ojos—. Me resulta desconcertante ver tanto de mí mismo en otra persona —musitó—. Diana, ¿estás enamorada de Caine?

—No me preguntes eso —se apartó de él y alzó las manos, como si quisiera protegerse de aquella pregunta—. No me preguntes eso.

—De acuerdo —Justin no esperaba sentir preocupación, ni tampoco aquella sensación de impotencia—. Si te pregunto por ello, ¿estarías dispuesta a hablarme de los años que viviste con tía Adelaide?

Diana abrió la boca para contestar, pero volvió a cerrarla.

—No —dijo al cabo de un momento—. No, eso ya está superado.

—Si estuviera superado, me hablarías de ello, Diana —continuó—. No voy a aconsejarte lo que deberías hacer, pero me gustaría contarte algo sobre mí mismo. Yo estaba enamorado de Serena, pero no se lo dije. No me lo decía ni a mí mismo —continuó, con una sonrisa de pesar—. Llevaba demasiado tiempo a cargo de mi propia vida. Nunca había querido a nadie, solo a ti y a nuestros padres, y había pasado mucho tiempo desde entonces. Decírselo fue una de las cosas más difíciles que he hecho en toda mi vida. Para algunas personas, el amor es un sentimiento que llega fácilmente. Para nosotros no.

—¿Y qué me dices de Rena? ¿Fue fácil para ella?

—Más fácil, creo —sonrió, se sentó en el brazo de una silla y se encendió un cigarro—. Es magnífica tratando a su padre, más que nadie de la familia. Creo que estaría dispuesta a sufrir todo tipo de torturas antes de admitirlo, pero cuando vino a Atlantic City ya estaba convencida de que teníamos que estar juntos. La estratagema de Daniel funcionó perfectamente.

—¿La estratagema de Daniel?

Justin soltó una bocanada de humo y se echó a reír.

—Nos unió de una forma muy inteligente. Primero me compró a mí un billete para un crucero en el que Serena trabajaba. Por supuesto, no me comentó que iba a trabajar allí, ni tampoco le comentó a ella que había un amigo suyo a bordo. Contó con que la química, o el destino, hicieran su trabajo.

—El destino —musitó Diana, y rió con incredulidad—, ese viejo diablo.

Justin observó a su hermana a través del humo.

—Daniel sabe cómo conseguir lo que quiere. Todos los MacGregor lo saben. Y —añadió lentamente— tú y yo también aprenderemos a hacerlo en cuanto aprendamos a reconocer lo que queremos —Diana le dirigió una dura mirada, pero Justin se levantó y le pasó el brazo por los hombros—. Vamos a reunirnos con el clan antes de que Daniel envíe a alguien a buscarnos.

Había algo diferente en Caine. Diana no podía señalar qué era exactamente, pero lo sentía. Al principio había pensado que era el caso de Virginia Day lo que lo preocupaba. Faltaba solo una semana para el juicio y Diana sabía que había estado sonsacándole a su madre información sobre Francis Day.

Aparentemente estaba relajado; reía con su familia, bromeaba con su hermana. Pero había algo detrás, una tensión que no había visto antes en él. A veces, lo sorprendía mirándola de manera escrutadora, como si estuviera diseccionándola. Era como si la viera por primera vez, como si no estuvieran trabajando juntos, como si nunca hubieran estado todo lo cerca que podían llegar a estar un hombre y una mujer.

Había habido un cambio, y si era sincera consigo misma, tenía que admitir que lo había sentido la noche anterior al hacer el amor. Su relación se adentraba en un plano diferente y tendría que navegar con prudencia.

—Muy bien —complacido consigo mismo, Daniel permanecía sentado en su trono, rodeado de regalos—, esta es la compensación de un hombre por añadir otro año a su vida.

—Por supuesto, compensación que no tiene nada que ver con la normal avidez o el cariño a la hora de abrir los regalos —comentó Serena, mientras cruzaba sus pies descalzos sobre la mesita del café.

—Uno de los problemas de mi vida ha sido la de tener unos hijos tan irrespetuosos —le explicó Daniel a Diana con un suspiro—. No sabes la cantidad de veces que me han gritado, o incluso me han amenazado mis propios hijos volvió a suspirar mientras se recostaba en la silla.

—Estoy a punto de llorar —replicó Serena.

—Te disculparé por el estado en el que estás —Daniel le dirigió una mirada implacable—. Pero no creas que he olvidado cómo me gritaste por haberle comprado a tu marido un billete para el barco. Gritarme a mí —repitió, volviéndose hacia Diana—. Y me rompió media docena de mis mejores puros.

—¿Puros? —preguntó Anna intencionadamente.

—Unos puros viejos... que estaban a punto de secarse —se corrigió rápidamente.

—Debe de haber sido difícil educar a tres niños... tan imprevisibles —Diana sintió que Caine la agarraba por el cuello, pero no cambió de expresión.

—Ah, podría contarte tantas cosas —Daniel sonrió nostálgico y sacudió la cabeza—. Ese —dijo, señalando a Caine—, no nos permitía ni un solo momento de paz, Anna podrá confirmártelo —continuó él antes de que Anna tuviera oportunidad de abrir la boca—. De pequeño no hacía nada más que travesuras y después vinieron las mujeres. Un auténtico desfile de mujeres.

—Un desfile de mujeres —repitió Diana. Volvió la cabeza con intención de sonreír a Caine, pero lo descubrió mirándola con expresión extraña.

Cuando sus miradas se encontraron, Caine le enmarcó el rostro entre las manos.

—Ambos somos adultos ahora —comenzó a decir y cubrió sus labios con un beso.

—Eso está bien —dijo Daniel con una sonrisa radiante, mientras Diana permanecía callada y sonrojada.

—Sabes tocar el piano, ¿verdad, Diana? —le preguntó Anna con calma.

—¿Qué? Lo siento —Diana se volvió hacia la comprensiva mirada de Diana.

—El piano —repitió—, sabes tocarlo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y te importaría tocar algo para nosotros?

—No, por supuesto que no —aliviada, se levantó y cruzó la habitación.

—Estás presionando a los chicos, Daniel —le dijo Anna quedamente.

—¿Yo? —respondió con una mirada incrédula—. Tonterías.

—¿Por qué no dejas que sean ellos los que decidan lo que tienen que hacer?

Daniel se sumió en un silencioso mal humor mientras Diana se concentraba en la música.

Agradecía poder contar con aquella distracción. Era más fácil para ella permanecer tranquila cuando tenía algo específico que hacer. Las notas salían fácilmente de sus dedos, como resultado de sus años de estudio y su amor a la música. La música quizá había sido el único de sus logros que la complacía tanto a ella como a su tía. Siempre había sido como una cortina tras la que ocultar sus pensamientos y sus sentimientos más íntimos.

¿En qué estaría pensando Caine cuando la había besado?, se preguntó. Diana no estaba acostumbrada ni se sentía cómoda con aquellas demostraciones públicas de afecto. Pero incluso así, podría haber aceptado un simple beso. Sin embargo, y aunque no sabía si habían sido simplemente imaginaciones suyas, tenía la sensación de que había habido algo posesivo en aquel beso.

Quizá se estuviera dejando llevar por las nada sutiles maquinaciones de Daniel. Por ellas y por la inesperada pregunta de Justin. ¿Pero por qué tenía que sentirse presionada aquel día cuando no se había sentido presionada el día anterior? Su encuentro nocturno con Caine parecía haber marcado un cambio en su relación.

Alzó la mirada de las teclas para mirar a Caine a los ojos. El permanecía en silencio, con el ceño fruncido. No era un gesto normal en él. Ni tampoco era normal que estuviera tan tenso. ¿Habría ocurrido algo durante la noche de lo que ella no hubiera sido consciente?

Habría sido mejor que no hubiera ido a casa de los MacGregor, pensó Diana. No debería haberse dejado seducir por las excentricidades, la cercanía y la camaradería de aquella familia. No había sido sabio haber visto a Caine en aquel ambiente, lejos de la oficina y de la estabilidad que le ofrecía su apartamento. Si no se andaba con cuidado, terminaría olvidándose de sus propios objetivos y de las normas que se había marcado para alcanzarlos.

El éxito era lo primero. Tenía que serlo si quería justificar todos aquellos años en los que había estado bailando al ritmo que otros le marcaban. Y el éxito, Diana lo sabía, era un Dios que exigía una vigilancia constante. Para conquistarlo y para mantenerlo, necesitaba todas sus habilidades y todo su tiempo.

Cuando había decidido estudiar derecho, había hecho un pacto consigo misma: no dejaría que las relaciones personales interfirieran en su carrera. No tenía ni inclinaciones ni paciencia para ellas. Volvió a mirar a Caine. Y la tensión aumentó.

¿Acaso no se había dicho a sí misma desde el primer momento que si dejaba que se acercara demasiado las cosas escaparían a su control? Diana lo sabía, pero, de alguna manera, se había convencido de que podría llegar a mantener una relación más íntima con él sin permitir que los sentimientos dominaran su razón. ¿Habría sido el orgullo el que la había llevado a aceptar aquel desafío? Poco importaba, puesto que lo había aceptado y en ese momento estaba obligada a tratar con sus consecuencias.

A medida que iba tocando, sus sentimientos se iban intensificando. Podía sentirlos a través de su cuerpo. ¿Por qué se habría dejado arrastrar por sus sentimientos?, se preguntó asustada. Ella tenía su propia vida, un camino perfectamente trazado que apenas estaba comenzando a seguir. Estaban todas esas promesas que se había hecho a sí misma... a pesar de que no fuera capaz de olvidar, por mucho que se lo propusiera, la ternura que Caine había llevado a su cama durante las oscuras horas de la noche.

Diana dejó de tocar y entrelazó los dedos, que parecían negarse a permanecer quietos.

—Ha sido un placer —dijo Daniel desde su silla—. ¿Habrás algo que pueda satisfacer más a un hombre que una mujer hermosa y una canción?

Caine desvió la mirada de Diana para dirigirle a su padre una mirada glacial.

—¿Piensas sobrevivir hasta tu próximo cumpleaños?

—¿Y ahora a qué viene esto? —bramó Daniel, pero inmediatamente retrocedió. Ya había plantado suficientes semillas y sabía lo que valía una retirada a tiempo—. Ahora abriremos una botella de champán y tomaremos un poco más de tarta en el comedor —sugirió—. Caine, echa dos troncos al fuego antes de salir.

Mientras la familia abandonaba el salón, Serena se acercó a Diana y le tomó la mano.

—Es un viejo entrometido —musitó—, pero tiene buen corazón —y sin más, se marchó.

Diana se levantó y observó a Caine, que estaba añadiendo más leña al fuego. La tensión de minutos antes estaba dando paso a un dolor de cabeza.

—¿Quieres más tarta? —le preguntó Caine de espaldas a ella.

—No, gracias —contestó Diana, deseando que estuvieran ya en Boston. Tenía la sensación de que allí sus sentimientos serían más seguros.

—¿Otra copa? —qué conversación tan ridículamente educada, pensó Caine, volviéndose disgustado hacia ella.

—Sí, gracias —se humedeció los labios y buscó un tema de conversación más seguro—. ¿Ya has conseguido toda la información que querías de tu madre sobre el caso Day?

—Simplemente me ha confirmado lo que ya sabía sobre el carácter de Francis Day —se encogió de hombros mientras llenaba una copa—. No es nada que no supiera, pero mi madre sabe llegar al corazón de las cosas sin detenerse en las apariencias. Ella estuvo trabajando en el Hospital General de Boston. Aunque, por supuesto, no puedo usar su testimonio en el juicio —Caine le tendió la copa y le acarició el flequillo. Cuando retrocedió, la miró con los ojos entrecerrados, pero no dijo nada.

—Siempre ayuda contar con un punto de vista objetivo antes de ir a juicio.

—¿Estoy siendo juzgado, Diana?

—No sé a qué te refieres.

—No eludas la pregunta —se acercó a ella, la agarró suavemente del cuello y la besó. Sintió la tensión de sus músculos, y la inicial resistencia a su beso. Retrocedió y arqueó una ceja con gesto irónico—. Sí, estoy siendo juzgado, pero no puedo defenderme hasta que no esté seguro de los cargos que se me imputan.

—No seas ridículo —enfadada, Diana alzó su copa y bebió.

—Y tú no eludas las discusiones. Creía que ya habíamos superado ese punto de nuestra relación.

—Deja de presionarme, Caine.

Caine dirigió una dura mirada hacia la copa que tenía en la mano, pero no bebió.

—¿En qué sentido?

—No lo sé... en todos los sentidos. Simplemente, deja de hacerlo. No quiero discutir contigo.

—¿Es eso lo que estamos haciendo? —asintió, apuró su copa y la dejó en una mesa—. Bueno, pues si estamos discutiendo, hagámoslo bien. Empieza tú.

—Yo no quiero empezar —repentinamente furiosa, giró para colocarse de espaldas a él—. No voy a discutir contigo delante de toda tu familia.

—Pero lo harías si estuviéramos en otra parte.

—Sí... No lo sé. ¡Caine, déjame en paz!

—Y un cuerno —la fría calma de su tono era la mejor advertencia de su humor—. Diana, quiero saber por qué te estás alejando de mí.

—No me estoy alejando de ti. Eso son imaginaciones tuyas —dio un rápido sorbo a su copa antes de volverse otra vez. Cuando Caine posó la mano en su hombro, se sobresaltó e inmediatamente se maldijo por haberlo hecho.

—Así que no estás alejándote de mí —murmuró Caine, intentado ignorar el dolor que la reacción de Diana le causaba. ¿Entonces cómo lo llamarías tú?

—Mira, es tarde... estoy cansada —se excusó Diana, consciente de la debilidad de aquella justificación—. Caine... —con un suspiro de frustración, se alejó nuevamente de él—. Por favor, no sigas presionándome.

—¿Es eso lo que crees que estoy haciendo, Diana? ¿Presionarte?

—¡Sí, maldita sea! Tú, tu familia, Justin... —dejó su vaso y apoyó las manos en la mesa. Estaba reaccionando de forma exagerada, pero, por primera vez en su vida, no era capaz de utilizar la razón para aclarar sus ideas—. Caine, ¿no podemos dejar esto ya?

—No, no podemos —debería haberla dejado, pero, de alguna manera, la distancia que Diana había puesto entre ellos se lo impedía. Se sentía incómodo y casi furioso con ella por lo que le estaba haciendo—. No tengo intención de presionar, Diana —dijo en voz baja y precisa—, pero hay una cosa que creo que debería decirte ahora.

—¿Por qué? ¿A qué viene esta repentina urgencia? Cuando estábamos en Boston no había tantas complicaciones.

—¿Y qué clase de complicaciones han surgido ahora?

—No me interrogues, Caine.

—¿Tienes alguna objeción a esa pregunta?

—Oh, me pones furiosa cuando te comportas así —ardiendo de cólera, hundió las manos en los bolsillos de su falda y giró alrededor de la habitación—. Me he sentido como si estuviera siendo observada por un microscopio desde que entré en esta casa. Deberías haberme advertido que era la primera de la lista de candidatas de tu padre con las que casar a su segundo hijo.

—Mi padre no tiene nada que ver contigo y conmigo, Diana. Te pido disculpas por su falta de sensibilidad, pero yo no soy responsable de ella.

—No quiero que te disculpes —bufó—, pero me habría sentido mucho más cómoda si hubiera estado preparada. Maldita sea, Caine, tu padre me gusta... y también el resto de tu familia. Sería imposible que fuera de otra forma, pero no me gustan las miradas especulativas y tampoco esas preguntas silenciosas que ninguno parece atreverse a formular.

—¿Y qué demonios quieres que haga con eso?

—No lo sé. Nada —dijo, mientras se acercaba al fuego—. Pero no tienen por qué gustarme.

—¿Y en algún momento se te ha ocurrido pensar que es posible que a mí tampoco me gusten? —Caine la miraba temblando de enfado—. ¿Se te ha ocurrido pensar que quizá no quiera que se metan en mi vida, por muy buenas intenciones que tengan?

—Es tu familia —replicó Diana, volviendo la cabeza hacia él—. Estás más acostumbrado a esas cosas que yo. Yo he pasado veinte años intentando vivir en conformidad con los planes que mi tía tenía para mí. Y no estoy dispuesta a seguir haciéndolo con nadie más.

—¿Qué diablos tiene que ver esto con tu tía? ¿O con nadie que no seamos tú y yo? ¿Qué es lo que quieres, Diana? ¿Por qué no lo dices de una vez?

—¡No sé lo que quiero! —gritó, sorprendiéndose ella misma ante aquella admisión—. Ayer lo sabía, pero ahora... Maldita sea, Caine. No sé llevar esto. No soporto que mi vida privada esté en manos de tu padre, o de mi hermano... Es mi vida, y quiero tomar mis propias decisiones.

—No sabes cómo llevar esto —musitó y soltó una risa seca antes de vaciar su vaso—. Entonces prueba con esto: estoy enamorado de ti.

Diana se quedó mirándolo en un sorprendido silencio. No movía un solo músculo mientras el fuego crepitaba a su espalda.

Se miraron el uno al otro, ambos pálidos, con los ojos oscurecidos por algo que se parecía más al enfado que a cualquier otro sentimiento. ¿Cómo habrían llegado a aquel punto?, se preguntaba Diana. ¿Y que se suponía que podrían hacer?

—Bueno, no pareces particularmente emocionada con la idea —furioso consigo mismo por haber hecho aquella confesión, Caine fue a buscar una botella. Con estudiada calma, se sirvió una copa de brandy. ¿Cómo podría haberse imaginado nunca que el silencio podía causar tanto dolor? Mientras escuchaba el sonido del brandy al caer, se preguntaba por qué habría esperado más de treinta años para decirle esas palabras a una mujer que solo era capaz de responderle con silencio.

Diana apretó los ojos un momento.

—No sé qué decirte, ni cómo manejar todo esto. Para ti es más fácil. Ha habido otras mujeres...

—¿Otras mujeres? —ya no estaba pálido, pero sus ojos estaban más oscuros de lo que Diana los había visto nunca. Instintivamente, Diana retrocedió al ver que se acercaba a ella—. ¿Cómo puedes decirme esto ahora? ¿Acaso tengo que renunciar a cosas que ocurrieron antes de que te conociera? ¿Y por qué debería hacerlo? —la agarró con los hombros con fuerza—. Maldita sea, Diana, ¡he dicho que te amo! Te amo.

Buscó su boca con furiosa frustración y, como si de esa forma pudiera borrar todo el dolor que Diana le había causado, como si pudiera eliminar así todas sus dudas, la abrazó. Algo crecía en el interior de Diana, amenazando con estallar. Diana se apartó de él, con un grito de pánico.

—Me asustas —los ojos se le habían llenado de lágrimas y respiraba con dificultad—. Decía que no, pero siempre ha sido mentira. Desde el principio... —contuvo un sollozo y se apartó el pelo de la cara con ambas manos—. Eres algo que siempre he evitado. No puedo arriesgarme, ¿no lo entiendes? Durante toda mi vida he estado sometida a una educación de incentivos y amenazas. Ahora estoy intentando buscar mi propio molde, ¡no meterme en el que otros pretenden que encaje!

—Yo no te estoy pidiendo que encajes en ningún molde —replicó—. Nunca te he pedido que seas nada, salvo tú misma.

Quizá fuera esa verdad la que la asustaba más que cualquier otra cosa.

—Y cómo puedo estar segura de que te quedarás a mi lado? ¿Cómo puedo saber, si decido amarte, que un día no aparecerá otra mujer y te irás de mi lado? Ahora puedo arreglármelas sola, sé como hacerlo. Pero no puedo... no soportaría ser abandonada otra vez.

Caine luchaba contra la furia, contra la evidencia de su propia impotencia.

—Te he pedido más de una vez que confíes en mí, Diana. No es a mí a quien tienes miedo, Diana, sino a tus fantasmas y a tus propias dudas.

Diana tragó saliva, ganando la batalla a las lágrimas.

—No me comprendes. Tú nunca lo has perdido todo.

—¿Así que pretendes ir por la vida sin aceptar ninguna oportunidad porque un día podrías perder lo que tienes? No sabía que eras una cobarde.

—¡Claro que aprovecho mis oportunidades! —lo contradijo furiosa—. Claro que elijo. Pero lo que he elegido es no ponerme en posición de ser herida por nadie. He tomado decisiones relativas a mi trabajo...

—¿Y por qué asumes tan automáticamente que te haré daño? ¿Y qué diablos tiene que ver tu trabajo con mi amor? Tenemos la misma profesión, las mismas demandas. ¿Quién te ha pedido que elijas entre el trabajo y el amor?

—¿Quieres venir a cortar un árbol, Caine? Ya hemos terminado la tarta y el champán y... —Serena se interrumpió al llegar al centro de la habitación. Consciente de la tensión que reinaba en el ambiente, los miró en silencio—. Lo siento —dijo, sabiendo que no había forma alguna de disimular aquella intrusión—. Les diré que estáis ocupados.

—No, por favor —Diana cruzó la mirada con los ojos furibundos de Caine antes de volverse hacia su hermana—. Diles simplemente que estoy un poco cansada. Me voy a mi cuarto —rápidamente, sin mirar hacia atrás, salió de la habitación.

Caine la observó en silencio y se volvió hacia el armario de las bebidas.

—Oh, Caine. Lo siento. Parece que no podía haber elegido un momento peor para entrar —se disculpó Serena.

—No importa —apuró su copa y se la volvió a llenar—. Ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos.

—Caine... —Serena se acercó a él, destrozada por el semblante pétreo de su hermano—. ¿Necesitas hablar con alguien o prefieres estar solo?

—Necesito beber —contestó, derrumbándose en una silla—. Y un poco de las dos cosas.

—¿Estás enamorado de Diana?

—Has acertado a la primera —elevó su copa hacia ella.

Ignorando su sarcasmo, Serena se sentó a su lado.

—Y al mismo tiempo te encantaría asesinarla.

—Has vuelto a acertar.

—Es fácil adivinar lo que te pasa cuando ya se ha pasado por ello. No sé lo que ha ocurrido aquí esta noche, pero...

—Le he dicho, en medio de una desagradable discusión, que estoy enamorado de ella —se llevó la copa a los labios y bebió—. Y al parecer no eran ni el momento ni la confesión oportuna.

—Voy a hacer a algo que desprecio —dijo Serena con un suspiro.

—¿Que es?

—Darte un consejo.

—Este es mi territorio, Rena. Ahórratelo.

—A callar —con firmeza, le quitó la copa de la mano—. Dale tiempo, y también espacio. Tú tampoco eres un hombre fácil de querer, y creo que estoy en condiciones de decirlo.

—Aprecio el testimonio.

—Caine, en la vida de Diana han cambiado muchas cosas muy rápidamente. Ella es una mujer que necesita tomar las decisiones poco a poco, o al menos eso piensa ella.

Caine rió sin humor y se recostó en la silla.

—Siempre se te ha dado muy bien juzgar los caracteres de la gente. Deberías haber sido abogado.

—Es una cualidad también muy conveniente en mi trabajo —tomó la mano de su hermano—. No la presiones, Caine. En el interior de Diana se está desatando una tormenta. Deja que sea ella la que la domine.

—Es posible que ya la haya presionado demasiado —tomó aire y cerró los ojos—. Dios mío, Serena, esto es terrible.

Serena deseaba consolarlo, pero se obligó a no hacerlo.

—El amor tiene que doler, Caine, es la regla número uno. Vete a la cama —le ordenó brevemente—. Mañana por la mañana verás más claro lo que tienes que hacer.

Caine abrió los ojos otra vez.

—No me hace ninguna gracia tener que estar aquí escuchando el consejo de una hermana a la que le encantaba darme unos codazos de muerte.

—Ahora soy una futura madre —dijo Serena, palmeándose el vientre.

—¡Ja! —exclamó Caine, en una perfecta imitación de su padre.

—Vete a la cama —le aconsejó Serena—, antes de que me decida a comprobar si mis codazos continúan siendo efectivos —se levantó y tiró de él para que se levantara.

—Siempre serás una entrometida y una mandona —le dijo Caine mientras caminaban hacia la puerta—. Todavía te adoro.

—Si —Serena sonrió de oreja a oreja—, yo también.

12

Diana permanecía sentada en la sala, aturdida y con náuseas. Las manos, que posaba sobre su maletín, las tenía heladas. Sabía que tenía que recuperar la compostura, levantarse, ir al coche y marcharse a su casa. Pero también que si se levantaba en aquel momento, las piernas no la sostendrían. De modo que permanecía quieta, esperando a que pasara aquel mal momento.

La lógica le decía que estaba siendo una estúpida. Debería sentirse maravillosamente bien, debería celebrar que había ganado.

Chad Rutledge había quedado libre de culpas. El padre de Beth Howard sería acusado de perjurio. Y también Beth, añadió Diana para sí en silencio, mientras fijaba la mirada en la silla vacía de los testigos. Pero era poco probable que fuera acusada cuando una docena de testigos había visto tan claramente que había sido el miedo el que la había llevado a denunciar a Chad por violación.

No, pensó Diana, con dolor, cuando una docena de testigos habían visto a la abogada Diana Blade hacerla trizas.

Diana podía oír el eco de su propia voz, fría, acusadora, despiadada. Veía el frágil rostro de Beth descomponerse, y las lágrimas, y la ya próxima e histérica confesión. Oía los gritos furiosos de Chad, exigiendo que dejara en paz a Beth. Y después se había producido el caos, habían sujetado a Chad y Beth había contado toda la historia.

Y cuando habían declarado la sentencia, Diana había tenido que tratar con la victoria y con el coste humano que había supuesto conseguirla.

Jamás en su vida se había sentido más sola y perdida que en aquel momento. Quería llorar, pero permanecía sentada, con los ojos secos. Era una profesional, y las lágrimas no estaban permitidas en aquel lugar. Caine, oh, Dios, cuánto lo necesitaba. Diana cerró los ojos, enfrentándose al dolor.

No tenía derecho a necesitarlo o a utilizarlo como salvavidas cuando se estaba hundiendo. Aunque habían pasado ya dos semanas desde entonces, todavía no había conseguido olvidar cómo la había mirado el día que habían discutido en el salón de sus padres.

Lo había herido. Y desde entonces se trataban como dos desconocidos. Cada vez que Diana intentaba decirse que era lo mejor para los dos, recordaba aquella mirada y el sentimiento que había surgido en su interior y que había reprimido presa del pánico.

Amor. No podía permitirse el lujo de amarlo, no podía arriesgarse. Lo mejor sería buscar otro despacho, quizá incluso irse de Boston. ¿Huyendo otra vez?. Con un suspiro, Diana fijó la mirada en sus manos. Sí, en eso era en lo que estaba pensando. Si corría suficientemente rápido, podría escapar a Caine. Pero no podría escapar de sí misma. Y, si era sincera, admitiría que era de ella misma de quien realmente huía.

¿Cuándo había empezado a quererlo? Quizá había sido cuando se había mostrado tan tierno y delicado con ella tras su primer encuentro con Justin. O quizá aquel día en la playa, cuando la había hecho reír y temblar de deseo. Sabía que estaba ocurriendo, pero no había querido reconocerlo. Y cada vez que aquel sentimiento se abría paso, le cerraba las puertas. Por miedo.

Miró la sala vacía y se levantó lentamente. Cuando salió a la calle, estaba anocheciendo. Vio a Chad esperándola cerca del final de la escalera. Vaciló, no estaba segura de tener fuerzas suficientes para soportar un enfrentamiento. Aun así, cuadró los hombros y bajó los escalones que le quedaban.

—Chad.

Chad alzó la mirada y la miró durante largos segundos antes de levantarse.

—Estaba esperándola.

—Ya lo veo —Diana se levantó el cuello del abrigo para protegerse del frío—. Podías haberme esperado dentro.

—Necesitaba aire —mantenía las manos en los bolsillos—. No me dejan ver a Beth.

—Lo siento —con gran esfuerzo, consiguió que su voz no reflejara ningún sentimiento. Estaba sufriendo. Por él y por sí misma. Pero no tenía por qué tener ella todas las respuestas—. Conseguiré que te dejen verla mañana.

—No tiene buen aspecto.

Diana le sonrió.

—Gracias —cuando se volvió, Chad la agarró del brazo.

—Señorita Blade —dejó caer la mano—. Se lo he hecho pasar muy mal allí dentro... supongo que se lo he puesto difícil...

—Es normal en mi trabajo, no te preocupes por eso...

—Al ver a Beth... —maldijo suavemente y volvió la cabeza hacia el tráfico—. No podía soportar verla llorar. La odiaba por hacerle llorar. Después, cuando me he quedado aquí esperándola, he estado pensando en todas las cosas que pensaba decirle.

Diana se aferró con fuerza a su maletín.

—Adelante, dílas.

Chad rió secamente y volvió de nuevo hacia ella.

—He tenido tiempo para pensar. Supongo que no lo había hecho lo suficiente —sacó un cigarrillo y se cubrió la mano para encenderlo. Diana advirtió que estaba temblando—. Ahora tengo algo diferente que decirle, señorita Blade —dejó escapar el humo del cigarrillo antes de mirarla a los ojos—. Me ha salvado la vida, y creo que quizá también se la haya salvado a Beth. Quiero darle las gracias.

Incapaz de decir nada, Diana miró fijamente la mano que le tendía. Al cabo de unos segundos, se la estrechó.

—Durante el juicio, solo era capaz de pensar que le estaba haciendo daño. Pero estando aquí fuera, he comenzado a pensar en esa celda y en lo que habría sido estar allí encerrado durante los siguientes veinte años. No sabe lo bueno que es estar aquí, tranquilamente sentado, sabiendo que nadie te va a volver a encerrar.

Le tembló la voz y tragó saliva, pero no apartó la mano.

—Lo habría hecho por ella y supongo que al cabo de unos años habría comenzado a odiarla. Y ella... ella habría vivido con esa mentira royéndola por dentro. Lo sé.

—Pronto pasará todo —Diana posó su mano libre sobre sus manos unidas. ¿Objetividad? Solo un robot podía ser objetivo con un muchacho así. Chad necesitaba mostrarle su gratitud, pero también le estaba pidiendo consuelo—. Ningún tribunal puede condenar a Beth por haber tenido miedo.

—Si ellos..., si ella tiene que ir a juicio, ¿la ayudará?

—Sí, siempre que ella quiera. Y tú también deberías estar a su lado.

—Sí. Voy a casarme con ella. Y al diablo con el dinero, ya nos las arreglaremos —relajó la mano y, por primera vez, sonrió—. Antes siempre pensaba que tenía que demostrar algo, ¿sabe? A Beth, a mí mismo, a todo el mundo. Es raro, ahora ya no me parece tan importante demostrarme que puedo hacer las cosas por mí mismo.

Diana le dirigió una extraña mirada y sacudió la cabeza lentamente.

—Supongo que es una tontería pensar que tenemos que demostrarnos algo.

—No será fácil, estando Beth terminando de estudiar —sonrió de oreja a oreja, como si le agradara el desafío—, pero estaremos juntos y eso es lo que importa.

—Sí. Chad... —dejó caer la mano—. ¿Ha merecido la pena todo lo que has sufrido, el riesgo que vas a correr...?

—Todo merece la pena, todo —sonrió radiante—. ¿Vendrá a la boda, señorita Blade?

—Sí —le devolvió la sonrisa y le dio un beso en la mejilla—. Sí, iré a vuestra boda, Chad. Y ahora vete a casa. Mañana verás a tu novia.

Mientras caminaba hacia su coche, Diana se dio cuenta de que habían cesado las náuseas y el dolor de cabeza había desaparecido. Eran jóvenes, pensó mientras se incorporaba al tráfico, y tenían miles de obstáculos. Pero la esperanza que había visto en los ojos de Chad la había hecho creerlo. Se enfrentarían juntos a todo lo que los esperaba y, si había justicia, todo les saldría bien.

¿Y qué tenía que decir de sí misma?, se preguntó. ¿Pretendía continuar comportándose como una estúpida, o estaba dispuesta a enfrentarse a sus problemas? Quizá, al igual que Chad, había estado coqueteando con la posibilidad de pasar su vida en una celda; como si la seguridad que en ella podía encontrar compensara la falta de libertad.

Su cabeza comenzó a llenarse de palabras; las de Justin diciéndole que para ellos no era fácil el amor. Las de Caine cuando le había dicho que la amaba y le había exigido que confiara en él... Podía oír su propia voz, afilada por los nervios, diciéndole que no podía arriesgarse a quedarse sola. ¿Pero cómo estaba en aquel momento, sino sola? Sola y sufriendo de amor y deseo, pero dejando que sus antiguos temores, que sus fantasmas, como Caine los llamaba, dirigieran su vida. Y al hacerlo estaba incumpliendo la promesa más importante que se había hecho en toda su vida: la de ser Diana Blade.

Pretendía ir a casa, pero se descubrió a sí misma dirigiéndose hacia la oficina. ¿Habría sido el instinto?, se preguntó al ver el coche de Caine en la puerta. Los nervios comenzaron a asaltarla otra vez. ¿Qué podría decirle? Quizá lo mejor fuera volver a casa y esperar a poder pensar algún plan. Pero mientras pensaba en ello, abrió la puerta del coche.

Vio la ventana del despacho de Caine iluminada. Estaba trabajando mucho, pensó. Pronto terminaría el juicio por el caso Day. Diana sabía más de sus progresos a través de la prensa que por lo que el propio Caine le contaba. No habían intercambiado más de una docena de palabras en aquellas dos semanas, ¿qué podría decirle en ese momento?

El primer piso estaba a oscuras y en completo silencio. Miró hacia las escaleras mientras se quitaba el abrigo. Se mordió el labio y pensó de nuevo en la posibilidad de regresar a casa. Pero comenzó a subir las escaleras.

La puerta del despacho de Caine estaba abierta. Diana podía oír el sisear de la chimenea mientras se acercaba. Vaciló en el marco de la puerta y estudió a Caine, que trabajaba sentado detrás de su escritorio. Tenía la cabeza inclinada sobre un montón de papeles, se había quitado la chaqueta y la corbata y llevaba desabrochada la camisa hasta el pecho. Se pasó la mano por el pelo, sin alzar la mirada, y alargó el brazo para tomar su taza de café. Diana lo contemplo en silencio, algo que no se había permitido desde que habían estado en Hyannis Port.

Dios, parecía cansado, pensó sobresaltada. Como si llevara días sin dormir. ¿Tan preocupado lo tendría aquel caso? Lo oyó soltar un juramento y vio que se pasaba la mano, por la cara.

Incapaz de dominar su preocupación, Diana dio un paso adelante.

—¿Caine?

Caine se sobresaltó. Por un instante, se la quedó mirando completamente desprevenido. Pero no tardó en recobrar el dominio de la situación.

—Diana —respondió fríamente—, no esperaba que vinieras esta noche.

—Chad Rutledge ha sido absuelto —fue lo único que se le ocurrió decirle.

—Felicidades —se inclinó hacia atrás y la miró con aparente desapasionamiento.

—Ha sido un juicio terrible —dijo ella al cabo de un momento—. No estoy especialmente orgullosa de cómo he tratado a Beth en el estrado.

Caine apretó la mano y la aflojó. La vulnerabilidad de Diana siempre lo había destrozado.

—¿Quieres una copa?

—No. Yo... sí —decidió—. Yo la serviré.

Se acercó al mueble bar, sacó una botella y sirvió dos copas sin tener la más remota idea de lo que era. Aquello no estaba siendo como debería, pensó. Todas las palabras que quería decirle parecían haberse quedado atenazadas en su garganta. No sabía si iba a encontrar la frase adecuada, el tono apropiado, para decirle que quería hacer lo que él le había pedido casi desde el primer momento: confiar.

Se humedeció los labios e intentó aligerar la tensión que había en el ambiente.

—¿El caso Day te está dando problemas?

—No, la verdad es que no. Ya está a punto de terminar el juicio —bebió un sorbo de café y lo encontró frío y amargo. Igual que su humor, pensó—. Y no ha sido tan difícil como esperaba. Hoy ha subido Ginnie al estrado. Se ha mostrado dura, hostil..., y perfectamente creíble.

—¿Entonces tienes confianza en el veredicto?

—Virginia Day será absuelta. Pero continuará siendo culpable —ante la mirada estupefacta de Diana, apartó su taza de café y se levantó—. Legalmente, será libre, pero el público continuará viéndola como a una mujer rica que mató a su marido y se libró de la cárcel. Puedo librarla de la prisión, pero no puedo exculparla.

—Un abogado al que admiro, me dijo en una ocasión que un abogado defensor tenía que mantener siempre la objetividad.

Caine la miró y se encogió de hombros.

—¿Y qué demonios sabía él? Diana dejó su copa y caminó hacia él. —Por qué no me dejas invitarte a cenar? Caine necesitaba tocarla. Sentía que los dedos le cosquilleaban por el deseo de acariciar su piel. Pero la posibilidad de ser rechazado lo mantenía firme en su armadura.

—No. Esta noche tengo mucho trabajo.

—De acuerdo. Entonces voy a ver lo que hay en el frigorífico.

—No.

La dureza de aquella única palabra la detuvo. Se volvió y mantuvo la mirada fija en la chimenea hasta que estuvo segura de que no iba a temblarle la voz.

—Te gustaría que me fuera, ¿verdad?

—Ya te lo he dicho, estoy ocupado.

—Puedo esperar. Podemos cenar más tarde en mi apartamento.

Caine clavó la mirada en aquella figura vestida de verde. Diana le estaba ofreciendo la oportunidad de volver a lo que antes habían compartido: juegos, sexo, nada de complicaciones. Pero aquello le parecía terriblemente vacío. Con un suspiro, Caine bajó la mirada hacia sus manos. ¿Cuántas veces, durante los últimos quince días, había pensado en ella? Había considerado la posibilidad de suplicarle; pero no era un asunto de orgullo. En una ocasión, había estado a punto de ir de madrugada a su casa y entrar por la fuerza. Había tenido que recordarse a sí mismo que el amor no era algo que pudiera obtenerse a la fuerza.

Él quería, necesitaba perderse en la pasión que habían compartido. Pero sabía que lo que había sido sencillo en el pasado, ya nunca lo sería.

—Te agradezco la oferta, pero no estoy interesado.

Diana cerró los ojos, sorprendida una vez más de lo mucho que podían doler las palabras.

—Te he hecho mucho daño. Y no sé si hay alguna forma de arreglarlo.

Caine le contestó con una dura carcajada.

—Puedo arreglármelas sin tu compasión.

Destrozada por su tono, Diana se volvió.

—Caine, no es eso lo que...

—Déjalo.

—Caine, por favor.

—¡Maldita sea, Diana, déjame en paz! —intentando recuperar el control, alzó nuevamente la taza de café—. Vete a casa, tengo mucho trabajo.

—Tengo cosas que decirte.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que quizá no quiera oírlos? Desnudé mi alma ante ti —dijo sin poder contenerse—. Hice el ridículo. Ya oí tus razones cuando no pudiste darme lo que te pedía, no necesito oír las otra vez.

—Deja de hacerme esto más difícil de lo que es! —gritó Diana.

—¡En este momento no me importas absolutamente nada! —furioso, la agarró del brazo y la estrechó contra él.

Antes de poder contenerse, sintió sus labios sobre la boca de Diana, besándola salvaje, brutalmente. Al diablo con el amor, se dijo a sí mismo. Eso era todo lo que Diana quería de él, así que sería eso lo que le daría. Se dejó arrastrar por la frustración y el deseo, ajeno a toda respuesta o protesta, hasta que se dio cuenta de que Diana estaba temblando. Disgustado consigo mismo, la soltó. El amor, comprendió indefenso, no podía ser tan fácilmente ignorado.

—Sal de aquí, Diana, déjame solo.

Estremecida, Diana se aferró al respaldo de una silla.

—No hasta que no haya terminado.

—De acuerdo. Quédate, me iré yo.

Pero Diana cerró la puerta y se apoyó contra ella.

—Siéntate y prepárate para escucharme.

Caine la fulminó con la mirada, pero se metió las manos en los bolsillo y susurró.

—De acuerdo, di lo que tengas que decir.

—Siéntate.

—No tientes a la suerte.

Diana alzó la barbilla ante aquella amenaza.

—De acuerdo, quédate de pie si lo prefieres. No voy a disculparme por lo que te dije hace dos semanas, lo pensaba. Mi trabajo es importante para mí, vital, porque es algo que he hecho por mí misma. Y confiar en alguien, confiar emocionalmente en alguien es lo más difícil del mundo para mí. Nadie puede obligarme a hacerlo, es algo que tengo que decidir hacer yo.

—Estupendo. Ahora ya puedes irte.

—¡Todavía no he terminado! —tragó saliva y entonces se oyó decir—. Creo que ya es hora de que seamos socios.

—¿Socios? —la furia de sus ojos fue sustituida por un asombro absoluto—. Dios mío, después de todo lo que acabo de decirte, ¿vas a hacerme una propuesta de trabajo?

—Esto no tiene nada que ver con el trabajo —replicó—. Quiero que te cases conmigo.

—¿Qué has dicho?

—Estoy pidiéndote que te cases conmigo —Diana mantenía los ojos bajos, y se preguntaba cómo era posible que todavía la sostuvieran las piernas.

—¿Me estás proponiendo matrimonio? —preguntó Caine con recelo.

Diana sentía que el rubor cubría sus mejillas, pero no sabía si era por la vergüenza o enfado.

—Sí, creo que está bastante claro.

Caine se echó a reír. Quedamente al principio, y después con más pasión. Se cubrió el rostro con las manos y se acercó a la ventana. Diana lo observaba con una mezcla de ansiedad y enfado.

—No creo que esto tenga ninguna gracia —se cruzó de brazos, sintiéndose como un idiota.

—No sé... —Caine continuaba con la mirada clavada en la ventana, mientras intentaba aclarar sus pensamientos. Después del dolor de aquellas últimas semanas, de pronto aparecía Diana y le pedía que se casara con él—. A mí me lo parece.

—Entonces te dejaré solo para que puedas reírte a gusto —se volvió y giró el picaporte, pero cuando iba a abrir la puerta, Caine se lo impidió.

—Diana...

—Apártate —le exigió e intentó empujarlo.

—Espera un momento —la agarró por los hombros y la presionó contra la puerta—. ¿Es que siempre vamos a tener que discutir? —ya no reía; al contrario se mostraba receloso y mortalmente serio—. Me gustaría saber por qué me has pedido que me case contigo.

Diana lo fulminó con la mirada, pero al instante se tragó su orgullo.

—Porque sé que, después de todo lo que te dije, tú no volverás a pedírmelo. No estaba segura de que fieras a perdonarme.

Caine sacudió la cabeza y hundió los dedos en sus hombros.

—No seas ridícula, esto no es cuestión de perdonar o no.

—Caine —quería acariciarlo, pero mantenía las manos a ambos lados, sin estar segura de si debía aceptar aquella incuestionable clemencia—, te hice daño.

—Sí, claro que me hiciste daño.

—Lo siento —susurró, pero no era compasión lo que Caine veía en sus ojos.

—No has contestado mi pregunta, Diana —mantenía las manos en sus hombros y la miraba directamente a los ojos—. ¿Por qué quieres que me case contigo?

—Supongo que necesito una promesa —comenzó a decir, sintiendo que aleteaba nuevamente el miedo—, creo que si dos personas viven juntas, es demasiado fácil irse y...

—No, no es eso lo que te estoy preguntando y lo sabes. ¿Por qué, Diana, por qué quieres que me case contigo? Dio.

Diana tragó saliva, intentando dominar su creciente pánico.

—Yo... —cerró los ojos.

—Dio.

Diana abrió los ojos y se encontró con la mirada limpia de Caine. Sabía que en cuanto lo dijera, ya no tendría forma de retroceder. Para ella, su compromiso ya sería completo. Caine lo sabía perfectamente, y lo necesitaba. ¿Por qué tenía que ser tan tonta como para pensar que era ella la única que tenía miedo?

—Te amo —susurró, y suspiró—. Oh, Dios mío, Caine, te amo se dejó caer en sus brazos, se aferró a él y sintió el burbujeo de la risa en su interior—. Te amo —dijo otra vez—. ¿Cuántas veces te gustaría oírlo?

—Te lo diré dentro de un minuto —contestó Caine. Con un suspiro de placer, de alivio y de júbilo, la estrechó contra él—. Otra vez —exigió contra sus labios—, dímelo otra vez.

Diana soltó una carcajada y tiro de él hasta que ambos terminaron tumbados en la alfombra.

—Te amo. Y si hubiera sabido lo bien que me siento al decirlo, te lo habría dicho antes. Caine... —enmarcó su rostro con las manos y lo miró muy seria—. Estar contigo, vivir contigo, es lo mejor que podía pasarme. Lo sabía, siempre lo he sabido, pero me parecía más seguro fingir que podía vivir sin ti.

Caine le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—No puedo ofrecerte garantías, Diana. Solo puedo ofrecerte mi amor.

—No quiero garantías —lo atrajo hacia ella—. No quiero nada más. Voy a arriesgarme a jugar contigo, MacGregor deslizó lentamente las manos por su espalda—. Y voy a ganar.

Caine le quitó la chaqueta mientras la besaba.

—Esta es una noche de novedades. Mi primera proposición de matrimonio —comenzó a desabrocharle los botones de la blusa—, la primera vez que oigo esas palabras de tus labios... —dibujó con los labios la línea de sus dedos—. Y la primera vez que hago el amor contigo en mi despacho.

Diana suspiró mientras le quitaba la camisa.

—Todavía tenemos pendiente una cuestión de orden, abogado.

—¿Humm?

—No has contestado a mi proposición.

—¿No se supone que tendrías que darme algún tiempo para pensarlo? —preguntó Caine, mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—No.

—En ese caso, acepto —alzó la cabeza y la miró con expresión divertida—. Y estás dispuesta a perpetuar el linaje de los MacGregor?

—Absolutamente.

—En ese caso —presionó los labios contra su cuello—, Diana, harás de mi padre un hombre feliz.